
jazmín
los más bellos
romances del mundo
México $1600
Precio Pacto $1
(Incluye 3% de Desc.) Mé
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Novelas con corazón
¡Ella no podía
luchar contra
el fantasma
de su esposa!
LA LUNA
FUE TESTIGO
Kate Kingston
52
0
37657 13491
IMPRESO EN MEXICO

La luna fue testigo

Kate Kingston

La luna fue testigo (1990)
Título Original: Alien moonlight (1989)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 723
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Herrald y Petra Macey

Argumento:

El empleo de Petra como institutriz de tres niños, le proporcionó un medio para escapar de su aburrida vida en Casterleigh y de las fastidiosas atenciones de Marcus, su exprometido. Los chicos eran encantadores, y ella anhelaba las semanas de sol y diversión que pasaría en Francia.

Adam Herrald, el tío de los pequeños, parecía disfrutar molestándola. Petra ignoraba la causa de su antagonismo, Era una situación difícil, complicada por la innegable atracción que existía entre ellos.

Capítulo 1

Petra no esperaba que Adam Herrald fuera tan alto. Con sus alpargatas rojas sin tacón ella medía un metro sesenta y cinco, no obstante, tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para verlo a la cara. Veía un par de ojos oscuros de mirada tan fría que a pesar de la tarde dorada de junio, ella sintió escalofrío. Parecía incongruente en el muelle colorido y lleno de vida de Dieppe.

—La señorita Macey, por supuesto —los labios bien definidos apenas se movieron, pero los tonos profundos tenían una calidad inflexible.

La sonrisa de Petra vaciló mientras tomaba la mano morena que él le extendía. Era firme y dura, y de alguna manera creaba un rechazo instantáneo.

—Y usted debe de ser el señor Herrald —él asintió.

—Espero que hayan tenido un crucero agradable —trataba de terminar con las tediosas frases preliminares.

—Así fue, gracias —las palabras de Petra denotaban que le faltaba el aliento—. Parece que los niños lo disfrutaron.

Los miró. Sarah de ocho años había logrado permanecer limpia y su brillante cola de caballo se mecía sobre los hombros. En cambio Patrick había acumulado mugre durante el cruce del canal. Ella… se observó con pesar. Los pantalones de algodón escarlata estaban arrugados y un poco sucios por el constante subir y bajar de Thomas, el suéter blanco tenía una ligera mancha de café que marcaba el momento en que Patrick había movido su telescopio con el entusiasmo de un chico de once años para observar un buque tanque. No era la apariencia que le hubiera gustado mostrar a alguien, mucho menos a un extraño que estaba acostumbrado a fotografiar modelos famosas y bellezas de la sociedad.

Pero, nada podía hacer. Acompañar a tres niños de Inglaterra a Francia era algo que dejaba marcas, pensó con resignación. Durante el viaje su única preocupación fueron ellos, en especial Sarah pues parecía propensa a marearse.

—Me estacioné a la vuelta —indicó Adam—. ¿Vamos?

Con movimientos ágiles tomó cuatro de las maletas y empezó a caminar con grandes zancadas. Petra lo siguió a poca distancia. Los niños tenían mucho que contarle a su tío; su tío favorito, le dijo Sarah en el trayecto.

Petra suspiró. Desde ese momento había disfrutado de las primeras horas de su empleo temporal. Se mostró animosa e incluso feliz ante la perspectiva de pasar tres o cuatro semanas en Francia,

lejos de Casterleigh y la pequeña tienda. Y de Marcus, añadió un vocecita interior; en especial de él, quien se negaba a aceptar la ruptura de su compromiso.

Sus pensamientos se detuvieron al fijar la vista en la cabeza de Thomas, el pelo se le movía mientras brincaba, con una mano se sostenía del suéter ligero de Adam.

Petra había tomado ese empleo para alejarse, para darse tiempo de respirar antes de decidir sobre su futuro. Y no seguiría pensando en lo sucedido en las tres semanas anteriores, pasándolas en su mente como si fueran una cinta no satisfactoria. Marcus Overton, su madre y Cranbrook Place estaban en el pasado. Durante las próximas semanas borraría esa cinta y se concentraría en el empleo que le ofrecía refugio, aunque fuera solo por una temporada.

Frunció el ceño. Les esperaba un viaje de tres días hacia el sur de Francia, lo único que le quedaba era confiar en que su opinión de Adam Herrald mejorara cuando lo conociera más.

Él se detuvo frente a una camioneta blanca y abrió las puertas. Al acercarse Petra, Adam le informó:

—He reservado habitaciones en una posada pequeña a cien kilómetros al sur. Y gracias, señorita Macey —prosiguió, cortante, no aceptó que ella ayudara con el equipaje—. Yo puedo solo.

La observó entonces; fue una mirada larga, fría y un tanto despectiva.

—Siéntese en la parte de atrás —prosiguió—. Así puede vigilar a Thomas. Tú también, Sarah. Y tú, Patrick, ven a mi lado. ¿Crees que puedes ser mi copiloto?

La expresión de Petra se suavizó en reconocimiento a la unión que había entre él y su sobrino.

—Por supuesto —Patrick miraba a Sarah con aire de triunfo, Adam interpretó la mirada.

—No seas presumido —dijo el tío con tono ligero—. Tú y Sarah tomarán turnos al frente. A los dos les hará bien estudiar los mapas, y así mantendremos la paz.

Mientras recorrían la explanada, Petra miró hacia afuera. El mar se extendía como un ancho listón turquesa cerca de la playa y en el horizonte se fundía con el cielo. Thomas se hincó a su lado, trataba de ver si los pescadores tenían suerte. Los otros dos niños charlaban animados, ponían a su tío al tanto de las últimas noticias. Él en ocasiones comentaba o preguntaba algo a fin de obtener más confidencias.

Petra escuchaba en silencio. Era obvio que había gran unión y afecto entre sobrinos y tío. Era una alianza difícil de asociar con un

hombre de rasgos duros. Era una cara que no mostraba mucho, pensó Petra. Sin embargo, detrás de la mirada hostil y los labios apretados, se cernía una sugerencia de dolor y de valor para soportarlo.

Volvió su atención a Thomas, hasta que Sarah empezó a señalar los accesorios de la camioneta.

—Si levantas esa tapa, hay una estufa, un fregadero y un refrigerador. Mira, Petra, hasta hay un baño atrás con todo y ducha.

—Tiene un buen equipo —dijo Petra, decidida a penetrar en la reserva de Adam.

—Así —cambió de velocidad con lentitud—, debe de estar una camioneta de este tipo.

La respuesta irritó un poco a Petra, pero se controló. No debía afectar las vacaciones de los niños con una atmósfera hostil. A pesar de ello, deseaba hacer un comentario cortés pero agudo que pusiera a Adam en su lugar.

Thomas deslizó su manita dentro de la de ella, esta la apretó. A los cuatro años era la primera vez que se alejaba de su madre, quien estaba en el hospital, y hasta el momento había demostrado mucho valor. Petra sintió el peso de la cabeza de Thomas contra su brazo, y miró las pestañas rizadas, y el pulgar dentro de la boca. Conmovida por la confianza que el pequeño le demostraba, se inclinó y le besó la sedosa cabellera. Después, al enderezarse, se topó con la mirada de Adam reflejada en el retrovisor, fija en ella con una expresión de desagrado.

Aunque sintió que el calor le subía a la cara, mantuvo la mirada firme a los ojos de color avellana: fríos y retadores. Tal vez él imaginó que su actitud era premeditada y con el propósito de congraciarse con él. Podía pensarlo otra vez, se dijo desdeñosa. Su desagrado aumentó por la expresión de Adam. No valía la pena el esfuerzo del fingimiento.

Regresó la mirada a la ventana, contemplaba las vacas pastando en la pradera. Su recelo iba en aumento. Por alguna razón, Adam Herrald le mostró antipatía desde el primer momento. Y tal vez, reflexionó, si le hubieran dado la oportunidad de conocerlo en Londres, la actitud de él le hubiera indicado que este no era un empleo para ella.

Habían anunciado el puesto en uno de los diarios, y en respuesta a su carta le pidieron que fuera a Londres a entrevistarse con el señor Stansfield, abogado y amigo de los Herrald. Él no dudó en contratarla.

Y ella, agradecida por haber encontrado un empleo que le permitiría alejarse de sus problemas, no pensó en preguntar por el hombre con quien ella y los niños viajarían.

Sin embargo, en apariencia, Adam Herrald sí objetaba y no se tomaba la molestia de ocultar sus pensamientos. La hacía sentir como si ella fuera una molestia no deseada; como una espina o astilla bajo la piel.

Bueno, al menos sabía cuál era su posición, pensó Petra con ironía.

Se sintió aliviada cuando un par de horas después, dieron vuelta en un camino de piedra que pasaba entre unas altas rejas de hierro. El Lion D'Or estaba más allá. Se trataba de un edificio grande, Construido en forma irregular con una terraza bordeada de geranios. Sobre el césped había varias mesas y sillas blancas que invitaban a disfrutar de la naturaleza. Una brisa ligera movía los flecos de las sombrillas de colores brillantes.

Todo estaba bien planeado. Patrick compartiría la habitación con Adam; en tanto que Petra, Sarah y Thomas ocuparían otra. Después de atender las necesidades de los niños, Petra se lavó y cambió antes de bajar con ellos a reunirse con su tío y Patrick en el jardín.

Encontraron a Adam solo, sentado ante una de las mesas blancas, leyendo el periódico. Lo puso a un lado y se levantó. Les comentó que Patrick, como de costumbre, había ido a explorar.

—Sin duda regresará en cuanto escuche el sonido de la vajilla —añadió sonriendo a Thomas—. Ordené té.

Dedicó a Petra una buena mirada, como si fuera parte de una sección poco interesante del escenario. Sin embargo, ella tuvo la sensación de que en ese escrutinio él observó todo; desde el color miel de la cara y brazos, hasta las uñas pintadas en color coral que se asomaban entre las sandalias verdes.

Mientras terminaba el alimento ligero, él parecía preocupado. Patrick hablaba de los conejos de angora que vio en la hortaliza detrás del hotel, y en cuanto los niños acabaron sus tartas de fresa, desaparecieron dejando a Petra sola con Adam.

Cuando los niños se fueron, la atmósfera se ensombreció y cargó de tensión, como si fuera a desatarse una tormenta. Petra rompió el silencio levantando la tetera, decidida a reducir la tensión a una atmósfera de neutralidad.

—¿Más té? —Le brindó una radiante sonrisa.

—Para mí no, gracias —las palabras eran corteses, mas con tono helado mientras volvía a estudiarla, después desvió la vista.

—Por favor, continúe —colocó la tetera sobre la mesa—, leyendo. Yo no quiero…

—Señorita Macey —interrumpió con brusquedad—, ¿podemos dejar las cortesías de lado y hablar con franqueza? —Petra arqueó las cejas, él prosiguió—: Esta es la primera oportunidad que tenemos de estar a solas, por lo que quisiera hacerle un par de preguntas.

La boca expresaba seriedad, pero la cara no mostraba expresión alguna.

—Seguro —murmuró—. Es mi obligación satisfacer cualquier duda que sienta en cuanto a mí.

—Tengo curiosidad —ignoró la ironía que usó Petra—, no tanto en cuanto a usted, señorita Macey, sino a la razón por la que solicitó este empleo en especial. Después de todo, no da la impresión de ser el tipo de mujer que encuentre mucha satisfacción en una… digamos… situación tan doméstica.

La mirada sombría pasó del pelo claro, corto, al vestido de lino verde olivo; la clase de prenda que Marcus hubiera querido que llevara, pero que ella había alegrado con un collar color coral y un cinturón que hacía juego. Otra vez ella tuvo la sensación de que Adam no había pasado nada por alto, ni siquiera la pequeña verruga en el cuello o la marca que le dejó el anillo de compromiso en el dedo.

Si su apariencia anterior lo había irritado, parecía que la actual le parecía igual de fastidiosa y molesta. Sintió una descarga de impaciencia. ¿Por qué tenía que afectarle? Si Adam tenía algún recuerdo de rubias altas, con nariz pequeña, barniz color coral o… cualquier cosa, eso era su problema. Se obligó a mirarlo, impasible.

—No sabía que hubiera un tipo reconocible para esta clase de empleo. El anuncio no lo estipulaba como requisito.

Ella sintió que su desagrado hacia él iba en aumento cuando Adam frunció las cejas. El movimiento alteró las facciones un segundo, se notaron más los pómulos, se enfatizó la estructura de la mandíbula y el hoyuelo del mentón. Ella podía adivinar el control que por lo general él imponía en su expresión y sintió placer al haber logrado penetrar su armadura aunque hubiera sido por un instante.

—Como se dio cuenta —recobró su habitual impasibilidad—, fue mi abogado quien se encargó de todo lo referente al anuncio. Y creo que usted es lo suficiente perspicaz para saber hacia dónde me dirijo, señorita Macey. A propósito, ¿desde hace cuánto tiempo lo conoce? Me refiero a mi abogado, Jack Stansfield.

No esperaba esa pregunta. Se le hacía fuera de lugar y la descontroló un poco.

—Lo conocí cuando me entrevistó —indicó Petra. Se preguntaba la razón de la pregunta.

—¿De verdad? —Adam permaneció un momento en silencio.

«No me cree», pensó. ¿Pero, por qué?

Después, él se pasó los dedos por el pelo, la miraba entre las pobladas pestañas oscuras y añadió con frialdad:

—No tiene el aspecto típico de una institutriz. Tal vez pueda decirme a qué se dedicaba antes de aceptar este empleo.

—Lamento que mi apariencia no le agrade —dijo con igual frialdad—. El señor Stansfield se mostró bastante satisfecho con mis referencias. Y también su hermana Unity, la madre de los niños —prosiguió con énfasis—. Pasé un par de horas con ella y los pequeños en el hospital, anoche.

—Lo sé —hizo un movimiento de impaciencia con las manos—. Unity me llamó y me contó algo. Pero omitió mencionar que… —se detuvo de súbito—. La línea estaba mal, pero eso no importa. Me gustaría que me proporcionara unos cuantos detalles. Estuve trabajando mucho en París en las últimas tres semanas. De no haber sido así yo mismo me hubiera encargado de la entrevista —añadió.

«Sí, y con solo verme», Petra concluyó en silencio, «me hubiera dicho que el puesto ya estaba tomado. Y yo nunca hubiera sabido la razón.

—Bueno. Nada tiene que ocultar, ¿o sí? Y como vamos a estar juntos en este viaje que nos llevará dos o tres días, es mejor que terminemos con los preliminares.

—No tengo intención de corromper a los niños, si eso es lo que insinúa —empezó Petra, molesta. Después cerró la boca.

El sentido común le indicaba que nada ganaría si permitía que ese hombre atractivo la hiciera enojar. «El problema con él», se dijo, «es que por ser famoso en el mundo de la fotografía piensa que puede mantener una actitud de superioridad con los mortales a quienes considera inferiores».

—En respuesta a su pregunta —resumió imprecisa—, antes de aceptar este empleo establecí una sociedad con una amiga. Teníamos una tienda de regalos en Casterleigh. Vendí mi parte hace dos meses.

Se había conformado con la idea de que como esposa de un Overton de Cranbrook era imposible que trabajara; cuando menos eso pensaban Marcus y su madre. Y, aunque ahora era difícil de

creer, en ese momento Petra estaba tan cegada por sus sentimientos hacia Marcus, que lo único que quería era hacerlo feliz, aunque para ello sacrificara su sociedad con Di, en Potpourri.

—¿Puedo preguntar por qué? —la voz autoritaria de Adam interrumpió sus pensamientos, la hizo regresar al presente, al jardín agradable y al interrogatorio—. ¿No disfrutaba con su trabajo?

—Por el contrario —repuso—. Me fascinaba.

—Ah —se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos. El sol caía sobre éstos pues tenía subidas las mangas del suéter y el vello fino brillaba como alambres de cobre—. ¿Iba mal el negocio?

—¡Por supuesto que no! —exclamó. Parecía que este hombre no confiaba en ella en lo absoluto—. Si quiere saberlo —dijo encolerizada—, nos iba muy bien. Casterleigh empezaba a atraer a muchos turistas. A los americanos les encantaban las ruinas del castillo y la abadía. Una residencia cercana acababa de abrir sus puertas al público… Además, no vendíamos baratijas sino artesanías de calidad. Yo acostumbraba… —se interrumpió de repente y se mordió el labio inferior.

A Adam Herrald no le interesaría oír acerca de los cuadros en miniatura que ella hacía con flores, ni las joyas, ni las tarjetas que diseñaba sobre la tienda. Consideraría su negocio como algo trivial. Resistió el impulso de ponerse de pie e irse.

—Así —arrastró las palabras y subió una ceja—, que el negocio iba bien y lo disfrutaba. Sin embargo vendió su parte.

Las palabras quedaron un momento en el aire. La verdad, ella pensó, él era insoportable. Su pasado no le incumbía. Levantó la barbilla y lo miró.

—Tuve poderosas razones. Pero no creo que tengan que ver con usted. Tampoco con este empleo, que, si no entendí mal, exige cuidar a los tres hijos de su hermana durante las próximas semanas. El hecho de que usted y yo tengamos que estar juntos no lo autoriza a meterse en mi vida privada.

Se miraron largo rato, la enemistad bullía entre ellos en la tarde tranquila. El brillo en los ojos de Petra hubiera advertido a cualquiera de sus amigos de que no siguiera con el tema.

—Y eso me pone en mi lugar —dijo encogiendo los hombros.

Petra estaba callada. «En realidad, eso espero, aunque lo dudo». Se sirvió un poco más de té, pese a que no lo apetecía. Por fortuna, le daba algo que hacer, y más importante aún, algo que ver, lejos de la amargura que proyectaban los ojos de Adam. Ella se sentía contenta de que no le temblaran las manos y revelaran su cólera.

—Y ahora supongo que habrá algunas preguntas que usted

quiere hacerme —dijo él con desinterés.

—Oh, no creo —si era tan vanidoso de pensar que ella sentía curiosidad por él, había sobrestimado su importancia—. En la entrevista, el señor Stansfield me explicó la situación acerca del ingreso de su hermana al hospital. También me dijo que el padre de los niños estaba en los Estados Unidos y que usted los acompañaría a la villa de su abuela —lo miró, retadora—. Eso es todo lo que necesito saber, ¿no es cierto? Sin embargo, pensé que habría sido más fácil si los niños y yo hubiéramos volado a la villa de su abuela…

—A Sarah le dan miedo los aviones. Es una niña con mucha imaginación y no tenía objeto complicarle la existencia. Casi terminé con mi trabajo en París, por lo que ofrecí llevarlos siempre que contara con alguien que me ayudara.

—Y por sus comentarios, supongo que esperaba que esa ayuda fuera una institutriz de edad media, experta, gentil y agradable —Petra se apoyó contra el respaldo de la silla y retiró una migaja que tenía sobre el regazo—. Bueno, lamento desilusionarlo, señor Herrald. Y también lamento que no tenga confianza en mi capacidad. Pero parece que está atrapado conmigo. A menos, por supuesto —añadió un tanto provocativa—, que prefiera aceptar mi renun…

—Maldita sea. No estoy en posición de llevar a cabo mis preferencias…

—Aunque —ella prosiguió como si él no hubiera hablado—, no entiendo por qué le da tanta importancia a la edad y la apariencia. Tengo veinticinco años, como es probable que ya sepa. Tengo experiencia como enfermera; lo que incluye trabajo con niños y le puedo asegurar que estoy capacitada para que los chicos disfruten de unas buenas vacaciones sin que molesten demasiado a su abuela —se detuvo un momento—. Si entendí bien, esos eran los requisitos para el empleo. Como yo los llenaba, el señor Stansfield y Unity me aceptaron, no creo que sus objeciones importen mucho.

—Prosiga, señorita Macey —apoyó un codo sobre la mesa y descansó la barbilla en la mano—. Tengo la impresión de que no ha terminado.

—Espero que no me considere impertinente —ignoró la ironía en el tono de Adam—, pero en vista de su desaprobación, tal vez debió explicar con claridad cuáles eran sus condiciones, tanto al señor Stansfield como a Unity. Así nunca se hubiera dado esta situación —haciendo caso omiso de la expresión de cólera de Adam, se puso de pie y tomó su bolso de la silla.

—Jack Stansfield y Unity —se levantó; era mucho más alto que Petra—, me conocen lo suficiente para haber considerado ciertas cosas —dijo con los dientes apretados.

Por un momento estuvieron frente a frente, el aire entre ellos estaba tan tenso como una carga explosiva. Petra se sostuvo del respaldo de la silla mientras lo veía a los ojos. «Maldito hombre y malditas actitudes. Qué embrollo hacía cuando se trataba solo de una cara que no encajaba. Bueno, ese era su problema».

Al fin, ella desvió la vista y respiró profundo.

—Y ahora —murmuró, cortés—, si me disculpa, iré a ver cómo van mis obligaciones. A propósito, ¿quiere que ordene una cena ligera para Thomas para que se pueda acostar temprano? ¿Cuáles son sus instrucciones en cuanto a Patrick y a Sarah?

—Ahora estamos en Francia, señorita Macey, donde es normal que los niños cenen con los adultos. Cuando en Roma… ya sabe el resto.

—Muy bien. Aunque… —Petra prosiguió, con una servilidad burlona que no pudo resistir—, tal vez prefiera que su ayudante contratada tome los alimentos por separado —él cerró un poco los ojos con perversidad, esto hizo que ella continuara—. Lamento no tener un uniforme gris, como es costumbre, pero pensé que haría calor.

—¡Por Dios! Todo lo que le pido es que haga lo que tiene que hacer. Lo que vista no me interesa en lo absoluto —la desdeñosa mirada que le dirigió, la golpeó como un látigo, pero antes que ella pudiera hablar, continuó—: A los niños les parecería raro que no comiéramos todos juntos. Después que lleguemos a la Villa des Roches, la abuela le dará las indicaciones necesarias. Una vez que los haya dejado, me iré solo; la mayor parte del tiempo, al menos.

Gracias al cielo por eso, pensó Petra mientras se alejaba; sentía la mirada de desagrado de Adam.

Caminó erguida. No tenía más alternativa que soportarlo. Después de todo, solo serían tres días, y una vez que llegaran a Ardéche, le agradaría ver que se iba. Mientras tanto, pensó, buscando consuelo, le sería más fácil tolerarlo con la presencia de los niños.

Al dar vuelta al edificio, siguiendo la dirección que habían tomado los chicos, no pudo dejar de comparar la actitud de Adam Herrald con los modales agradables del señor Stansfield durante la entrevista en Londres. Después de dos minutos de estar en su oficina, ella sintió que el empleo era suyo. Le simpatizó al señor Stansfield de inmediato, y la contrató a pesar de que había cuatro

solicitantes esperando en la oficina exterior; algunas de ellas, Petra lo aceptaba, tenían la apariencia dejo que Adam consideraba el tipo adecuado. Sonrió. Adam Herrald debió haber nacido en otra época, cuando la apariencia era todo lo que importaba.

Encontró a Patrick y a Thomas dando lechuga a los conejos, con un niño francés, en tanto que Sarah, sentada en un escalón, acariciaba a un gato gris que sostenía en su regazo. Una puerta estaba abierta y Petra vio una cocina amplia donde dos mujeres rebanaban carne y charlaban.

La escena era relajada y ayudó a Petra después de su discusión con Adam. Se sentó, agradecida, a un lado de Sarah. Una de las sirvientas le llevó una silla de madera de la cocina, la limpió con el delantal antes de ofrecérsela sonriendo.

—*Merci, madame* —Petra le sonrió a su vez y se movió, aunque hubiera preferido quedarse al lado de la niña y pasarle un brazo por el hombro para conocer la respuesta afectiva hacia una madre sustituía temporal.

De repente, Petra también se sentía sola y triste. Cerró los ojos, sintió el sol cálido sobre los párpados. La venta de su parte de Potpourri, después las escenas desagradables con Marcus y ahora, además de todo, la hostilidad inexplicable de Adam Herrald hacia ella. Todo se confabuló, se sentía deprimida y nerviosa.

Se obligó a relajarse y responder a la escena veraniega que había alrededor. Se recordó que las cosas serían diferentes una vez que hubieran llegado a Ardéche. Después de un rato se puso de pie y llamó a Thomas.

—Como agasajo de vacaciones, te vas a acostar tarde, por lo que tienes que descansar un poco ahora. Vamos a ver cómo se siente una cama francesa —le extendió la mano y con ternura lo cargó.

Una mano cálida le rodeó el cuello. Riendo, dio vuelta al edificio y casi chocó con Adam. Él por instinto se hizo hacia atrás, apenas fue perceptible, pero el movimiento se dio. Ella sintió que se le enrojecía la cara, aunque se recuperó de inmediato, alborotó el pelo de Thomas antes de seguir.

Desconcertada, subió despacio. ¿Qué le pasaba a ese hombre? ¿O qué le pasaba a ella? De seguro su animosidad hacia ella se debía a algo más profundo que la simple desilusión de que no fuera una dama rolliza, como él había anticipado. El corazón de Petra pareció desplomarse a un abismo; cenar con él sería otra prueba difícil.

Por un momento pensó en pretextar un dolor de cabeza y pedir que le subieran una tortilla de huevos a su habitación. Desechó la

idea por considerarlo un subterfugio cobarde. No sería justo para los niños. Tampoco favorecía su imagen frente a los ojos de Adam Herrald. No le importaba mucho, mas intuía que esos ojos insondables verían a través de su ardid, y sospechaba que él no le permitiría salirse con la suya.

Decidida, lo alejó de sus pensamientos mientras perdía el tiempo en la habitación, esperando a que Thomas despertara. Más tarde, tuvo cuidado de que nada estuviera mal en la apariencia de los niños, para evitar la crítica.

Se dio un duchazo rápido y se puso una falda de color marfil con una blusa de seda que hacía juego. Bajó, tratando de aparentar calma.

Al dar la vuelta en la escalera, vio a Adam parado en el pequeño bar situado en un rincón del comedor. Thomas gritó y Adam se volvió. Sostuvo la mirada de Petra un momento. Ella se sintió atontada.

Sacudiéndose un poco, siguió bajando, sentía los pies muy pesados. Ella vio que él también se había cambiado, llevaba un suéter gris con pantalones que hacían juego y una chaqueta blanca. Aun entre los huéspedes bien vestidos, él sobresalía. Y con resignación, Petra se dio cuenta de que aunque no lo hubiera conocido, sus ojos se hubieran visto atraídos por instinto hacia el hombre alto y bien proporcionado. Ningún hombre tenía derecho a poseer tal carisma, pensó desalentada. En especial cuando era solo superficial.

—¿Un aperitivo, señorita Macey? —murmuró cuando ella se acercó.

—No, gracias —sonrió forzada—. Trabajo, ¿recuerda?

Para su sorpresa, él rio. Petra vio que uno de los dientes estaba un poco disparejo en la orilla, lo que le daba a la sonrisa una curva atractiva, humorística que ella notó con anterioridad.

—Oh, espero que no sea chapada a la antigua. Cuando se está en Roma…

—Eso ya lo expuso antes —le indicó, tensa.

—Es pertinente la repetición, creo. ¿O nunca ha dicho algo dos veces? —La sonrisa persistía, enloquecedora, superior, pero las palabras eran mordaces.

—No en lo que a usted se refiere, señor Herrald. Tengo sus requisitos muy claros.

Si él pensó que podría interrogarla como lo hizo por la tarde y después desarmarla con un encanto falso, estaba equivocado. Si quería una institutriz estereotipada, ella lo haría lo mejor que

pudiera. Que reservara su encanto para mujeres que no habían visto su lado más sombrío.

—Tienen un cava excelente y ordené un vino para la cena —Adam se volvió al bar, y Petra miró los hombros revestidos de blanco, el sello de autoridad escrito en la cabeza.

Un momento después pasaba dos copas a los niños, quienes exclamaron con deleite por el brillante color rosado.

—Granadina —él explicó—. Les gustará. ¿Por qué no la toman afuera, en la terraza? Patrick ya está allí.

—Prefiero quedarme con Petra —respondió Sarah y Thomas hizo eco.

En silencio, la joven los bendijo. Un Adam Herrald enojado era desagradable, pero resultaba una amenaza que podía manejar. Ahora, en la atmósfera relajada del aperitivo antes de la cena, la amenaza estaba allí, si bien emanaba de una fuente más suave que la trastornaba más. A pesar de sí misma, el magnetismo de Adam la tocaba, la atraía…

—Su aperitivo —dijo sosteniendo una copa—. Bébalo, le ayudará a relajarse —los ojos tenían un brillo tentador.

—Estoy relajada —protestó Petra—. ¿Hay alguna razón para que no fuera así? —Lo miró. ¿Cómo se ocultaba uno de los ojos oscuros que captaban demasiado?

—Oh, ¿entonces por qué juguetea con los dedos de esa forma tan irritante?

Demasiado tarde se dio cuenta de que se frotaba el dedo en el sitio donde, durante tres meses, había llevado el anillo de compromiso. Cuando iba a abrir la boca para responder, él dijo con voz baja, para que solo ella lo escuchara:

—Señorita Macey, tratemos de hacer de esta parte de las vacaciones un tiempo agradable, por los niños.

Parecía una orden y derrotada, no pudo más que asentir. Tenía razón, por supuesto, cuando menos en ese aspecto.

Casi contra su voluntad, descubrió que se relajaba conforme se alejaban las tensiones del día.

La cena estuvo deliciosa, y notó que Adam compartía su pasión por los mariscos. La conversación fue general, incluía a los niños al grado de que después de un rato, ellos eran quienes charlaban.

Cayó la noche y el comedor se oscureció. Las copas brillaban bajo la luz dorada de las lámparas de mesa, y un sentimiento de tranquilidad cubrió a Petra, puliendo las fricciones que la acosaban desde que conoció a Adam. Cuando menos durante el tiempo que duró la cena, a Petra le pareció que los problemas la presionaban

menos pues Adam llevaba la conversación a temas que mantenían divertidos a los niños. Era una estrategia hábil, aceptó, mantener sus pensamientos alejados de su hogar y de su madre quien en ese momento era probable que estuviera en la sala de operaciones.

Proporcionaban el servicio sin prisa, y Petra de repente pensó que este sería un sitio adecuado para una reunión de amantes. Parecía que las viejas piedras grises exudaban el perfume de romances anteriores, en el comedor alumbrado de forma tenue; lo único que faltaba eran los violines. Le temblaron los labios, entonces notó la mirada especulativa de Adam sobre ella. Levantó la bebida, se la llevó a la boca y lo miró sobre la orilla de la copa.

A pesar de su decisión anterior, sus pensamientos regresaron a la última ocasión que cenó con Marcus. A pesar de que ella le indicó que no tenían prisa, él fue brusco con el camarero y pidió hablar con el gerente. Fue una situación muy bochornosa. No podía imaginar a Marcus en este sitio; vería al Lion D'Or como un lugar viejo e inadecuado. Para ese momento ya estaría tamborileando con los dedos sobre la mesa, la cabeza hundida entre los hombros mientras se sentía más y más molesto.

¿Cómo pudo estar tan ciega para considerar la posibilidad de casarse con él? Con él y con su madre, añadió en silencio.

Se frotaba otra vez el dedo, como si quisiera borrar el recuerdo de ese anillo; una esmeralda cuadrada pues todas las novias de Overton, recibían esmeraldas cuadradas.

Molesta consigo por permitirse esos recuerdos, dejó caer las manos sobre la mesa y notó que Adam la veía divertido. Deseaba haber elegido otro sitio donde sentarse, menos frente a él. De alguna forma la hacía vulnerable, demasiado consciente de que la observaba. La mirada de Adam bajó a la mano izquierda de Petra y a la marca que contrastaba con su bronceado, después regresó a la cara.

Se sonrojó mientras colocaba las manos sobre su regazo. Los niños se divertían contando los huesos de las cerezas sobre los platos.

—Por un momento, señorita Macey, dio la impresión de sentirse acosada —la voz de Adam era baja, casi inaudible, sin embargo cada sílaba le llegó con claridad.

—¿Sugiere ahora que he cometido algún crimen?

—De ninguna manera —arrastró las palabras—. Solo era un comentario. Usted es una dama muy sensible. Tendré que tener cuidado con lo que digo. Mis disculpas si la ofendí —ella sintió que él se mofaba, y alejó la mirada.

—No lo hizo —contestó, molesta, dejó la servilleta y se dirigió a los niños—. Si ya terminaron, es hora de ir a la cama. Todos ustedes —prosiguió al ver que Patrick estaba a punto de oponerse. Sentía que era injusta al usarlos debido a su propia necesidad de escapar de una atmósfera que se volvía opresiva. Pero, después de todo, ya era tarde y habían tenido un día agotador.

—La señorita Macey tiene razón —dijo Adam viendo su reloj—. Vamos, Sarah, tú puedes cuidar a Thomas. No será la primera vez, lo sé. La señorita Macey y yo tomaremos café juntos y después subiremos. Para entonces ya deben estar dormidos.

—Oh, pero… —los ojos de Petra se alejaron de la mirada apremiante de Adam.

Hasta unos momentos antes la velada había estado libre de corrientes hostiles. Lo último que ella deseaba era quedarse a solas con él. No quería arruinarlo todo, y establecer bases desagradables para el día siguiente.

—¿Por qué la llamas señorita Macey? —preguntó Thomas—. Nosotros le decimos Petra.

—Porque —Petra repuso de inmediato—, yo trabajo para su madre. No soy una amiga, sino una ayudante…

—Tú eres mi amiga —enfatizó Thomas—. De cualquier forma, la señora Maggs trabaja para mamá. Ella ayuda, y mamá le dice Lily.

Petra rio, agradecía que la conversación hubiera tomado otro curso.

—Y mi papá la llama «esa imbécil» —dijo Patrick con una sonrisa—. ¿En dónde puso esa imbécil mi lata de tabaco? Eso dice.

—Denle las buenas noches a su tío —intervino Petra—. Subiré con ustedes.

—¿No toma café? —preguntó Adam.

Petra pensó escuchar una nota de alivio en la voz. Tal vez el ofrecimiento fue solo cortesía y él también se alegraba de no tener que fingir.

—Me mantendría despierta —explicó con un tono ligero.

—Saldremos mañana temprano, desayunaremos a las ocho y cuarto. Estén listos para partir al terminar el desayuno.

—Por supuesto, señor Herrald. Puede contar conmigo —sonrió.

—Eso espero, señorita Macey.

¿Se lo imaginó, o había una nota de advertencia en la voz de Adam?

—Buenas noches —se despidió, cortante y salió con los niños.

Capítulo 2

Parecía que Petra solo había dormido unas cuantas horas cuando Sarah la despertó con urgencia. Se sentó en la cama, miró el reloj, gruñó y arrojó las mantas. ¡Casi las ocho! No le daría a Adam una razón para quejarse.

Acosó a los niños mientras ella terminaba de hacer el equipaje y cuando bajaron, eran las ocho con doce minutos. Lo logramos, pensó, en tanto se anudaba el cinturón del vestido.

En el vestíbulo, Thomas se detuvo de repente pues recordó que había olvidado su elefante azul sobre la cama.

—Tenemos que recogerlo —se quejó Sarah—, nunca va a ningún lado sin él.

—Ustedes dos vayan a la terraza —dijo Petra—. Yo subiré por el elefante.

Al volverse para regresar, vio que Adam estaba de espaldas cerca de la escalera. Hablaba con voz baja por teléfono, pero pudo oírlo.

—Excelentes noticias. Maravilloso. Sí… está bien. Les diré a los niños y más tarde yo mismo me comunicaré al hospital. Y tal vez…

Petra no hizo ruido al subir por la escalera. Por lo visto, hablaba de Unity, y por el fragmento de la conversación todo estaba bien. «Me comunicaré con Di por la noche», decidió Petra, «y le pediré que envíe flores a Unity». Durante el poco tiempo que pasó con la madre de los niños, simpatizó con ella. Petra admiraba su sentido del humor y su filosofía de tomar las cosas conforme se presentaban sin preocuparse demasiado. Incluso había ayudado a Petra a poner sus problemas en perspectiva, al menos por el momento.

Qué diferentes eran Unity y Adam, reflexionó con pesar, mientras recogía el elefante de terciopelo azul y cerraba la puerta.

Al llegar a la escalera escuchó que él todavía hablaba. Su tono ahora era indiferente.

—… no sé en qué demonios pensabas, Jack. ¿Qué? Debiste saber como yo… Sí. Está bien. Lo sé, pero cuando necesite un psicólogo, buscaré un profesional. Ya recibí suficiente terapia de aficionados durante los dos últimos años para que me dure toda la vida. Bien intencionada, no lo dudo. Y puedo adivinar que Unity intervino. ¿Bueno? ¿Lo hizo?

Permaneció en silencio un momento. Petra dudó, no sabía si reunirse con los niños para evitar que Adam se volviera y la sorprendiera allí. Él sabría que ella había escuchado una conversación privada. Hizo una mueca. Distinguió cómo se

endurecía la cara de Adam. La vería con esos ojos oscuros fríos y ya había experimentado su efecto inhibidor. Por otra parte, si regresaba a la habitación y esperaba, llegaría tarde al desayuno. De cualquier manera, estaba hundida. Decidió correr a la terraza con los niños pero las siguientes palabras la dejaron helada.

—Por supuesto que está bien para los niños. Les agrada, pero… Bueno, ¿cuántas solicitantes había? Ya veo. Y quieres que crea que entre todas no había otra capaz. Debiste saber que yo… ¿Qué? Maldita sea, hubiera esperado que tú, Jack, entre todos habría…

Petra no esperó más. A tropezones regresó a la habitación, cerró la puerta y temblando se hundió en la cama. Hablaba con el señor Stansfield de ella. Algo más también estaba claro, aunque resultara doloroso; su absoluto rechazo hacia ella.

Movió la cabeza, ofuscada. ¿Por qué estaba en su contra? ¿Por qué? ¿Qué había hecho, por Dios?

Estrujaba el elefante entre las manos en tanto trataba de ordenar las ideas que se agolpaban en su mente. Se le enfrentó el día anterior, esa podría ser la razón… Pero su aversión fue aparente desde el momento que se conocieron, solo porque no tenía la apariencia de una institutriz convencional. Al menos, esa fue su explicación.

Miró su imagen en el espejo. La verdad del asunto era que ella no tuvo que darle motivos para que la repudiara. Bastaba con ser ella misma. *No me agrada, doctor Fell; la razón la desconozco.* Las palabras de la canción se repetían en su mente una y otra vez. Era frustrante e injusto. Estaba más allá de su comprensión. ¿O podría ser que pese a su elegancia y desenvoltura no fuera un hombre maduro? ¿Sería eso? Había hablado de psicoterapia… ¿Habría alguna falla en su formación psicológica? Después de todo, ¿qué sabía de él?

Alejó la mirada del espejo y la enfocó en las plantas que había afuera de la ventana. Solo supo un poco más que su nombre cuando terminó la entrevista. Y no fue sino hasta que regresó a Casterleigh y de camino a su apartamento se detuvo en la tienda para contarle a Di que tenía el empleo, que supo con quién viajaría.

Petra lo veía todo otra vez; Di colocó con cuidado el tazón que sostenía y preguntó con incredulidad:

—¿Te refieres a Adam Herrald? ¡Qué oportunidad! ¡Un hombre como ése!

—¿Como qué? ¿Lo conoces? ¿Es algo especial?

—Y que lo digas. Sé algo de él, es fotógrafo. He visto su trabajo en algunas de las revistas más famosas —Di cerró los ojos—.

Mujeres preciosas modelando vestidos increíbles y carísimos, estudios artísticos a los miembros del Jet Set y los escenarios: castillos franceses, palacios italianos, las Bahamas, arrecifes de coral o tabernas griegas. Deberías ver su trabajo.

—Tal vez lo he visto —dijo Petra riendo—. Pero es obvio que te impresionó más a ti que a mí.

—En uno de los suplementos dominicales apareció un artículo acerca de él. Quisiera recordar más. Estaba su fotografía, es moreno, fuerte —entrecerró los ojos—. Diría que vas a pasar momentos muy interesantes, Pet.

Al recordar esa conversación ahora, Petra guiñó un ojo y se puso de pie. Bien podía prescindir del interés que Adam Herrald proporcionaba.

Durante varios minutos su dolor luchó contra el enojo. Todos sus instintos le advertían que se alejara, que inventara alguna excusa y regresara a Dieppe, después a Inglaterra…

Abandonar a los niños no era cumplir con la confianza que Unity y el señor Stansfield habían depositado en ella; aunque por la conversación telefónica de Adam hasta eso ahora parecía sospechoso, y no sincero, como le pareció durante la entrevista.

La solución no era abandonar a los niños. Ni siquiera podía considerarlo. Decidió que se quedaría a hacer el trabajo al que se había comprometido. El dolor desapareció, en su lugar quedó la ira. Al demonio con Adam Herrald y sus problemas. Si era tan selectivo hubiera movido cielo y tierra para estar en la entrevista, en lugar de quejarse porque Jack Stansfield había contratado a la persona equivocada.

Miró el reloj. Había permanecido arriba durante casi diez minutos. Con seguridad Adam ya habría terminado su llamada. Si no era así, ¿qué importaba?

Se sintió un poco desolada al ver que él ya estaba con los niños en una mesa de la terraza.

—Buenos días, señorita Macey —se puso de pie—. Nos disculpará por haber empezado sin usted —las mejillas estaban rojas y apenas abrió los labios al pronunciar las palabras.

Petra se preguntaba si todavía estaría molesto con Jack Stansfield. ¿O su disgusto se debía a que ella llegó tarde? ¿Desobedeció sus órdenes? Bueno, si esperaba una disculpa, era mejor que lo olvidara.

—Está bien —se forzó a sonreír, tomó asiento y colocó el elefante sobre el regazo de Thomas.

—Tardaste mucho —dijo Thomas—. Adam va a ver si podemos

hablar con mami hoy en la noche.

—Sí —añadió Sarah, con ojos brillantes—. Ya la operaron. Adam habló con el tío Jack.

—¿De veras? —Las cejas de Petra se arquearon al volverse a ver a Adam—. Son buenas noticias. Espero que todo marche bien. Niños, tengo una idea. ¿Qué les parece si cada uno lleva un diario de estas vacaciones? Así cuando vean a su madre ella podía leer todo lo que hicieron y las cosas que vieron durante el viaje.

—Thomas no sabe escribir —señaló Patrick.

—Pero sí dibujar. Y yo le ayudaré. Patrick, si ya terminaste sube a lavarte los dientes, por favor —ella sonrió, aunque la sonrisa más bien parecía un gesto—. Tú también, Sarah. Saben que su tío quiere salir temprano.

Con movimientos seguros se sirvió café y partió un croissant.

—Le prometo que no tendrá que esperar por mi culpa —la sonrisa cortés que le ofreció a Adam, lastimaba. Quería gritarle, exigirle una explicación para defenderse de sus juicios injustos.

Él le lanzó una mirada rápida, frunció el ceño y alejó la vista como si lo que veía lo ofendiera. Después dejó la taza y dijo:

—Iré a pagar la cuenta —se puso de pie y al instante ella notó su agilidad—. Saldremos, en… veinte minutos.

—Está bien —ella concentró su atención en extender la mermelada sobre el pan.

La mañana ya era cálida y prometía un día esplendoroso. El sol brillaba sobre las flores recién regadas y las gotas de agua parecían diamantes. Petra sentía frío y cansancio. Tenía frente a sí un día difícil.

—Apresúrate, Thomas. Termina el desayuno rápido. No debemos hacerlos esperar.

Por fortuna durante la travesía de la mañana no hubo necesidad de hacer más comentarios que los ocasionales. Petra trató de mantener la mente ocupada ayudando a Thomas con un juego de construcción y jugando con Patrick. Sarah, en el asiento delantero, veía los mapas, daba indicaciones equivocadas con tono de importancia y Adam la corregía de buen humor. Había muchas razones para que los niños estuvieran encantados con él. Después de todo, hasta una manzana podrida por lo general tenía zonas buenas.

Lo miró de reojo. Tenía subidos los puños de la camisa, lo que revelaba las muñecas fuertes y las manos morenas. Elegancia, reflexionó Petra, era un adjetivo que por lo general se asociaba con las mujeres. Sin embargo, él tenía una elegancia casi agresiva y

muy masculina, desde los mocasines hechos a mano hasta el pelo oscuro, que flotaba sobre las sienes.

Rio en su interior; no le hubiera gustado que lo comparara con una manzana podrida. Entonces, ella recordó su conversación telefónica. No había nada de qué reír. El frío en el estómago se renovó como si fuera indigestión.

Sin embargo, cuando se detuvieron a tomar un refrigerio en una cafetería con mesas exteriores, no pudo evitar la conversación directa.

—Debemos llegar a Beaugency a la una —Adam vio el reloj—. Conozco un buen restaurante allí para comer.

—En realidad, pensaba comer en el campo —dijo Petra, con una nota de autoridad en la voz—. Nuestra comida principal es en la noche, por lo que algo ligero sería mejor para los niños. Sin embargo —otra vez esbozó una sonrisa amplia, falsa—, por supuesto que eso no lo tiene que incluir a usted. No quisiera alterar sus planes. Por lo que si nos deja en un lugar adecuado podemos comer a la orilla del río y usted puede ir al restaurante.

—¿Entonces sabe que Beaugency está cerca del río Loire?

«No se muestre condescendiente conmigo, Señor Todopoderoso», pensó molesta. Y solo la presencia de los niños evitó que dijera que sabía interpretar un mapa.

—Estoy seguro de que sabe hacer muchas cosas, señorita Macey. Pero lo natural es que coma con ustedes.

—Como guste —dijo levantando un hombro—. Sarah y yo haremos las compras. ¿Alguna instrucción especial?

—Oh —dijo después de mirarla con frialdad—, tengo confianza en su capacidad para organizar una comida en el campo.

—Hay una juguetería un poco más allá en esta calle —indicó Patrick—. ¿Podemos ir a ver?

—Sí, vayan si ya terminaron con sus bebidas —dijo Adam antes que Petra pudiera protestar.

Después que los niños se fueron, los adultos guardaron silencio. Petra concentró su mirada en un chico con bermudas color de rosa que escogía melones en una frutería cercana. Era consciente de que Adam la observaba, y se sonrojó. Ella sabía que él lo había notado. Entonces dijo, tranquilo pero con voz de acero.

—Está bien, señorita Macey, dígalo. ¿Qué pasa ahora?

Se volvió de prisa. Alejó el deseo de ponerse de pie, inclinarse sobre la mesa y gritarle cuál era el problema. Por un momento saboreó el placer de decirle que había escuchado la conversación que sostuvo con Jack Stansfield, ver la reacción en la cara de Adam

sería una recompensa, pues con seguridad no podría esconder su vergüenza.

Por desgracia, tendría que negarse ese placer; él de inmediato la acusaría de metiche. Tomó un trago de café y después preguntó con tono helado:

—¿Hay algún problema?

—Usted dígamelo. Pensé que teníamos un acuerdo —ella levantó las cejas, él prosiguió—. Parece que olvidó que acordamos una tregua de paz durante el viaje, para beneficio de los niños.

—¿Entonces admite que hay problemas?

Al fruncir el ceño los ojos se entrecerraron y se movió en la silla, el movimiento tensó los músculos de los muslos un momento. Con rapidez Petra alejó la mirada.

—Oh, deje de discutir. Por su comportamiento, parece haberlo.

Ella rio. ¡Qué engañoso era! El día anterior, a excepción de la cena, la trató como si fuera un paria. Y ahora se atrevía a acusarla de ser difícil.

—Creo que no comprende —ella murmuró—. ¿Qué es lo que he hecho mal ahora? Permítame recordarle que mi compromiso es con los niños, y ellos parecen felices. Si no son la razón de su queja, no sé cuál pueda ser.

Ella movió el brazo para dejar la taza. De repente él la tomó por la muñeca y le detuvo la mano, cerró los dedos con fuerza. Ella jadeó, no estaba preparada para la respuesta repentina de su sangre. Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sabe muy bien a lo que me refiero. Todas estas palabras vanas. Está malhumorada por algo y trata de ocultarlo. Su viveza fingida y frágil, su pose de…

—Permítame —liberó la mano—. Por favor, deje de maltratarme. No soy su esclava. ¿Qué piensa que le da derecho a dictar mi humor? No, no responda; su respuesta me aburriría. Solo recuerde esto, señor…

Para su enojo él empezó a reír, divertido.

—Así que —dijo, satisfecho—, al fin me comunico con usted —se apoyó en el respaldo de la silla, disfrutaba del enojo de Petra. Los ojos de ella brillaban como venturinas, el color aún permanecía en las mejillas bajo el bronceado. Y el corazón parecía haber encontrado su propio ritmo loco—. ¿Sabe, señorita?, prefiero a la mujer colérica que a la autómata pulcra del desayuno.

—¿Y? ¿Qué le hace pensar que me importa cómo me prefiera? Nunca he estado menos interesada… Su opinión, que le puede parecer sagrada, nada significa para mí. ¿Por qué tendría que

hacerlo? No lo respeto lo suficiente para, que me importe su juicio —tenía los puños apretados sobre el regazo. Su risa fue la gota que derramó el vaso. Le hubiera dado un placer inmenso darle una bofetada—. En cuanto a mí, usted es solo el conductor. Y ahora, si no le molesta, iré con los niños. Prefiero su compañía. Después Sarah y yo haremos las compras. Espero que le agrade la comida, aunque no creo perder el sueño si no es así.

En forma irritante, él ignoró su arranque. Y la observaba con una ceja un poco alzada y su atractiva sonrisa.

—Como diga. Puede mandar a Thomas y a Patrick conmigo. Iremos a poner gasolina. Nos vemos frente a la iglesia, ¿le parece? Oh, y necesitará esto —se puso de pie, sacó la billetera y le entregó un billete—. Para la comida —lo colocó en la palma de Petra y le cerró los dedos sobre él, su contacto la quemó.

Después la voz se endureció.

—Por favor, mantenga ese acuerdo en su mente, señorita Macey —la sonrisa había desaparecido—. Estoy seguro de que con su amplia experiencia con los niños —señaló, sarcástico—, no es necesario que le diga que pueden mostrarse muy sensibles a la atmósfera que los rodea, Sarah en especial. Y que quede esto muy claro —continuó, parado a un lado—. Nada les va a estropear este viaje. ¿Entendido? —Extendió un brazo y le puso un dedo bajo la barbilla, la obligó a que subiera la cabeza—. Así que recuérdelo, y esto es una orden.

—¿De veras? —Impaciente, movió la cabeza, las palabras caían como piedras—. Entonces todo lo que puedo decir es que es exagerada y sus modales me dificultan obedecerlo.

Dio media vuelta rompiendo las cadenas invisibles y se alejó de él. ¡Era un hombre insoportable! Contuvo las lágrimas de frustración, caminó con más lentitud conforme se acercaba a los niños que seguían parados frente a la juguetería. Se mordió el labio para controlar su estremecimiento. Aunque no quisiera admitirlo, él tenía razón; los niños eran muy sensibles y ella también quería que disfrutaran de ese viaje. Para ello, iba a necesitar un esfuerzo descomunal de su parte para hacer a un lado la aversión que sentía por el tío. Pero no le quedaba más que rechinar los dientes y obedecer.

Logró plasmar una sonrisa al reunirse con los niños, después tomó a Sarah de la mano y mandó a los chicos al café, donde Adam dejaba unas cuantas monedas en un plato.

—Pan —le dijo a Sarah—, con dos baguettes será suficiente. Un poco de jamón, queso y tomates. Duraznos, y cinco…

—¿Tartas de fresa? —sugirió Sarah, esperanzada.

—Justo lo que iba a decir —Petra se vio recompensada con la risa de deleite de la niña.

Fue poco después de la una cuando cruzaron el Loire y encontraron un sitio para comer a la ribera del río. Adam dejó la camioneta cerca y sacó un par de tapetes de uno de los muebles. Los niños llevaron la comida y los platos a la orilla del río, Thomas tenía un bote de plástico y se acercó al agua mientras Patrick con su telescopio observaba a un cisne en una de las isletas.

—Regresaré en unos cuantos minutos —dijo Adam después de haber extendido los tapetes.

Petra asintió, y contuvo el impulso de decirle que no se apresurara en regresar. Ella y Sarah se dedicaron a abrir el pan y ponerle mantequilla.

Dejó de rebanar los tomates para ver a Thomas. Entonces, notó que el bote rojo se alejaba, fuera del alcance del niño. Él estiró el brazo y extendió los dedos; casi enseguida se oyó el chapoteo de su pequeño cuerpo al caer al agua.

El temor la invadió, arrojó el cuchillo y corrió hacia él, lo tomó de la playera y cayó al agua, a su lado.

Rio, nerviosa. Las olas ondulaban alrededor y con las rodillas tocaba el fondo. ¡El agua solo tenía treinta centímetros de profundidad! Medio riendo, medio llorando, enderezó a Thomas y con la otra mano alcanzó el bote.

—Me asustaste —murmuró, lo sostenía con firmeza—. No vuelvas a hacerlo, Thomas —recuperaba el aliento y lo abrazaba. Oh, Dios, pudo haber sido trágico… Agua más profunda, una corriente más fuerte… No soportaba la idea.

Thomas reía mientras ella exprimía el agua de los pantalones cortos, alentado por la alegría de los otros chicos.

—Me ahogué —gritaba—. ¿No me ahogué, Petra?

—No exactamente, pero estás muy mojado. Patrick, pásame las llaves de la camioneta. Iré a cambiar a su hermanito. Y ustedes no se muevan ni un centímetro. ¿Lo prometen? Vamos, Thomas, nos quitaremos esta ropa mojada.

Dentro del vehículo, secó al chiquitín frotando con fuerza. Le puso ropa seca y lo mandó al frente mientras ella se cambiaba. Se desvistió rápido, se secó inclinada para que no la viera alguien. De prisa se puso la ropa interior y estaba a punto de tomar la falda cundo se abrió la puerta lateral.

Por un momento vio la expresión divertida de Adam. Entonces se cubrió el frente con la toalla.

—Vaya, vaya —él murmuró, con lentitud—. He escuchado del Almuerzo al Desnudo, pero no pensé que yo…

—Cállese —estaba a punto de perder el control. Tenía que aparecer en ese momento—. De cualquier forma —gritó—, no estoy sin ropa.

—Es cierto —aceptó, la mirada permanecía sobre los hombros descubiertos.

Ella se dio cuenta entonces de que la posición en la que estaba revelaba el sostén de encaje que apenas ocultaba los senos. Levantó la toalla.

—Un caballero —dijo con reproche—, hubiera dado media vuelta.

Adam parecía disfrutar de la humillación de la joven.

—Y una dama —dijo burlón—, hubiera corrido las cortinas.

Antes que ella pudiera pensar en una respuesta adecuada, Thomas se hincó sobre el asiento delantero, miraba por encima del respaldo.

—Me ahogué, Adam.

—¿De veras? —Adam miró a Thomas, después la cara de Petra.

Ella leyó la acusación en la mirada y esperó la crítica.

—Supongo que esto es lo que sigue —le pasó la camiseta negra.

—Gracias —murmuró, en tanto se la acomodaba.

—Y ahora… esto.

Petra asintió, no confiaba en hablar mientras se metía la falda floreada y subía el cierre.

—Bueno —dijo Adam con aspereza—. ¿Qué pasó?

—Thomas jugaba con su bote. Yo lo veía… pero todo fue muy repentino. Cayó al agua. Yo me arrojé detrás de él y…

—Muy noble de su parte, un poco exagerado si consideramos la profundidad del agua aquí.

—Eso no lo sabía. No me detuve a pensar. Actué por instinto, solo hice lo primero que… —se volvió para evitar su escrutinio.

Las lágrimas le brillaban en, los ojos, pues ahora que todo estaba bajo control se sentía débil y cansada. El alivio se mezclaba con imágenes de lo que pudo haber ocurrido. . , Thomas, tan pequeño…

Si Adam Herrald quería una justificación para su rechazo hacia ella, ahora la tenía, pensó desolada. Se pasó una mano por los ojos y a ciegas buscó el peine.

—Thomas —Adam se dirigió al niño, quien contemplaba a Petra, fascinado—. En ese mueble encontrarás vasos de plástico. Toma cinco y llévalos con tus hermanos. No te acerques al agua

hasta que lleguemos. ¿Entendido?

Fue a la parte delantera y de la guantera sacó un ánfora de plata.

—¿Brandy? —preguntó mientras Petra apoyaba la cabeza entre las manos—. Tome un poco. Parece que lo necesita. Vamos —había un toque de humor en la voz—. Y por favor no me diga que no toma en horas de trabajo.

Petra lo miró. No confiaba en el interés que mostraba por ella. En un momento sentiría los latigazos de su lengua. Él la miraba con una sonrisa y le pasaba el ánfora.

La joven respiró profundo.

—Gracias. Lo siento. Debe pensar que soy… —las palabras murieron al recordar lo que él opinaba de ella. La voz volvió a endurecerse—. Vigilaba a Thomas, pero todo pasó muy rápido para…

—Sí —intervino el niño, quien sostenía los vasos con aire de importancia—, muy rápido.

—Vamos —le indicó Adam y Thomas salió de la camioneta.

Petra permanecía sentada, veía el ánfora y Adam se sentó a su lado.

Ella era consciente de su cercanía. Le dio un gran trago al brandy y tosió un poco. Después, frotándose los párpados, le regresó el ánfora.

—¿Ya está bien? —Ella asintió y Adam continuó—. Olvídelo. Si eso es lo peor que va a pasarle a Thomas, tendrá una vida encantadora —después prosiguió, tajante—: Contrólese, su pelo está bien, deje de tocárselo —se levantó—. Tal vez ahora se haya dado cuenta de que no es tan capaz como me hizo creer, pues…

—Dije que lo lamento. Sé que es…

—Pues olvidó comprar bebidas, ¿no es cierto, señorita Macey? Vino para nosotros, naranjada para los niños.

Por un instante lo vio, boquiabierta. Entonces ella notó que él había colocado una bolsa de plástico en el suelo, de la que sobresalía el cuello de una botella. En las profundidades de los ojos de Adam brillaban una sonrisa, y ella respondió con otra.

—Eso es mejor. Ahora todo lo que necesitamos es un sacacorchos.

Mientras caminaban hacia el río, ella aún se sentía un poco nerviosa, pero más tranquila y con un sentimiento extraño de consuelo. Adam había encontrado la nota humorística correcta para aligerar la situación. De alguna manera había logrado poner todo bajo la perspectiva de un incidente simple en la vida de un niño.

Desde luego, allí no terminaría todo. Una vez qué anocheciera y los niños durmieran, todo resucitaría y no la dejaría con tal facilidad. Su respiro momentáneo sé debía solo a su propósito de conservar una atmósfera de armonía por el bien de los niños.

Evitó verlo durante la comida y se concentró en los chicos. Después de comer, Adam se acostó con las manos detrás de la cabeza.

—Diez minutos —dijo con pereza—, luego seguiremos nuestro camino.

Sarah enterró el hueso de su durazno con cuidado, luego declaró:

—Tengo mucha suerte.

—Oh —murmuró Adam—. ¿Por qué?

—No voy a la escuela, ¿no es cierto? —Se acostó boca abajo.

—Tendrás que ponerte al corriente cuando regreses —Petra le advirtió con una sonrisa—. Es probable que entonces no pienses que tienes tanta suerte.

—Lo sé. Pero en este momento, solo hay una cosa que lamento, además de mamá, por supuesto.

—¿Qué? —preguntó Petra mientras recogía los vasos sucios.

—Me hubiera gustado ir a la boda de la hermana de Tracey Lovat. Tracey es una amiga especial y va a ser dama. Le compraron un vestido de seda color durazno y una corona de flores. La iba a ver.

—Maravilloso —se burló Patrick—. ¡Bodas!

Las manos de Petra se petrificaron alrededor de los platos que recogía al escuchar que Sarah le preguntaba a Adam si podía ser su dama cuando volviera a casarse. No se atrevía a verlo. «Oh, ten cuidado Sarah», imploró en silencio. «Estoy segura de que dijiste algo equivocado».

Las manos se empezaron a mover otra vez como por voluntad propia. ¿Casado? ¿Adam Herrald? Nunca se le hubiera ocurrido. ¿Por qué debía de sorprenderla? Simplemente ella asumió que era soltero.

Petra en un principio pensó que él no había escuchado la pregunta de Sarah, pero después de una pausa incómoda repuso:

—Por supuesto. Pero no tengas muchas esperanzas, no tengo planes inmediatos.

Después de unos minutos se puso de pie.

—¿Todos listos? —Se sacudió el pasto de los pantalones, tomó los tapetes y se dirigió a la camioneta.

Petra lo siguió. Así que no fue su imaginación, era obvio que

Sarah había tocado un tema delicado que no agradaba al hombre.

—¿Crees que se disgustó conmigo? —preguntó Sarah, perpleja.

—No lo creo. Pero será mejor que no lo vuelvas a mencionar.

—Solo la vi una vez —le confió—. Se llamaba Merrill. Tenía el pelo castaño largo. No me caía muy bien.

—¿Puedes llevar los platos? —Petra sintió que era importante cambiar de terna. Adam ya estaba sentado en la camioneta.

Al dirigirse al sur, Petra no pudo resistir las preguntas: ¿Qué pasó? ¿Divorcio? Eso era común en la actualidad. Y, después de todo, pensó con un toque áspero, cualquier mujer con un ápice de temple se hubiera visto coartada al tratar con esos modales despóticos.

Recordó que todavía no pagaba el precio por haber permitido que Thomas cayera al agua. La indiscreción de Sarah no había mejorado su humor.; Sin duda ella recibiría la descarga de su furia, más tarde.

Capítulo 3

A las seis y media se encontraban en un hotel en la periferia de Moulins, y a las siete, los chicos discutían sobre quién hablaría primero con su madre, mientras Petra se arreglaba para la cena.

Tuvo gran cuidado con su apariencia, por ninguna otra razón que para reforzar su confianza. Ella hubiese deseado que en vez de seguir los caminos vecinales pintorescos, Adam hubiera tomado la autopista. Eso habría hecho el viaje más corto. Como estaban las cosas, él propuso pasar la noche siguiente en Le Puy en Auvergné, y llegar a la Villa de Roches al día siguiente. Dos noches más en su compañía, pensó Petra, desolada. Se empezaba a notar la tensión en ella.

La cena, sin embargo, fue agradable. Los niños charlaron felices pues su madre se recuperaba y se reuniría con ellos en la villa de la abuela en tres semanas. Entonces, pensó Petra, yo me iré. Ella sonrió por la plática y sintió un ligero dolor. Los niños no eran complicados; qué lástima que el resto de las relaciones no fueran tan abiertas.

Al levantar la vista, notó que Adam la observaba y tuvo la sensación curiosa de que él le leía los pensamientos. Él tomó la botella de vino y volvió a llenarle la copa sin hablar.

Después de acostar a los niños, llamó a Di. Podía visualizar la tienda, ahora tranquila por estar cerrada. Una vez más se sintió desplazada. En algún momento su lugar fue en esa tienda, y al lado de Marcus. Ahora no había… nada. Se sacudió mentalmente. Lograba muy poco con la melancolía, solo la acercaba más a la incertidumbre. El hecho de que Adam todavía no tocara el accidente de Thomas, no ayudaba; eso llegaría en el momento preciso. Mientras tanto pendía sobre ella como la espada de Damocles.

De forma deliberada imprimió un tono de jovialidad mientras le pedía a Di que hiciera los arreglos necesarios para que le enviaran flores a Unity. Estaba a punto de colgar cuando Di dijo en forma tentativa:

—¿Podrías considerar la posibilidad de quedarte en la tienda un par de semanas cuando regreses? Aprovecharía la oportunidad para tomar vacaciones, y no me atrevo a dejar a Thea sola; sabes lo distraída que es.

Petra dudó un momento. La tienda pertenecía al pasado. Ella ya había cerrado ese capítulo de su vida y no pretendía volverlo a abrir. Sin embargo, Di era una vieja amiga. Thea estaría allí;

frívola, amante de la diversión y recién llegada de Sudamérica, la prima de Di aprovechó la oportunidad de comprar la parte de Petra en el negocio. Bueno, Casterleigh otra vez… Y Marcus…

—Está bien, lo haré.

—Oh, gracias. Y a propósito, Marcus vino ayer, preguntó por ti. Me dio mucho gusto informarle que habías salido del país por tiempo indefinido. Y que como viajas, no tenía forma de comunicarme contigo. Lo noté un poco malhumorado. No pienso que me haya creído.

Di rio. Nunca le simpatizó Marcus, a pesar de ser el soltero más perseguido en Casterleigh. Sus felicitaciones no fueron muy cálidas cuando se anunció el compromiso.

—¿Qué quería? —preguntó Petra después de un momento.

—La verdad no parece convencido de que tu decisión es firme. Por cierto, ¿cómo van las cosas con el gran Adam Herrald?

—Oh, bien —Petra trató de reír. No tenía objeto contarle a Di lo difícil que le resultaba el viaje, y que en ese momento se sentía como una colegiala que vivía nerviosa y solo esperaba que la llamaran a la oficina del director.

—¿Solo bien? ¡Un hombre como ése! Vamos, Petra, tiene que ser algo más.

—Bueno, él… Mira, lo último que tengo en la mente es un idilio y creo que eso es lo que sugieres. Olvídalo, no es mi tipo.

—¿Qué tipo es? —preguntó Di con picardía.

—Quisiera saberlo —¿cómo describir a Adam Herrald: arrogante, prejuicioso y altanero? ¿O se podría decir que los niños lo amaban, que era una compañía agradable y observador, y atento en ciertos momentos? Él era todo eso. El tema de Adam Herrald resultaba muy complejo para analizarlo por teléfono—. Tengo que irme, Di. Por favor encárgate de las flores y veré que tengas vacaciones —colgó antes que Di pudiera hacerle más preguntas.

El comedor casi estaba vacío. Adam les informó que iba a dar un paseo por Moulins y que se verían en el desayuno. Indicó que sería a las ocho quince. Petra lo sintió como una orden.

Se dirigió al patio y pidió una jarra de café, Se sentó a observar el crepúsculo, las mariposas nocturnas chocaban contra los vidrios iluminados de las ventanas. Se escuchaba a la distancia una canción de Edith Piaf.

La conversación con Di la había puesto alerta. Marcus había preguntado por ella. Desde que rompió el compromiso, él insistió en llamar a su apartamento. No aceptaba que la ruptura era definitiva.

Habían salido a montar y regresaron a la casa a tomar una copa de jerez. La casa… Incluso allí prevalecía un ambiente frío. Cranbrook Place, de estilo gótico, fue construida en el siglo pasado y desde entonces, nada parecía haber cambiado. Era como un mausoleo para el Overton que la construyó. Y, ese día, ella sugirió unos cuantos cambios que le gustaría hacer después que se casaran.

La mirada de Marcus se volvió helada. En la discusión que siguió, Petra supo con certeza que, una vez que se casaran, la madre de Marcus aún sería la señora de la casa y que sus propios deseos contarían muy poco. De repente vio a Marcus y a la señora Overton como aliados contra ella. Esa ligera visión del futuro le mostró muchas cosas que había pasado por alto. Despertó a media noche pues una voz resonaba en su cerebro; no puedes casarte con él, no lo amas lo suficiente…

Al día siguiente le regresó el anillo de compromiso. Después empezaron sus visitas, que siempre, la alteraban. El tono de Marcus variaba de desilusión a reproche.

Ahora se había comprometido a volver a trabajar en la tienda, aunque solo un par de semanas mientras Di tomaba vacaciones. Eso significaba estar a la vista de Marcus. Se estremeció, luego se sorprendió cuando Adam le puso la chaqueta sobre los hombros.

—No lo escuché.

—¿Decidida a pasar una noche de insomnio? —Él vio la jarra de café.

Ella intentaba hacer la transición del pasado al momento actual y apartar la confusión de ver a Adam parado a su lado. Respondió al azar:

—Nunca duermo bien en camas extrañas —se sonrojó, pues adivinaba cómo podría interpretarse el comentario.

—¿De veras? ¿Me puedo sentar?

—¿Estoy en posición de negarme? —Ya se había recuperado lo suficiente para dirigir su ataque.

La expresión de Adam se endureció.

—Por supuesto —dijo con frialdad—. Después de todo, creo que no son horas de trabajo. Si prefiere estar sola, así será. No le estoy suplicando, señorita Macey.

—Disculpe —se retiró un mechón de cabello rubio de la cara—. Supongo que fui grosera. Por favor siéntese.

Se obligó a mirarlo mientras esperaba. La media luz resaltaba los planos de la cara, y la fuerza que veía en ella hizo que se estremeciera.

—Espero que ya esté bien. Hablo de la aventura de Thomas, por

supuesto.

Ella se encogió contra la calidez del forro de la chaqueta.

—Sí, estoy bien. Y Thomas también. Pero algo me dice que no permitirá que lo olvide. Por eso está aquí ahora —levantó un poco la barbilla—. Más vale que diga lo que tiene que decir, entonces tal vez…

—¿Siempre está a la defensiva? —Se movió impaciente en la silla.

—No siempre. Solo cuando es necesario.

—Ya veo —entrecerró los ojos—. Y eso significa: siempre que estamos solos.

—¿Le sorprende? —Se notaba la irritación—. Después de todo, la primera vez que estuvimos solos pasó todo el tiempo criticándome. Eso estableció el patrón. Y no ha pasado nada desde entonces que haya hecho que cambie su opinión.

Ella deseaba interpretar su expresión.

—Oh, no sé… he notado que es muy eficiente con los niños.

—Muchas gracias. Es un alivio saber que no soy un fracaso en un cien por ciento. Me agrada que me haya ascendido a pesar de todas mis fallas —ella notó el tono agudo en su voz, mas no pudo suprimirlo. ¿Y por qué tenía que hacerlo? Adam Herrald tenía el don de sacar lo peor de ella a la superficie. Ningún otro hombre la había afectado de esa forma con anterioridad.

—¿Se siente mejor ahora que lo dijo?

Ella lo miró. ¿Por qué no la dejaba en paz? Ella estaba nerviosa desde que habló por teléfono con Di, y la presencia de Adam solo la tensaba más.

—De ser así —prosiguió Adam—, podríamos tener una conversación normal de adultos. Después de todo, en cierto sentido esto es parte de unas vacaciones, o, cuando menos, una experiencia de un viaje en el extranjero. ¿No puede tratar de disfrutar un poco?

—Podría —rio, nerviosa—. Con otra compañía —añadió—. Pero no tiene objeto fingir. Considera que tiene que llamarme la atención. No pudo hacerlo con Thomas. Y después que dijo que quiere una atmósfera agradable por los niños, decidió posponerlo. Así que…

—¡Elegí este momento! —gritó—. ¿La busqué para regañarla? ¿Como el monstruo que soy? ¿Es eso lo que quiere decir? Oh, por Dios, señorita Macey, se vuelve tediosa. Ya le dije que es eficiente con los niños, y eso incluye a Thomas. Aun cuando haya caído en el río. También se metió en un campo con un toro enorme e investigó dentro de la caja de herramientas de su padre. Es un niño normal. Y

excepto encadenarlo a usted, no hay algo que pueda hacer. Por Dios, ¿podemos olvidar el incidente?

Petra se mordió el labio y lo miró, incierta. De verdad era imprevisible. A pesar de sus palabras, no confiaba en él. El brillo del puro que fumaba iluminó la línea sensual de la boca de Adam mientras le regresaba la mirada.

—Si eso dice —repuso al fin.

—Bien, Cuando menos hemos progresado un poco —ella aún lo veía desconfiada, notó el inicio de esa sonrisa que podía transformar su expresión—. Bien podríamos celebrar la tregua con una copa. ¿Tal vez una crema y más café? —Las cejas oscuras se alzaron, interrogantes.

—Ya tomé tres copas de vino —empezó, sentía que le faltaba el aliento—. No creo…

—Parecía bastante triste. No es nostalgia, ¿verdad? —Se volvió y dio la orden a un camarero.

—Por Dios, no. Mi casa es el último lugar…

Se detuvo. No tenía sentido resucitar todo. Y la última persona a quien se lo confiaría, era Adam Herrald. Además, necesitaba todos sus sentidos para controlar la situación de estar sentada con él bajo el crepúsculo. El lado sombrío de Adam la había frustrado y enfurecido. Pero su lado alegre era igual de mortal, o aún más. Una trampa de terciopelo que mostraría sus dientes de acero en cualquier momento.

—Bueno, pues en este momento está bastante lejos de Casterleigh —él se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre la mesa. Ella, en forma irracional era consciente de la amplitud de los hombros, la curva fuerte del cuello—. Petra —murmuró, pensativo —, es un nombre poco común, y encantador —observaba la cara cálida de la chica y el pelo rubio, sedoso.

Decidida controló la confusión que empezaba a invadirla. «Por Dios», pensó desdeñosa, «de seguro no soy el tipo de mujer que se suaviza solo porque un hombre le habla de forma agradable y la mira de un modo tan…».

—Lo eligió mi madre —murmuró—. Ella siempre tuvo deseos de visitar Petra. Ese poema, ¿sabe?… —a ella le fascinaba—. La ciudad color, de rosa…

—… tan antigua como el tiempo —concluyó Adam.

—No creo que en realidad ella esperara conocerlo —encogió los hombros. Tal vez decidió que lo mejor sería darme el nombre.

—¿Y llegó a ir? —Adam se apoyó sobre el respaldo mientras el camarero colocaba las bebidas sobre la mesa.

—Sí —contestó después de dudar un momento—, pero… estaba enferma. Solo mi padre sabía la gravedad de su estado. La llevó antes que muriera —Petra tragó saliva, se preguntaba por qué había confiado algo tan personal y que todavía la lastimaba.

—Lo lamento —Adam, hizo una pausa, después añadió—: Espero que haya sido, lo que ella esperaba.

—Creo que sí.

—Entonces, cuando menos, fue afortunada. La realidad en ocasiones ofrece mucho menos de lo que esperamos —una nota cínica amargó la voz.

Petra permanecía en silencio, pues no sabía qué decir. Estuvo casado, tal vez eso explicaba su comentario. Quizá todavía recordaba una experiencia desagradable, un sueño de amor que se convirtió en una pesadilla. Cambió el tema a algo menos doloroso.

—Quedamos solo mi padre y yo. Él se volvió a casar hace tres años y ahora vive en Nueva Zelanda.

—Entonces está sola.

—Estuve comprometida, pero ya no.

—Eso lo adiviné —Adam le tomó la mano izquierda y con la punta del pulgar acarició el dedo anular.

Los recuerdos de su madre habían suavizado la concha con que se protegía de él, y ahora el contacto de sus dedos sobre la piel encendía miles de luces que corrían a través de ella, como si fuera un billar romano. Alarmada, retiró la mano y vio que por un instante Adam hizo una mueca.

—Cuando termine este trabajo, ¿qué piensa, hacer?

Con esfuerzo ella recuperó la compostura y le comentó su acuerdo con Di.

—Tal vez después vaya a Nueva Zelanda. No sé, depende de… cosas —desvió la conversación de ella y de su futuro incierto y preguntó—. ¿Cómo es la señora Herrald?

Por un momento la cara de Adam se endureció como si la pregunta fuera una impertinencia. Después sonrió un poco y se relajó.

—Oh, ¿habla de mi madre? ¿La abuela de los niños? Me sonó raro pues todos la llamamos Venetia —levantó su copa—. Espero que le agrade, aunque tendrá que permitirle ciertas excentricidades. Escribe un libro acerca del área de Ardéche. Tiene diez años de vivir allí, y hasta ahora no muchos escritores de viajes parecen haber descubierto la zona. Yo hago las fotografías para el libro, por lo que estas serán vacaciones de trabajo para mí.

—Ya veo —asintió, no conocía a ningún escritor. Imaginaba una

dama entrada en años, vestida de tweed con manchas de tinta en la ropa.

—No necesita mostrarse tan aprensiva. Venetia es divertida, aunque en ocasiones exaspera un poco. Pero eso es una característica de los Herrald, me dicen —levantó una ceja.

Petra lo miró, la ligera curva de los labios indicaba en silencio que estaba de acuerdo, y él sonrió.

—Creo que le gustará la Villa —prosiguió después de un momento—. Ruoms es el poblado más cercano, bastante activo durante el verano. Así que si no le agradan los casinos, creo que estará muy contenta. Y, por supuesto, hay varios lugares interesantes muy cerca.

—Suena agradable —murmuró mientras le daba vueltas a la copa.

—Y puede nadar en el río Ardéche, aunque en la villa hay una piscina.

—Qué bueno que traje mi bikini —de repente Petra rio.

Lo que le esperaba parecía placentero. Hasta las consecuencias en su humor ocasionadas por la llamada telefónica de Adam por la mañana, no le afectaban tanto. Se preguntaba si él sentía que había sido demasiado duro con ella y ahora trataba de enmendar su actitud haciendo que ella se tranquilizara. Ella debía aceptar la tregua, se dijo, pues él podía ser muy agradable cuando se lo proponía. Eso aunado a su atractivo físico podría ser una combinación letal para cualquiera que fuera susceptible. Sin embargo, eso no se aplicaba a ella; como le dijo a Di, un idilio estaba fuera de sus planes. Su fracaso con Marcus le había demostrado la poca confianza que le debía tener a sus juicios.

Adam terminó su bebida e inclinó la muñeca para ver el reloj. Petra se puso de pie.

—No tenía idea de que fuera tan tarde —murmuró la joven.

—La acompañaré a su habitación. ¿Vamos?

—No es necesario —de repente necesitaba alejarse de él.

Su conversación en más de una ocasión había sido bastante íntima; y una vocecilla en su interior le advertía que eso podría ser peligroso y debía evitarlo. Adam Herrald sería un hombre difícil de controlar.

Las impresiones del día le caían en la mente como los fragmentos de color de un caleidoscopio, la dejaron desorientada e intranquila. El hecho de haber estado sentada frente a él, charlando con amabilidad, la hacía sentir vulnerable. Ella sospechaba que él podía haber planeado esto con deliberación, no lo conocía y tal vez

nunca lo haría.

—Iré sola, son unos cuantos pasos.

—Tonterías. No me teme, ¿verdad?

Ella fingió no haberlo escuchado y mientras él le ajustaba un poco la chaqueta, ella esperaba que él no hubiera sentido el estremecimiento ligero de aprensión que la recorrió.

Petra abrió la boca para volver a protestar, después la cerró. Podría parecer que le daba demasiada importancia a una cortesía convencional. Pero, ¿solo era eso? Empezaba a sentir un hueco en el estómago, y sintió pánico cuando él la tomó del brazo. Caminaron muy cerca, el cuerpo de él la rozaba al moverse. La masculinidad que proyectaba, no podía ignorarse. ¡Ella no lo deseaba! No deseaba a ningún hombre! Mucho menos a él. Si Marcus fue la sartén, Adam era el fuego.

—Bueno —dijo con una risita—, esta es mi habitación. Llegamos a salvo. Aquí tiene su chaqueta. Gracias por prestármela, y… —guardó silencio mientras él se le acercaba.

Una de las manos se movió hacia la cara de Petra, la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo. Indefensa, veía la falta de expresión en los ojos de Adam. Así que este era su motivo. Tres copas de vino, una crema, una conversación que la desarmó…

Todo parte del plan. ¿Acaso él veía en ella la forma de convertir el viaje a través de Francia en algo más que una contemplación de paisajes?

—Tal vez no escuchó lo que le dije esta mañana —dijo, seria—. No me gusta que…

Las palabras murieron al volverse a verlo. La cara mostraba frialdad y amargura.

—Cállese —dijo entre dientes—. Por Dios, Petra, cállese.

Ella trató de alejarse, pero él la sostenía con excesiva fuerza y le hacía daño. Entonces los labios de Adam cayeron sobre la boca medio abierta de Petra y las manos la estrecharon contra él. El beso fue intenso e hizo que sus sentidos giraran frenéticos. Las estrellas desaparecieron, los edificios se esfumaron y no había algo en el mundo más que la calidez del cuerpo de Adam contra ella y la pasión que los labios transmitían contra la boca de Petra. Toda su resistencia desapareció, eclipsada por un deseo que igualaba al de Adam.

Ella escuchó que él gruñía, un sonido que parecía arrancado por un dolor interno muy grande. Después los labios se deslizaron por el cuello femenino. Las manos de Petra se movían sobre la nuca de Adam, en busca de su cabello oscuro.

—No podemos quedarnos aquí —dijo él con voz ronca—. Vamos a mi habitación.

Ella se apartó con los ojos muy abiertos. El deseo desapareció como por arte de magia.

—Así que eso es —habló, tensa—. Me preguntaba si ocultaba un motivo ulterior detrás de su actitud agradable de esta velada. Ahora sé por qué…

—¿Qué? —interrumpió.

—El motivo de esta escena, por supuesto. Tenía todos los preparativos esta noche, ¿no? ¿Qué pasa, señor Herrald? ¿No puede dejar pasar una oportunidad? ¿Es el viaje tan aburrido que necesita inyectarle un poco de emoción? Oh, no se moleste en contestar —prosiguió, disgustada—. No me interesa.

—Venga —había una amenaza ominosa en la voz.

—¿No escuchó lo que dije? —rio, burlona.

—Oí muy bien.

Extendió una mano y la tomó del antebrazo. Le dio la vuelta en forma tan brusca que el tacón del zapato se atoró entre las piedras y se tambaleó casi cayendo. Pero él la sostenía y al instante la rodeó con el otro brazo. Era un cerco del que ella no podía escapar. La boca de Adam se acercó y ella no pudo evadir el beso, que fue como un castigo. De repente, la soltó.

Ella lo miró muda por la furia. Los ojos de Adam estaban entrecerrados; no había luz en ellos, solo sombras; una oscuridad impenetrable que ocultaba sus pensamientos. La boca estaba torcida por el desprecio, y en ella Petra notó crueldad, la intención de poseer; si no mediante la persuasión, mediante la fuerza.

—Buenas noches —murmuró Petra—. ¿Tengo que decirlo otra vez? Me opongo a que me maltraten.

—Qué lástima —murmuró él—. Tú manipulas de una forma hermosa. Qué desperdicio —después la voz se volvió aguda—. No finjas que te sorprende el que te haya besado. ¿No era eso parte del plan?

—No sé de qué habla. Si piensa que yo en forma deliberada —se apartó, estaba demasiado molesta para hacerse entender. Dio un paso atrás y levantó una mano. Por un segundo saboreó con inmensa satisfacción la idea del contacto de su mano con esa cara. Él levantó la mano y con habilidad desvió el golpe.

—Cuidado, Petra. No me gusta la violencia.

—Excepto cuando es usted quien la administra. Entienda esto, señor Herrald. No tengo planes de seducirlo, aunque le parezca extraño. Ni soy una campirana ingenua dispuesta a sucumbir a sus

atenciones. No las quiero. ¿Entiende? Parece que usted es el tipo de hombre que se considera irresistible para las mujeres. Yo soy una excepción, me parece el hombre más vil que he conocido.

Se alejó, la chaqueta cayó sobre las piedras, esparciendo la fragancia masculina. Él se inclinó a recogerla, la dejó colgando de la mano.

—Que duermas bien, Petra. Espero que lo hagas —su sonrisa tenía un brillo enloquecedor en la oscuridad—. Todo esto debe de haberte agotado. Recuerda, ocho y cuarto mañana.

—Quisiera olvidarlo —se obligó a caminar con compostura. Todo en ella gritaba la necesidad de correr y esconderse de él para siempre.

Al cerrar la puerta, lo vio y pensó que escuchaba una risa suave en la noche.

Capítulo 4

Petra no podía alejar ese segundo beso de su mente. Mientras se retiraba el maquillaje, se frotaba los labios como si con eso borrara la posesión fiera de Adam. Fue un beso diferente a todos los que le habían dado antes. Dominante, parecía doblegarla como persona. Fue como si él hubiera querido hacerla desaparecer.

Pero, ¿por qué? Acomodó la almohada y se acostó, contemplaba las cortinas delgadas que se movían un poco por la brisa nocturna. ¿Podría ser que a pesar de que él aseguraba que había olvidado el accidente de Thomas, consideraba que ella merecía un castigo? ¿Tenía que ser de ese modo?

Se movía inquieta. Había usado la palabra psicoterapia durante su conversación con Jack Stansfield, ¿sería la clave para explicar su comportamiento? ¡Qué poco sabía de él! ¿Surgiría todo esto de la ruptura de su matrimonio? Hubiera sido mejor que ella hubiera hecho algunas preguntas en la entrevista o cuando conoció a Unity. Así, habría estado preparada.

Pero lo principal, decidió a la mañana siguiente mientras caminaba detrás de Sarah y Thomas hacia el comedor, era comportarse como si nada hubiera ocurrido la noche anterior, o al menos tratar de considerarlo como un intento de un hombre que tenía que asegurar su sexualidad. Todo lo que Adam Herrald merecía, era desdén.

Su propia respuesta al primer beso de Adam había sido espontánea. Eso, al menos, era comprensible: la noche cálida y estrellada, la música embrujadora, el efecto de tres copas de vino y la crema y por supuesto, la atracción de Adam y la frágil aura de emoción que siempre estaba allí, pero que en ciertos momentos se volvía más potente.

Ella no le iba a dar la satisfacción de ver su susceptibilidad. Ni llegaría a desayunar tensa. Eso solo lo convencería de que de una forma u otra, la había afectado. Y no era así.

Un ligero estremecimiento de aprensión la invadió cuando recordó esa sonrisa torcida, blanca en la oscuridad, la sensación de la mirada de Adam sobre ella mientras se alejaba. Sintió alivio cuando el camarero le comunicó que Adam y Patrick ya habían desayunado y habían ido a Moulins. Así que, tal vez, se dijo optimista, él se sentía avergonzado y prefería posponer el momento en que se encontraran otra vez. Su sentido común alejó esa idea; Adam era demasiado mundano para sentir vergüenza de sus acciones. Tal vez ni siquiera lo había considerado. ¡Ella tampoco

volvería a pensar en eso!

Petra sabía por sus experiencias anteriores que su aspecto nórdico, su figura esbelta en ocasiones ofrecía un reto que los hombres encontraban difícil de resistir. Sonreía lánguida al partir el pan; era probable que su apariencia gélida les hiciera tratar de excitarla. En cierto momento un hombre la llamó iceberg. Pero estaba muy equivocado. Ella podía ser apasionada como cualquier mujer normal y sana. Todo estaba encerrado en su interior, esperando a ser liberado. Pero en el momento preciso, por la persona indicada, y por las razones correctas, que incluían amor y respeto. Ella nunca había fingido una respuesta que no sentía, solo para satisfacer el ego de un hombre.

En ese sentido, Marcus nunca había presentado el menor problema, reflexionó. En ocasiones ella sospechó que el erotismo de Marcus era mínimo pues él demostraba más emoción por sus caballos que por ella. Después de romper el compromiso, se preguntó si para él la atracción era en la estampa que por lo general se asociaba con tobillos de huesos angostos y un cuello esbelto.

Hasta se había preguntado si Marcus esperaba que con la mezcla de la sangre Overton y Macey lograría mejorar la raza; era una forma de reproducción selectiva que él aplicaba con mucho éxito en los establos Cranbrook Place.

Por suerte, ya se había liberado de todo eso. Limpió la boca de Thomas con una servilleta y al levantar la mirada, notó que Adam se acercaba. Su paso era casi indolente, aunque impreso de esa gracia extraña que ella había visto antes.

—Buenos días, Sarah —saludó con naturalidad—. Y Thomas —después el tono de voz se hizo más profundo, la mirada permanecía sobre la joven—. ¿Dormiste bien, Petra?

Algo en la forma que pronunció su nombre la llenó de una calidez interior vergonzosa. Ya no era «señorita Macey», sino Petra. Parecía que una reja se cerrara, acorralándola. Logró regresarle la mirada fría.

—Aunque parezca extraño, sí.

—Tal vez fue esa última copa que compartimos —dijo, con un significado que ella decidió ignorar.

—Quizá, debo recordar que el Benedictine me da sueño. ¿En dónde está Patrick?

—En la camioneta, listo para partir.

—Entonces no debemos hacerlo esperar.

Mientras Petra se sentaba en la parte posterior del vehículo,

tenía la sensación vaga de que la había defraudado. A pesar de haberlo racionalizado, ella esperaba que Adam hiciera alguna referencia a su enojo de la noche anterior. Y, aunque había decidido alejar el incidente de su mente, era un poco humillante ver que no le había causado la menor impresión a él.

Pronto sus pensamientos se desviaron de ese punto al aparecer el Massif Central frente a sus ojos, a través de la ventana. Entre ellos había volcanes extinguidos, bosques, parajes hermosos alejados de las rutas turísticas. Después apareció el perfil de Le Puy, ella jadeó inclinándose hacia adelante. Adam sonrió y se detuvo a un lado del camino.

—De verdad es algo sensacional —él le pidió a Sarah que pasara al frente y le pasó el brazo—. Una lección breve —empezó—, y algo de qué escribir en los diarios que quiere Petra que lleven —comenzó a hablar de los volcanes antiguos—. Y esa —señaló un edificio pequeño—, es la Capilla de Saint Michel.

—Veo por qué le dicen aguja —murmuró Petra, pues las rocas sobré las que estaba la iglesia sobresalían como un dedo esbelto que quitaba el aliento con su esplendor en la luz vespertina.

Lo escuchó hablar de la catedral y sus tesoros, con los ojos muy abiertos.

—Es inolvidable —comentó ella.

—Tendremos poco tiempo para verla —dijo Adam, continuó el camino una vez que Sarah volvió a su lugar.

Petra recordó que este era el sitio donde iban a pasar la noche. Y ahora, decidió con firmeza, se retiraría a su habitación cuando los niños se acostaran. No habría ni la más remota posibilidad de que lo ocurrido la noche anterior, se repitiera.

Más tarde, cuando visitaban la catedral y contemplaban el rico vestuario de la Virgen Negra, se mantuvo alejada de Adam. Y después, mientras caminaban sin rumbo por las calles para peatones, adornadas para la feria del pueblo, Petra caminó con Sarah detrás de los otros. Patrick se aburrió.

—Me gustaría subir a esa capilla como hacían los peregrinos —miró el vetusto edificio gris.

—Es probable que subieran de rodillas —dijo Adam, sonriendo—. No creo que tus jeans lo resistan.

—Quiero decir caminando, por supuesto. Podría ver hasta muy lejos con mi telescopio.

Adam miró a Petra, la sonrisa denotaba burla.

—Doscientos sesenta y siete escalones tallados en la roca —murmuró—. ¿Crees lograrlo?

—Claro, estoy muy bien.

—Por supuesto —rio y con la mirada la recorrió de pies a cabeza.

—Entonces vamos —dijo ella. Dio media vuelta para que él no notara que se había sonrojado.

Él tenía razón cuando dijo que ella estaba a la defensiva, admitió molesta; ningún otro hombre la había hecho sentir tan vulnerable mental y emocionalmente.

Se recordó que solo quedaba un día más. Le consolaba el saber que para el día siguiente a esas horas concluirían el viaje en que cada hora parecía presentar un problema especial. Después, no habría algo que la alterara, pues no tendría que pasar todo el día al lado de Adam.

El ascenso no era difícil, incluso Thomas con sus piernas cortas subió sin problema y al llegar a la parte superior, el panorama era sensacional. El cono volcánico estaba cubierto de flores multicolores, mariposas con las alas cerradas se posaban sobre ellas y Sarah las contemplaba con deleite.

Petra sintió el sol sobre su cara, notó cómo brillaba sobre la nuca de Adam, quien caminaba frente a ella. Otra vez había cambiado de humor y con la perspectiva de que solo pasaría un día más en su compañía, se sintió muy relajada, como no se había sentido desde que bajó del transbordador y lo conoció. De cualquier manera, mientras su concentración estuviera enfocada en los niños, como ocurría en ese momento, ella podía sobrellevarlo. Hasta descubrió que reía por el buen humor contagioso de Adam y escuchaba con interés la información que él proporcionaba.

Por supuesto, ella se advirtió, era en esos momentos cuando él se volvía más peligroso. Una vez que la desarmaba, una mirada de esos ojos oscuros, una elevación de esos labios, se convertían en amenazas que alteraban su compostura. Y ahora ella se sentía muy femenina. Era como si, de golpe, él tuviera el poder de revelar profundidades de sexualidad de las que ella no era consciente. Desafiaba toda la lógica, pensó, pues no necesitaba una unión romántica y menos aún por deseo, que era lo que Adam parecía ofrecer.

En ese momento, bajo el sol dorado de la tarde, recorriendo el sendero antiguo y contemplando el riachuelo que corría como un hilo por los jardines, no había lugar para pensamientos tan complejos.

En la pequeña iglesia oscura erigida en la cima, Adam habló con voz baja sobre su historia llevando la atención de Petra a los casi

olvidados frescos. En la penumbra, la joven notó el juego de luz y sombras sobre la cara y el cuello de Adam mientras él hablaba. Escuchando el timbre de su voz, vio la forma graciosa y carente de esfuerzo con que se volvió para cargar a Thomas. De súbito, sin razón aparente, regresó el recuerdo de aquel beso amargo, embriagante. Ella experimentó esa angustia extraña del deseo momentáneo que él le demostraba y su propio miedo instintivo. Lo sintió con tal claridad que aun en ese lugar fresco y pacífico, la invadió el pánico. Se estremeció y rápido se volvió a la puerta, encontró dónde sentarse afuera, bajo el sol. Se dedicó a contemplar los líquenes verdegrisáceos que crecían entre las piedras, ansiando con desesperación recuperar la calma.

Cuando Adam y los niños se reunieron con ella unos minutos después, Petra tenía los ojos cerrados.

—¿Ya tuviste suficiente de monumentos medioevales? —preguntó Adam.

—Solo necesitaba descansar un momento.

—¿Estás bien? —Su tono indiferente le dijo que solo era una pregunta de cortesía.

—Sí, por supuesto. Es culpa de los escalones.

—Tengo sed —dijo Thomas esperanzado, miró primero a Petra, luego a Adam.

—De acuerdo —rio Adam—, entiendo una indirecta. ¿No es así, Petra? —La sonrisa se endureció. En esta ocasión ella entendía con claridad lo que él quería decir y lo miró, furiosa.

—Eso espero —murmuró y quedó desconcertada cuando Adam rio.

Ella se volvió, sonrojándose por lo divertido que parecía Adam. «Un día más», pensó con los dientes apretados. «Puedo soportarlo todo, incluso su presencia, mientras sepa que el fin está cercano».

Encontraron un café con servicio exterior en donde los niños podrían rotular las postales que adquirieron en un puesto, al pie de la escalera.

Petra escribió un mensaje con lápiz para que Thomas lo pasara en tinta. lo alentaba con gentileza tratando de olvidar la burla de Adam y recuperar la calma. Sin embargo, se daba cuenta de que él la observaba con una media sonrisa que la sulfuraba y su escrutinio la inhibía. Era como si él adivinara el efecto que su mirada tenía sobre ella y pretendiera explotarlo solo por el placer de incomodarla. Por lo que se sintió aliviada al escuchar a alguien decir:

—Vaya, Adam Herrald. No lo creo. ¿Qué haces aquí?

Petra levantó la mirada y vio que Adam se ponía de pie.

—Caroline. ¡Qué sorpresa! —Los ojos oscuros mostraban curiosidad—. Podría hacerte la misma pregunta.

Su bienvenida era cálida, pensó Petra, recordó la primera vez que él la vio. ¡Qué contraste!

La chica de pelo castaño elevó la cara hacia él, después con un movimiento gracioso y provocativo, levantó una mano y se quitó los lentes. Miró a Adam con los ojos de un azul intenso.

—Estoy haciendo un comercial para la televisión. Trabajo mucho y estoy muy cansada. Además, Teddie, ya sabes, Teddie Webster, decidió regresar en avión por lo que me prestó su auto —se sentó en la silla que Adam acercó para ella—. Oh, gracias.

—¿Así que visitas Le Puy?

—No, no exactamente. No es un sitio de mi agrado. En realidad, voy a Fréjus, a la villa de una amiga —después dirigió una mirada divertida a los niños y se detuvo en Petra.

—Tomarás algo con nosotros, por supuesto —dijo Adam, se sentó y llamó a un camarero.

—Un *citrón pressé* me caería bien —respiró—. Tú no me has dicho qué haces aquí —volvió a ver a los chicos—. Parece un paseo —rio.

—En realidad, no —dijo Adam—. No los he presentado. Caroline Benton. Petra Macey. Y los hijos de mi hermana, Patrick, Sarah y Thomas.

—Qué acogedor.

—Petra y yo los llevamos a visitar a su abuela.

—Encantador —murmuró Caroline, cortés.

No era hermosa, decidió Petra; tenía algo más vivido que simple belleza. Era… llamativa, muy delgada y elegante.

—¿Adonde es eso? —preguntó levantando las cejas. Las expresiones cambiaban en su rostro como el sol sobre el agua.

—En Ardéche. Un lugar pequeño llamado Ruoms —le indicó Adam.

—Me temo que nunca lo he oído mencionar. Desde luego, la geografía nunca fue mi punto fuerte. Oh, gracias —susurró, mientras Adam le servía agua sobre el jugo de limón en el vaso—. ¿Y qué hará usted en Ruoms? —preguntó a Petra.

—Cuidar a los niños —repuso—. Ese es mi trabajo.

—¿De veras? —Caroline sonrió como si la respuesta de Petra la hubiera satisfecho—. Debo decir que no parece institutriz —miró el vestido sencillo negro de lino que acentuaba el color rubio del pelo.

—También esa fue la reacción de Adam —Petra lo miró y notó

que él la observaba con su brillo inconfundible en los ojos.

—Parece que he conducido durante horas —Caroline regresó su atención a Adam—. Tengo que encontrar un hotel y darme un baño.

La presencia de Caroline tuvo el efecto de paralizar la conversación de los niños. Sarah aún la veía, Patrick jugueteaba con su telescopio mientras Thomas trazaba cruces en la orilla de la tarjeta postal.

Petra sabía que en unos minutos Patrick desearía irse y de alguna manera intuyó que Adam no lo aprobaría.

—Tú no eres institutriz —Caroline lo miró con intensidad—, y no tienes que cuidar a los niños —la voz era tentadora.

—En forma oficial, no. Yo voy a tomar unas fotografías.

—¿Por qué no las tomas en Fréjus? Reúnete conmigo allí. Conoces a Tom y Patti Lorrimer, ¿no? Sé que les encantaría que fueras. Estaremos muchos sin algo que hacer excepto tomar el sol y divertirnos.

—Suena excelente —murmuró Adam, sonriendo.

—Creo que te haría bien divertirte un poco, en especial después de…

—Bueno, no sé —interrumpió Adam.

—Dijiste que irías con la abuela —le recordó Sarah, lo miraba incrédula—. Lo prometiste.

—Por supuesto que lo hice —le dijo con gentileza—, y cumpliré.

Petra miraba su propio regazo sin expresión. Qué lástima que él no podía aceptar la invitación de Caroline, pensó.

—Yo pierdo. Estaré tres semanas, si cambias de opinión, sabes dónde buscarme. Y a propósito, ¿has visto a Leo Faulkner? Oh, Adam tengo que contarte… —se inclinó hacia Adam, creó una intimidad que los excluía de los otros y bajó la voz hasta un murmullo confidencial.

—¿Buscamos el correo? —Petra se puso de pie y tomó a Thomas de la mano—. Regresaremos en diez minutos.

Se alejó con los niños, dejando a Adam con lo que parecía un buen chisme.

—¿No crees que la traiga a nuestro hotel? —gruñó Patrick—. Porque si lo hace eso significa que cenará con nosotros. Las mujeres echan a perder las cosas.

—Ah, sí —Petra sonrió—. ¡Eso es lo que piensas de mí!

—Tú eres diferente —corrió a examinar unas cañas de pescar que estaban en una tienda.

Al regresar al café después de poner las postales en el correo,

Petra vio que Adam conducía a Caroline hacia un convertible gris. Parecían sostener una conversación profunda. La chica le sonrió y se alejó.

—Bueno, cuando menos por allí no se va a nuestro hotel —dijo Sarah con satisfacción mientras esperaban a que Adam se reuniera con ellos—, por lo que no cenará con nosotros.

Esa noche, Petra bajó a Sarah y a Thomas. Adam esperaba con un aperitivo para ella y granadina para los niños,: que con cuidado la llevaron a una mesa pequeña. Adam portaba un traje ligero con corbata. Él brindó con Petra, contemplaba su apariencia. El sol había acentuado su bronceado y le añadía un color cálido a sus mejillas que se acentuó más cuando él la vio.

—Fue una tarde encantadora —al fin dijo con cuidado—. Gracias por llevarnos. Me gustaría regresar aquí en algún momento.

—Sí, en algunos tiene ese efecto —su tono era descuidado, casi indiferente. Miró el reloj, dejó el vaso y dijo—: Me tengo que ir. Le agradará saber que cenará sin mí esta noche.

Petra lo miró retadora, inclinó un poco la barbilla.

—Espero que sobrevivamos. Que disfrute la velada —levantó su copa.

—Oh, eso pretendo. Ya ordené el vino para la cena. Y un Benedictine después —ella estaba a punto de darle las gracias, sentía que sus modales hacia él habían sido un poco fríos, cuando él añadió altanero—: No me espere despierta, Petra.

—No tenía intenciones de hacerlo —repuso—. ¿De verdad pensó que me quedé despierta anoche con la esperanza de verlo? —él le dirigió una mirada asesina y ella sintió que se le subía la sangre a la cara—. Mire, yo creo…

—Lo lamento, querida, pero no tengo tiempo de escuchar tus pensamientos, aunque sean intrigantes. Como dije antes, tengo que irme.

—Entonces, buenas noches —gritó y vio cómo se alejaba. Se detuvo un momento a hablar con los niños.

—Supongo que la va a ver —dijo Sarah—. Pero eso me parece gracioso, en una ocasión escuché a mami decir que Adam no…

—Sarah —dijo Petra, gentil—, creo que no debemos hablar de tu tío. Sin duda tiene muchos amigos y si quiere invitar a una dama a cenar, entonces…

—Eso es —la niña insistió—. Mami dijo que él no…

—Sarah —la voz de Petra era firme y llevaba un tono de advertencia. Después prosiguió—. Al terminar de cenar pueden escribir sus diarios, luego irán a la cama. Mañana verán a su abuela

y no quiero que estén cansados; dirá que no he hecho bien mi trabajo.

Los niños empezaron a platicar de la última ocasión en que estuvieron en la Villa de Roches y Petra cenó en silencio. Lo que Adam decidiera hacer era su asunto, pero no podía negar que la velada resultaba aburrida.

Ella sintió un respiro cuando supo que no cenaría con ellos, pero después lo lamentó. La cena con los niños había sido tranquila y agradable, sin embargo, extrañaba su presencia, su buen humor, la sensación de estar viva; condición necesaria para replicar en forma hábil.

Sus pensamientos se dirigieron a lo que sucedería al día siguiente. Ella esperaba que la señora Herrald fuera fácil de llevar y le agradaba la perspectiva de tener la compañía de otra mujer. Petra no podía contar esos breves momentos con Caroline Benton. Eso no había sido compañía, fue solo una oportunidad para que Caroline la midiera. Petra sonrió, se preguntaba si Adam había visto lo que había detrás de los modales de Caroline. Pues después de dos minutos de que estuvo con ellos, Petra se dio cuenta de dónde se centraban los intereses de Caroline.

«Así que», pensó, «tendrá mejor suerte ahora que la noche anterior». Después en forma deliberada dejó de pensar en él.

—Vamos —dijo a los niños—. Es hora de subir.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, mientras se dirigían al sudoeste, el panorama empezó a cambiar, era más mediterráneo bajo el cielo azul intenso. Las higueras crecían entre las rocas, halcones y cometas volaban en el cielo y las cabañas estaban adornadas con enredaderas.

Petra contemplaba todo mientras los niños se emocionaban más y más ante la idea de volver a ver a su abuela.

Ya era tarde cuando Adam dio vuelta para tomar el camino que llevaba a la Villa des Roches. Bajo un toldo de flores color de rosa se abrió una puerta y una mujer salió con los brazos extendidos. Los niños corrieron hacia ella, los tres hablaban al mismo tiempo. Ella rio y se inclinó a abrazarlos.

Se enderezó, miró a Adam y luego a Petra. Por un segundo le falló la sonrisa y abrió los ojos muy grandes. Después dijo de prisa:

—Usted es la señorita Macey, por supuesto.

Había sorpresa en la voz, y Petra solo pudo concluir que como Adam, Venetia Herrald esperaba a alguien muy diferente.

—Confío en que los niños se hayan portado bien. Los viajes por lo general los excitan mucho.

—Estuvieron perfecto —Petra la tranquilizó, tomó la mano que ella extendía.

—Bien —Venetia alzó la cara para recibir el beso de Adam y lo tomó del brazo—, me da mucho gusto volver a verlos a todos, a pesar de las circunstancias. Tú estarás en la habitación de costumbre, Adam. La señorita Macey y Sarah compartirán otra. No le importa, ¿verdad? —le sonrió en forma amigable—, Thomas y Patrick ocuparán la habitación al final del pasillo. Oh, dejen el equipaje para después… querrán refrescarse un poco. Luego tomaremos té —rio y se volvió a Petra—. ¿Lo ve?, no puedo dejar mis costumbres inglesas, en especial algo tan civilizado como el té de la tarde.

Los instó a que entraran, ansiosa de acomodarlos bajo techo.

—Ha pasado mucho tiempo desde que la casa estuvo llena la última vez. Ansió escuchar las novedades. Unity me llamó y me pidió que le agradeciera las flores que le envió, Petra. Unity misma le escribirá.

Después del té, la joven se disculpó y subió a guardar sus cosas y las de los niños, dejando que la familia platicara.

La villa era fresca y espaciosa, la habitación que ella y Sarah compartirían tenía las paredes blancas y estaba amueblada con

sencillez. Las cortinas eran color durazno con margaritas blancas, los cubrecamas hacían juego y había una pequeña lámpara sobre una de las mesas de noche para que Petra pudiera leer sin molestar a Sarah. Era un toque amable, así como las flores sobre el tocador, lo que indicaba la amabilidad de la abuela.

Petra se acercó a una de las ventanas y vio un patio dónde estaba la piscina. A la derecha había un huerto de duraznos, la fruta colgaba como joyas entre las hojas y un poco más lejos había acacias que proyectaban una sombra agradable y fresca. Después de eso, Venetia le había dicho que estaba el acantilado que el río había formado. Venetia comentó que en ese momento el río no era muy profundo y que de hecho se podía cruzar al otro lado pues no había llovido.

Petra sintió alivio al descubrir que Venetia no era la intelectual excéntrica que había imaginado, ni se parecía a la madre hipocondriaca de Marcus.

La atmósfera durante la cena fue agradable, los temas que ocuparon la charla fueron tan generales que Petra pudo tomar parte. Sin embargo, no deseaba entremeterse en una velada familiar que Venetia, era obvio, esperaba con ansia. Se disculpó y subió a su habitación. Trató de leer, pero se le cerraban los ojos. Intentaba empezar la tercera página de una novela por segunda vez cuando llamaron a la puerta.

La abrió, y Adam estaba allí, su silueta realzada por la luz del pasillo, la forma de la cabeza oscura rodeada por la luz dorada. Al instante estuvo despierta por completo.

—Vine para llevarte abajo —la vio con ojos especulativos—. Lamento que te tengas que negar el placer de la soledad un rato más.

—Si así lo quieres considerar… —encogió los hombros—. No pensé en la soledad al subir. Creí que les gustaría hablar de la familia.

—¿De veras? —Había un tono cáustico en la voz.

—Sí.

Adam Herrald tenía el efecto de una ducha fría, por lo que ya no se sentía somnolienta, cada fibra de su ser había reaccionado. Algo al verlo apoyado contra el marco de la puerta hacía que el estómago le diera vueltas, y los resentimientos apaciguados del viaje protestaron otra vez.

—Entonces tal vez deba señalar, en caso de que no lo hayas notado —dijo, frío—, que nací en una familia lo suficiente hospitalaria para incluir a todos los que están en la casa en un

momento dado.

—¿De veras? —imitó su tono frío y apenas movió los labios—. De verdad me sorprende. Eres uno de la familia y yo habría jurado que la palabra era inhospitalario.

La miró en silencio un momento, después continuó con una voz aburrida que hacía de lado sus palabras como no dignas de respuesta.

—Por el momento es mejor que te consideres como un miembro de la familia.

—Qué manera de plantearlo —murmuró.

Con un suspiro exasperado se enderezó. Su altura y su presencia parecían amenazarla como una ola gigantesca, contuvo la respiración, recordaba la fuerza de ese cuerpo cuando se aproximó dos noches antes.

—Por Dios, vamos. Te guste o no, por el momento eres parte de esta familia. Viene con el empleo, como debías saberlo. Deja de actuar con torpeza.

—¿Cómo puedes decir eso? Por Dios, ¿qué tengo que hacer? ¿Soportar tus groserías, tomar lo que decidas darme sin protestar? Vives fuera de época si eso es lo que esperas de mí.

—Nada espero de ti, pero me gustaría señalar que los dos somos invitados en la casa de Venetia. ¿Significa eso algo para ti? —Extendió las manos y ella se hizo para atrás, pero fue demasiado tarde. La tomó por los hombros y la sacudió un poco como para enfatizar sus palabras—. Cualquiera que haya sido la razón que tuviste para aceptar este empleo, lo vas a hacer bien. Y lo que se aplicó durante el viaje todavía está en vigor. ¿Entiendes? —La miraba con un brillo intenso en los ojos.

Por un momento ella se sintió débil, después se liberó.

—¿Insinúas que tengo que seguir siendo agradable contigo? —Los ojos tenían un brillo dorado que igualaba el de él—. Espero lograrlo porque tú casi lo haces imposible.

—Oh, Dios —dijo entre dientes—, que el cielo me libre de rubias con opiniones propias que…

—Y —ella interrumpió subiendo la voz un poco—, corrígeme si me equivoco; aunque sé que de todas formas lo harías, tenía la impresión de que te irías una vez que nos hubieras dejado.

—Eso pretendo hacer —casi gritó—, cuando me sea conveniente. ¿Está bien? Ahora, ¿podrías hacer un esfuerzo supremo y tratar de ser agradable? Por los niños y Venetia —los dedos se cerraron alrededor del brazo de Petra y la obligó a verlo—. Ella no es tonta.

—No tienes que decírmelo. Tengo ojos. Suéltame, ¿o todavía no recibes el mensaje?

Se miraron un momento, la atmósfera entre ellos se tensaba como una bomba de tiempo. Después la soltó.

—Oh, creo que comprendí bien. Te gustan los juegos. Te gusta hacerte la difícil. De verdad has logrado divertirme, aunque pude prescindir de eso.

—¿Difícil? —la voz era un murmullo incrédulo—. Por Dios, sabía que eras vanidoso, pero nunca imaginé que fueras tan vano para asumir que quiero jugar contigo.

Él no respondió y cuando bajó la mirada para verla, ella descubrió que su propia mirada bajaba.

—Bueno —susurró, furiosa—. ¿Nos vamos? ¿No es eso por lo que viniste? ¿O no era más que una justificación para probar lo molesto que puedes ser? Pues, créeme, no necesito más prueba de eso.

Ella pasó rozando a su lado y sin pronunciar otra palabra, él la siguió. Ella sentía la mirada de él sobre el pelo, y enderezó los hombros; la cabeza le daba vueltas. El corazón le latía con fuerza, y el enojo la extenuaba. Lo extraño era que no comprendía cómo había empezado todo, cómo una petición tan sencilla había degenerado en que los dos se insultaran.

Desde un principio él estaba decidido a que ella no le agradara, incluso antes de cruzar la primera palabra con ella. Pero si él creía que iba a permitir que la pisoteara, tendría que pensarlo otra vez, Lo que él ocultara detrás de sus modales, era obvio que estaba relacionado con su matrimonio roto, no justificaba su comportamiento odioso.

Parpadeó y humedeció los labios, después esbozó una sonrisa cuidadosa y se reunió con todos en el salón fresco; su irritación solo se había disipado en parte.

En la atmósfera general de amistad y afecto hubiera sido mezquino permitir que su remolino interior estropeara la velada. Después de un rato en la compañía de los niños y la abuela, Petra sintió que amainaba el enojo que Adam había provocado.

—Tiene una casa hermosa, señora Herrald —contempló las flores a su alrededor y los Van Gogh en las paredes.

—Sí, me gusta mucho. Llámeme Venetia. Todos los que tienen más de dieciocho años lo hacen. Mañana le mostraré el jardín. También estoy orgullosa de él. ¿Le gustan las flores?

—La jardinería también —asintió Petra—. En casa tengo un jardín pequeño. Me concentro en plantas miniatura —prosiguió

hablando de su trabajo con flores secas, la mujer la escuchaba con atención.

Después de un rato, la abuela se puso de pie y se acomodó la blusa que llevaba con pantalones de corte excelente. Tenía el pelo gris, pero muy bien peinado y sobre los ojos grises tenía unas cejas oscuras y bien delineadas, indicaban el color original de su pelo. Había elegancia en ella, pensó Petra con admiración, como si dominara el talento francés para lograr lo mejor con la apariencia personal sin recurrir a artificios innecesarios.

—Ahora iré a lavar los trastos —murmuró Venetia; entonces, cuando Petra se levantó para ayudarla, rechazó el intento con la mano—. Sola, querida. En realidad lo disfruto. Durante el día Monique me ayuda con el aseo de la casa y prepara los alimentos, incluyendo la cena. La conocerá mañana, y su esposo, Edouard se encarga del jardín, limpia la piscina y hace pequeños trabajos. Ahora, si me disculpan… —salió.

Patrick y Thomas armaban un auto a escala sobre una mesa cerca de la ventana y Sarah se dirigía al piano de cola que estaba en un rincón de la habitación. Levantó la tapa y empezó a tocar un preludio de Chopin. Adam parpadeó cuando la niña se equivocó y produjo un acorde discordante.

—Nunca lo lograré —se lamentó—. Llevo seis semanas con esta pieza y quiero que esté perfecta cuando papi regrese a casa.

—Creo que podemos lograrlo —Petra la consoló—. ¿Te ayudo?

—¿Flores secas? —Adam levantaba las cejas, interrogante—. ¿Preludios de Chopin? —murmuró con voz aterciopelada—. ¿No hay límite para el talento de nuestra estimable señorita Macey?

Petra levantó la cabeza con brusquedad, entrecerró los ojos, tenía una réplica en la punta de la lengua. Recordó a los niños y se controló. ¿No cesaría en su afán de ofenderla? Lo miró con aspereza y tocó un arpegio después interpretó el preludio que había fallado Sarah.

Los tonos melodiosos del viejo Bosendorfer llenaron la habitación con la dulce y plañidera melodía mientras Petra oprimía las teclas con una gentileza que no sentía. Después interpretó una mazurka.

Al desvanecerse las últimas notas descubrió que dirigía la mirada hacia Adam. Estaba reclinado en el sillón, el libre abierto boca abajo sobre el brazo del sillón, tenía una actitud de tranquilidad total, la miraba con los ojos entrecerrados. Después de un segundo dijo con voz suave:

—Bravo, Petra, espero que nos deleites con más recitales.

—Tal vez lo haga… si no estás aquí.

—Lo haré —arrastró las palabras sonriendo.

—Eso fue encantador —comentó Venetia al entrar en la habitación con el secador en la mano—. No se había tocado ese piano desde que murió el padre de Adam. Lo mantengo afinado, por supuesto, pero… —encogió los hombros, triste—. Patrick, mi esposo, lo compró el primer año de casados. Tóquelo cuando guste, querida.

—Petra me va a ayudar —indicó Sarah.

—Está bien, pero no hoy, creo —Venetia miró el reloj—. Ya es muy tarde, querida. Y de seguro todos estamos cansados. Oh, Adam después que le haya mostrado el jardín a Petra mañana, me gustaría revisar el libro contigo, entonces podremos hablar de las ilustraciones.

Petra se había puesto de pie con el elefante azul de Thomas en una mano, le extendía la otra al pequeño.

—Cárgame —le rogó, somnoliento.

—Solo eres un bebé grande —bromeó y se inclinó para levantarlo. Al enderezarse se volvió a topar con la mirada de Adam. No se podía descifrar su expresión; la cara tenía la frialdad de su primer encuentro.

—Buenas noches —dijo ella después de un momento, salió seguida por Sarah y Patrick.

A la mañana siguiente despertó por el ruido que provenía de la piscina y se asomó por la ventana. Adam nadaba con lentitud. Se inclinó hacia fuera y respiró profundo. El aire olía a hierba. Levantó la cabeza y pudo ver los vehículos que cruzaban el puente y se dirigían al poblado en la ribera opuesta del río, los techos brillaban bajo el sol. El día ya era cálido. Detrás de ella, Sarah aún dormía.

Adam llegó a la orilla del estanque, se sacudió el agua del pelo y miro hacia arriba.

—Ven a nadar —dijo en voz baja.

—Los niños —Petra negó con la cabeza.

—¿Qué puede pasarles? —preguntó, indiferente. Salió de la piscina, le escurría el agua. Después se sumergió otra vez produciendo un chapoteo.

Ella lo observó un rato, hipnotizada por la facilidad con que se movía el cuerpo moreno en el agua azul-verde. Se antojaba. Y en realidad no tendría que hablar con él…La discusión de la noche

anterior la había agotado, y había decidido que la mejor política era ignorarlo hasta donde pudiera, permanecería tranquila sin darle la satisfacción de ver que mediante unos cuantos comentarios calculados, lograba que lo aceptara. Ese era, tal vez, todo el problema; el sentía que ella era vulnerable y trataba de demostrarle el poder que tenía sobre ella.

«No más», pensó resuelta, mientras se ponía el traje de baño.

—No soy de su equipo —dijo cuando se reunió con él.

Después del primer vistazo alejó la mirada de la piel morena que brillaba bajo el sol y del triángulo de vello que cubría el pecho y del que caían gotas de agua que parecían trozos de diamantes.

—Oh, no sé… no está mal —la recorrió con la mirada.

Ella abrió la boca, después la cerró. No iba a disgustarse.

El cuerpo de Petra se sentía lleno de vida, como si la mirada masculina generara una energía nueva, vibrante. Ella respiró profundo y saltó al agua, después jadeó por la sorpresa.

—Se calentará en una hora más o menos —la risa ronca llegó a oídos de Petra—. Vamos, nada, chica —la tomó por las manos y de dorso la llevó al lado profundo de la piscina—. Así —las manos la sostenían con firmeza por la cintura.

Petra se sujetó de la orilla y él la soltó como si su cuerpo no fuera más que un paquete que él hubiera entregado con seguridad.

Él se movía como un animal acuático, sin prestarle atención en ese momento.

«Bien. Tal vez, al fin entendió el mensaje».

Ella nadó un rato, después salió. Adam se reunió con ella, colocando una toalla esponjada sobre sus hombros.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó, descuidado.

—Mucho —se sentía expuesta de forma incómoda y se alejó.

—Tal vez debamos repetirlo a menudo —sugirió con voz melosa —. ¿Qué te parece si lo hacemos todas las mañanas, una nadada clandestina antes del desayuno?

Había un reto sugerente en los ojos, una burla en la forma sensual en que curvó los labios. El cuerpo bronceado revelaba los músculos en toda su fuerza y belleza. Ella sintió una necesidad casi incontrolable de tocarlo, y se horrorizó por la idea. Se cubrió más con la toalla y dio media vuelta con rapidez.

—¿Cada mañana? —murmuró sobre el hombro—. ¿De seguro no estará aquí a diario? —Hundió la cara en la toalla, consciente de la necesidad de ocultarse de él.

—Otra vez, Petra —dijo con flojera—. Todavía no lo entiendes. Saldré todo el día a trabajar, eso es si Venetia quiere terminar su

libro —retiró la toalla que cubría el rostro de Petra y ella lo miró a los ojos un momento—. En definitiva estaré aquí todas las mañanas. Lamento desilusionarte —la sonrisa era retadora y la mirada recorría el cuerpo de Petra sin ocultar la admiración—. ¿Qué pasa? ¿Todavía me tienes miedo?

—Por supuesto que no —repuso, después hizo un esfuerzo para tranquilizarse mientras se secaba el pelo—. Lo que pasa es que no eres mi sabor favorito. ¿Esperabas lo contrario?

—¿Cómo puedo decirlo —murmuró con una suavidad que enfurecía a Petra—, si no conozco tus gustos especiales?

—Mira —dijo ella, empezaba a sentirse fuera de guardia otra vez—, no empecemos de nuevo. Yo no…

—Como digas —ella sabía que se burlaba, y que él había notado que no estaba tan tranquila como aparentaba.

Demonios, pensó Petra, mientras se vestía en el dormitorio, ¿por qué tenía que preocuparse por él? Porque era imposible ignorarlo, se contestó: No podía ignorar su virilidad y energía. Era el tipo de hombre que cuando entraba en una habitación se sabía que estaba allí incluso antes de verlo.

Y ella fue a Francia para trabajar, se recordó con vehemencia, metió los pies en unas zapatillas con cintas. Ese empleo era su oportunidad de escapar de Casterleigh y de las impertinencias de Marcus. Era un lugar donde podía poner en orden su mente y planear su futuro. No necesitaba la distracción de los modales cambiantes y confusos de Adam Herrald, ni su egoísmo monumental. En su vida no había lugar para un hombre, se repitió en silencio. No en este, momento, en especial nadie como Adam Herrald, quien pertenecía al mundo de mujeres como Caroline Benton.

Adam pasó la mañana encerrado con Venetia en el estudio, y cuando, por la tarde, él revisó su equipo fotográfico y se fue, Petra respiró aliviada. La casa parecía un lugar más tranquilo cuando él no se encontraba.

Conforme pasaron los días, Petra cayó en una rutina agradable. Nadaba con los niños en la piscina, o en las cristalinas aguas del río que en la zona era poco profundo y seguro. Se mantenía alejada de la piscina antes del desayuno y evitaba estar a solas con Adam. Durante un tiempo disfrutó de ese patrón que no exigía mucho de ella.

Cada mañana, después del desayuno, Venetia se encerraba en su estudio, y en ocasiones Petra llevaba a Sarah y a Thomas al poblado a tomar helados, o a caminar por la avenida bordeada de

árboles, hacían una pausa para comprar verduras o salchichas o examinaban los juguetes de plástico brillante que atraían la atención de Thomas. A menudo se le permitía a éste ayudar a Monique en la cocina, mientras Petra se dedicaba a ayudar a Sarah a mejorar en el piano. Se notaba la ausencia de Patrick, quien había retomado la amistad anterior con Marcel, un chico local que hablaba buen inglés; ellos realizaban juegos propios.

De vez en cuando, Adam estaba allí revelando película en el cuarto oscuro que había adaptado en el sótano, o descansando cerca de la piscina. Casi todas las mañanas se iba en la camioneta y regresaba ya tarde a tiempo del aperitivo antes de la cena. Y poco a poco, casi sin darse cuenta, Petra descubrió que miraba el reloj en espera de ese momento, contra su voluntad aguardaba su regreso. Su humor era imprevisible, los comentarios que hacía en ocasiones eran muy agudos y solo ella lo notaba, pero nunca era aburrido. Él añadía emoción a la vida tranquila en la villa.

Ella notaba cómo los niños respondían con afecto a su tío y cómo Venetia reía con más frecuencia cuando él se encontraba en casa. Petra sospechaba que esto era porque estaban juntos, la velada se volvió la parte más agradable del día.

Una noche, después que los niños se fueron a la cama y Petra interpretó en el piano una melodía que le pidió Venetia, ésta dejó su costura e informó de repente:

—Adam, yo creo que ya es tiempo de que le demos un día libre a Petra.

—Cierto —dijo Adam, imperturbable—. Es probable que estés infringiendo todas las leyes de trabajo, laborando como esclava todos los días.

—¿Quién se queja? —dijo riendo, los dedos prosiguieron con una melodía de Debussy. Ella no escuchaba, tenía la mente relajada por el ritmo lento de la música, por el sentido de bienestar que se había apoderado de ella desde varios días atrás. Después, con sorpresa escuchó a Venetia.

—¿Por qué no la llevas a pasear? Muéstrale algunos de los sitios hermosos que nos rodean —se dirigió a Petra—. Sería una pena, querida, que te fueras de aquí sin conocer algo más que el mercado de Ruoms, ¿no te parece?

—Bueno, en realidad… no lo había pensado —veía cómo se movían sus manos sobre las teclas del piano. La tranquilidad de la velada se había roto con las palabras de Venetia. No podía ver a Adam—. Además —se apresuró a continuar—, estoy segura de que Adam tiene el tiempo ocupado…

—No —dijo, pensativo, después de un momento—. No estoy demasiado ocupado. Y Venetia tiene razón. Ya es hora de que pases un día lejos de los niños. Esto podría hacer surgir una mujer nueva en ti.

¿Qué quería decir con eso?, se preguntó Petra. Si hubieran estado solos le habría exigido que explicara su comentario. Se mordió el labio, después dijo:

—De verdad, Venetia, estoy bien. Y no he trabajado demasiado —añadió con voz débil.

Quedarse a solas con Adam otra vez… él estómago se le contrajo. Cuando ya habían logrado una rutina normal que no se veía afectada por ninguna fricción entre ella y Adam… ella lo miró, pero él apagaba su puro. En su interior debería estar furioso de que lo colocaran en una posición en que le tendría que dedicar un día actuando como guía. Petra había notado por su respuesta que a él no le agradaba la idea. Pero, por supuesto, no le quedaba más que aceptar la sugerencia de su madre.

—Y además —Venetia dijo decidida, tomó su costura otra vez —, yo también necesito un día de descanso de mi libro. Y, desde luego, me gustaría pasarlo con mis nietos.

—Entonces queda acordado —declaró Adam, terminante—. Tendrás un día de descanso, Petra, aunque te horrorice la idea.

—Oh, así es —dijo riendo en beneficio de Venetia, pero sus palabras no estaban alejadas de la verdad. Un día a solas con Adam. Era lo último que deseaba.

Más tarde, cuando Venetia se había ido a hacer una llamada telefónica, Petra lanzó una mirada dura a Adam.

—Me doy cuenta de que me arrojaron a ti y de que no pudiste decir mucho del asunto… Pero, de seguro, puedes inventar una excusa. Si tengo que dar un paseo, bien puedo tomar un camión o una excursión, supongo. No hay necesidad de que tú lo hagas.

La expresión de Adam se ensombreció mientras las cejas se unían y la boca se tensaba. En un segundo, la enemistad entre ellos ardió otra vez como fuego candente que solo necesitaba un viento ligero para producir la llama.

—Venetia no aceptaría que te fueras sola. ¿No puedes cuando menos fingir que aprecias su sugerencia aunque no sea así?

—La aprecio —levantó la barbilla—. ¿Por qué, de propósito interpretas mal mis motivos? Es generosidad de su parte, estoy de acuerdo. Pero yo…

—Entonces, por Dios, deja de hacer un drama —casi gritó—. No pretendo mancillarte en un barranco, si eso es lo que te preocupa

—la observó un momento con los ojos entrecerrados—. ¿O esto también es parte de tu táctica?

—No sé a qué te refieres —repuso.

—Oh, eso lo dudo —murmuró, enloquecido—. Haciendo eso de lado, te daré tu día de salida. Te mostraré lugares que nunca olvidarás. Ese es el objetivo, solo eso. Deja de ser pesimista, cualesquiera que sean tus razones.

—No lo soy —se tomó una mano con la otra—. ¿No lo entiendes? No ignoro que la idea de pasar un día juntos solos es tan desagradable para ti como para mí. Y de seguro tú podrías encontrar una excusa que al menos lo pospusiera.

—Ya escuchaste lo que dijo Venetia. Quiere estar un día con sus nietos. Así que posponer el día —rio, sacándola de quicio, ella percibió la diversión en el tono áspero—, no, querida, si la vida me ha enseñado algo, es que nada mejora posponiendo el momento como si se pudiera evitar. Parece que tenemos que hacerlo. Así que —continuó con tono informal pues escuchó los pasos de Venetia que se acercaban—, saldremos temprano y recorreremos unos cuantos kilómetros en la frescura de la mañana.

Frustrada, Petra solo pudo murmurar que estaba de acuerdo y regresó a tocar el piano.

Capítulo 6

Poco después de las ocho de la mañana del jueves, Petra subió al asiento delantero de la camioneta. Había dormido mal por la aprensión que sentía del día que le esperaba. Sus recelos aumentaban mientras se vestía, eligió con apatía un vestido verde con blanco; el más fresco que tenía en su guardarropa.

Ahora, mientras lo acomodaba sobre las piernas, Adam metía la velocidad y la miraba interrogante como si pudiera leerle el pensamiento.

—Pareces una ensalada —dijo un momento después—. Muy refrescante —esbozó una sonrisa suave.

—¿Sí? ¿Lo debo considerar un halago? Si lo es, me parece muy original.

—Sí. Una ensalada, fresca y crujiente. Acabada de salir del refrigerador.

Ella no contestó. Sin embargo, el día se presentaba como un mar peligroso, turbado por profundidades no previstas y lleno de riesgo por las comentes subacuáticas.

Para empeorar las cosas, ella era muy consciente de la presencia de Adam en el asiento contiguo, de las manos poderosas sobre el volante, el juego de los músculos en los muslos tensos cuando frenaba en los cruceros.

Ella miraba fijamente afuera de la ventana* trataba de lograr un estado mental que lo excluyera. Ese viaje era absurdo, pensó. Dos personas que nada tenían en común, que eran como el pedernal y la yesca que echaban chispas casi en cada ocasión que intercambiaban una palabra o una mirada cuando nadie más estaba presente. Sin embargo, allí estaban, en un escenario maravilloso. Y todo debido a Venetia. Con otro hombre excepto Adam la situación podría tener algo de ironía. Con él no había algo que ocasionara risa.

Petra no había considerado la magnificencia de los paisajes. De manera traicionera su admiración e interés hacían trizas su intención de aislarse del efecto que Adam causaba en ella, y al llegar al inicio del desfiladero de Ardéche ella jadeó por el deleite. Adam no hizo comentarios, detuvo la camioneta y bajaron para observar el río que se curvaba como una serpiente verde, moteada con canoas brillantes.

—¿Bueno? —murmuró, mientras ella admiraba la roca tallada por el agua durante cientos de años—. ¿Qué te parece?

—Es… indescriptible.

—Por supuesto que la mejor forma de admirar el cañón es desde

abajo en una canoa. Esa es una experiencia increíble —permanecieron parados en silencio, después él la tocó. Ella se puso tensa—. Tenemos muchas cosas más que ver —le recordó, con brusquedad—, es mejor que sigamos.

Era un viaje emocionante de vistas espectaculares. El camino mostraba cuevas, y acantilados tan altos como catedrales. Cuando Adam al fin detuvo la camioneta y encontró, un café a un lado del río en St. Martin, Petra se sentó con un suspiro.

—Me siento pasmada —murmuró, después rio—. Una muestra de esplendor —como Adam no respondió y permaneció sentado contemplándola con una ligera sonrisa, ella alejó la mirada y después añadió con voz baja—: tenías razón. Ya he visto paisajes que nunca olvidaré —se puso los lentes para sol, cambió de humor al recordar la aspereza detrás de la promesa de Adam cuando el tema del viaje había sido un campo de batalla.

Ella esperó a que él hiciera algún comentario que reforzara la barrera entre ellos, pero el solo dijo:

—Y el día aún no termina —ordenó emparedados de jamón.

Petra permaneció tranquila, observaba algunos grupos de adolescentes que bajaban de camionetas con canoas sobre el techo. La atmósfera festiva, el color y la alegría del sol era una escena que se tenía que atesorar, pensó, que iba a recordar durante los largos inviernos grises de Inglaterra. Pero ella no estaría en Inglaterra… ¿o sí? Hizo la idea a un lado. Tenía bastante tiempo para pensar en el futuro. Ahora solo había el momento.

Mucho más tarde, mientras estaban sentados en el Jardín de la Fontaine en Nímes, Petra sacó los pies de las sandalias y suspiró.

—¿Qué puedo decir? —murmuró—. Ha sido un día maravilloso. Ahora entiendo por qué Cézanne y Van Gogh amaban esta zona.

—Es una lástima que no podamos incluir un viaje a Arles y St Rémy —dijo Adam—. Tal vez en otra ocasión… y si incluimos Aix-en-Provance te podría llevar al estudio de Cézanne, donde conocerías el sitio en que trabajaba y jurarías que solo salió un momento.

—Quizá, así es la vida —suspiró Petra, levantó la cabeza y sintió la calidez del sol sobre los párpados cerrados—. Quiero decir… que dejamos algo de nosotros mismos detrás, en los sitios en los que fuimos felices. Tal vez deje un poco de mí misma aquí —se detuvo, después continuó con voz menos expresiva—. Gracias por dedicarme el día.

—Es un placer.

—Lo dudo. Ya lo viste todo antes, es probable que varias veces.

No tienes que ser cortés. No conmigo, ¿recuerdas? —Él rio y ella volvió a inclinar la cabeza hacia atrás—. Todo esto es una gratificación. Esperaba dedicar todo mi tiempo a los niños —abrió los ojos y notó que él la miraba con atención.

Por primera vez no había ese brillo cínico en los ojos, ni menosprecio en la expresión. Era como si él esperara una señal, una pista para resolver un misterio. Después la expresión desapareció y Petra se preguntó si solo la imaginó.

—Como dije —él murmuró—. Yo también he disfrutado el día. Y no lo hice solo por cortesía.

Sostuvo la mirada de Petra. Ella sintió un calor en la cara que no tenía que ver con el sol y de inmediato alejó la mirada.

—Entonces, quizá es porque te interesan las rocas, los monumentos antiguos. ¿No son tu pasión?

-—Entre otras —asintió, los ojos le brillaban burlones—. ¿Cómo lo supiste?

—Por algo que dijo Venetia —encogió los hombros.

—Ella habla demasiado.

Petra intuyó que había algo oculto detrás de sus palabras.

—En realidad, no. No hablábamos de ti, si es lo que piensas. Solo fue su respuesta a un comentario que hice de las luces y las sombras en los muros de la villa.

—Luces y sombras —musitó—. Sombra y luz del sol sobre piedra… y luz de luna también. La luz es una artista infatigable, la mejor de todas.

—Creo que sé de qué hablas —Petra se volvió a inclinar, cerró los ojos, experimentaba una sensación muy agradable, se sentía completa.

Era como si todos los extremos deshilachados se hubieran unido para formar una cuerda sedosa que los unía bajo ¡a luz del sol. ¿Quién hubiera pensado que sería así? Ella estaba segura de que mucho antes que terminara la tarde, sus nervios se habrían tensado por la explosión que él generaba en ella. No parecía creíble que esté hombre que ahora estaba sentado a su lado, que había respondido todas sus preguntas con paciencia, fuera el mismo Adam Herrald cuya mirada la estremecía y cuyo beso ardiente llevó una nota de venganza sádica. La amargura de ese beso la invadió y sintió un ligero estremecimiento que se profundizó cuando él se movió rozando el brazo desnudo de Petra.

—¿Sabes? —dijo pensativo—, nunca me informaste por qué aceptaste este empleo. Cuanto más te veo, menos me pareces…

Ella sonrió, sintió alivio al poder canalizar sus pensamientos en

otra dirección.

—No es tan raro. Se anunció el puesto en un momento en que yo quería alejarme de Casterleigh un tiempo.

—¿Por alguna razón en especial?

—Oh, varias —dijo a la ligera, desviando la curiosidad de Adam. No quería hablar de Casterleigh ni de Marcus ni de algo que pudiera ensombrecer este día—. Son casi las cinco, ¿no es hora de pensar en el regreso?

—Si tenemos que hacerlo —la tomó del brazo mientras regresaban a la camioneta.

La presión ligera de los dedos largos y frescos sobre la piel desnuda ¡e hizo sentir estremecimientos de placer. Ella miraba alrededor y hablaba con vivacidad para disimular el efecto de su contacto.

Sabía que sus sentimientos hacia él habían sufrido un cambio sutil; ahora el énfasis estaba no en la animosidad que Adam despertaba en ella, sino en la atracción magnética de él, en la bondad y el sentido del humor que caracterizaban a ese hombre tan complejo. Una semana antes, ella había llegado a la conclusión de que ninguna mujer en sus cinco sentidos lo soportaría. Ahora lo veía bajo una luz diferente. Pero eso también tenía sus peligros.

En Point-St-Esprit, él estacionó la camioneta y a píe guio a Petra por una callejuela.

—Este no es un restaurante lujoso —le advirtió al abrir una puerta verde descolorida—, pero… —las palabras se perdieron cuando una mujer de edad mediana se acercó con una exclamación de placer y los brazos extendidos.

Adam la levantó y la beso en ambas mejillas mientras ella reía, alegre.

Petra no comprendía a los franceses volubles, pero cuando ella y Adam estaban sentados a una mesa cubierta con un mantel de plástico, é! le explicó.

—Es Jeanne. Trabajaba con Venetia, después ella y su esposo se hicieron cargo de este lugar que antes atendía su madre. Allá esta la maman —con la cabeza señaló un televisor frente al cual una anciana, vestida de negro, acariciaba un Poodle, blanco, pequeño, sin prestar atención a nada más que a la imagen en la pantalla.

—Todos esos paisajes afuera —Petra rio—, y aquí está sentada viendo algo que es probable ya han repetido cuando menos tres veces. ¿No es así como funciona la televisión francesa?

—No sé —Adam sonrió—. Debo advertirte que la comida aquí no es para el paladar de un gourmet, pero creo que no tendrás

queja.

—No me atrevería —sonrió Petra con ojos brillantes.

La comida fue sencilla. Una tortilla de huevos, seguida de trucha fresca y ejotes bañados en una salsa deliciosa. Cada vez que Jeanne llevaba algo a la mesa, le hacía alguna caricia a Adam y llenaba las copas con vino tinto. Petra se dio cuenta de que Adam solo bebió una copa.

—Ese durazno aún sabía a la luz del sol —Petra comentó al fin —. Tenías razón; aunque quisiera, no hay pero que poner a la comida.

La intimidad que había nacido unas cuantas horas antes, ahora parecía florecer en la pequeña habitación donde los dos sonreían.

Después, cuando les colocaron el café enfrente y Adam encendió un puro, preguntó:

—¿En dónde aprendiste a tocar tan bien el piano?

—Empecé cuando era niña —repuso Petra—, y después seguí en un lugar en Londres —las cejas de Adam se elevaron con interés—. Algunas niñas quieren volverse actrices, yo quería ser cantante. El piano me ayudaba a entrenar la voz.

—¿Y qué pasó con el canto? —La mirada era cálida, invitaba a hacer confidencias que ella nunca pensó en compartir con él.

—No era lo suficiente buena —dijo, pesarosa—. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que nunca interpretaría a *Mimi* en La Scala.

Hablaron un rato de música. Los gustos de Adam eran más amplios que los de Petra, él hablaba con un conocimiento que revelaba su comprensión y amor al arte. Después él volvió a llevar la conversación al tema de Petra.

—¿Qué pasó después que dejaste la música?

—Enfermería. —En lugar de ópera cantaba villancicos navideños con el coro del hospital. Los pacientes no criticaban tanto —rio.

—También abandonaste eso.

—Creo que me involucraba demasiado. Una buena enfermera sabe mantener sus emociones bajo control.

—¿Y tú no? —Había un tono de sorpresa en la voz.

—Digamos que entonces no lo sabía.

Él estaba a punto de hacer un comentario, pero lo pensó mejor.

Petra terminó el café, después le tocó un brazo con timidez.

—Gracias —dijo con voz suave—. Por esto y por todo el día.

Por un momento la mano de Adam se curvó, parecía que iba a cubrir la de ella. Petra esperó, el corazón le empezaba a latir con

mayor rapidez, sabía que si él en este momento se inclinaba hacia ella y la besaba, no se resistiría.

Retiró la mano con rapidez. «¡No!» gritaba algo dentro de su mente.

Ella no ignoraba el proceder de Adam. Él tomaría lo que le parecían ofrecer, lo explotaría y después no volvería a pensar en ello. En cambio para ella significaría mucho más, una entrega de esa parte de sí que aún no podía confiar mientras su pasado estuviera tan cerca. No habría más errores, pensó con desesperación. Nunca si los dioses eran buenos. ¡Y por supuesto, no con Adam Herrald!

Casi de inmediato se dio cuenta de que su decisión era superflua, pues la cara masculina estaba contra la de ella como si hubiera caído una cortina entre ellos. Cuando Jeanne volvió a aparecer, Petra notó la mandíbula tensa, la boca torcida con cinismo. Habían llegado a este lugar cubiertos por un brillo de amistad y comprensión; por alguna razón, tal vez por su gesto, salían como extraños; enemigos otra vez.

Durante la mayor parte del viaje de regreso, permanecieron en silencio, cada kilómetro que recorrían los alejaba más y más. Él se había recluido bajo su concha de arrogancia. Al fin Petra se sintió obligada a romper el silencio.

—Ya te di las gracias antes —dejó escapar una risa ligera—, pero, de verdad, ha sido un día encantador.

Por un momento, él no respondió, y ella lamentó haber hablado. Su silencio resultaba muy elocuente. El día había terminado, era algo que pertenecía al pasado y los dos debían regresar a sus respectivos trabajos.

—Bueno —dijo un poco después—, no hay nada como las maravillas de la Madre Naturaleza y unas cuantas reliquias romanas para alejar la mente del trabajo de cuidar a tres niños pequeños.

Ella quería decirle que no era eso a lo que se refería, pero ¿qué objeto tenía?

—Es cierto —contestó en vez de expresar lo que pensaba—. Debo decirle a Venetia que fue una idea maravillosa.

—Sí, hazlo —la voz sonaba aburrida.

En la oscuridad, la cara le ardía a Petra. ¡Él sabía cómo ponerla en su lugar! Qué tonta había sido al pensar que el paseo los había acercado, que se había establecido una comunicación entre ellos que era más que un toque de magia. Y si él también había sentido esa calidez entre ellos, ahora no daba señales de ello.

—Bueno, hemos llegado —informó sin expresión, las luces de la camioneta iluminaron un auto parado frente a la villa—. Parece que hay visitas. ¿Quién demonios puede…?

La puerta se abrió. Petra miró un momento sin dar crédito a lo que veía. Se le secó la boca, después pasó saliva y un frío intenso la invadió.

—Es… Marcus —murmuró.

—¿De veras? ¿Y quién es ese hombre? —No había curiosidad en la voz de Adam. Solo ese desinterés odioso, frustrante. Y una vez más, Petra se rio de sí por sus fantasías anteriores. ¿Qué tan equivocada podía estar?

—Marcus es un amigo, por supuesto.

Petra, bajó de la camioneta, el corazón le latía con fuerza. ¿Qué hacía él allí? Atontada, caminó hacia la figura que se acercaba con las manos extendidas, y como sonámbula se aproximó a Marcus hasta que éste la abrazó.

Escuchó la puerta de la camioneta al cerrarse después que Adam bajó, y como Marcus la abrazaba de un modo posesivo, se dio cuenta de que Adam se había dirigido a la puerta de la cocina, se apartaba de lo que en apariencia era la reunión de dos amantes.

—¿Cómo supiste en dónde estaba? —murmuró Petra unos minutos después. Ella y Marcus estaban solos en la sala. Al parecer, Venetia estaba en la cocina.

—Fácil —respondió Marcus, riendo—. Fui a la tienda.

—¿Y Di te dio esta dirección? —Petra lo miraba, incrédula.

—No —hizo un gesto—. Me ha ocultado tu paradero. Ella salió, así que la otra chica estaba sola; Thea, ¿verdad? Vi una postal sobre el mostrador y reconocí tu letra. Hice un comentario y Thea me dio los detalles —había una satisfacción vanidosa en su sonrisa, parecía aplaudir su logro.

—Ya veo —el corazón de Petra casi se le salía del cuerpo.

Thea ignoraba que ella no deseaba que Marcus se enterara de su paradero. Pero ni Petra hubiera imaginado que él se atreviera a algo más que escribirle. Se humedeció los labios.

—Así que viniste hasta acá… ¿por qué, Marcus?

—¿No es obvio? Para verte, por supuesto. Bueno, no…Tal vez no es así… Mi madre decidió que quería tomar las aguas de un SPA. Yo le sugerí Vals-les-Bains que no está muy lejos de aquí —Petra asintió en silencio, recordaba cómo a la señora Overton le preocupaba su salud, las migrañas amenazadoras, los padecimientos imaginarios y las curas milagrosas que por lo normal duraban muy poco—. Así que como es natural —prosiguió Marcus

—, yo le ofrecí acompañarla.

—Todavía no entiendo por qué —Petra movió la cabeza, sorprendida—. ¿Cuál era la razón para que vinieras a la villa? ¿Solo fue por un impulso momentáneo? —¿Qué pensaría Venetia? Se mordió el labio, en parte se sentía responsable por la intromisión de Marcus.

—Mi querida Petra, mis modales son mejores que eso —cruzó la pierna—. Por supuesto qué primero llamé por teléfono. Esta mañana, la señora Herrald, quien es una mujer encantadora, me informó que habías salido pero que era probable que regresaras temprano por la noche.

—¿Y me has esperado tanto tiempo?

—Es obvio. No creímos que llegaran tan tarde —se acercó a ella y se sentó sobre el brazo del sillón. Le tomó una mano y le sostuvo un dedo en forma significativa—. ¿Cuándo vas a permitir que te vuelva a poner el anillo? Vamos, querida, ya estableciste tus razones: Está bien, discutimos. Los dos dijimos cosas que luego lamentamos, pero…

—Yo sí hable en serio.

—Permíteme terminar. En el calor del momento todos decimos cosas y luego nos arrepentimos; no debemos ser demasiado orgullosos para admitirlo. Imaginé que ya habrías recuperado el sentido común. En ocasiones, alejarse es lo mejor. Ayuda a poner las cosas en la perspectiva correcta; Vamos, Petra, seamos sensatos y maduros con respecto a esto. Deja esta idea loca y ven a Vals conmigo. Tu lugar es a mi lado, no en un empleo insignificante. Mi madre estará encantada de volver a verte.

—Lo dudo —controló un deseo histérico de reír.

—Quisiera que no estuvieras en contra de ella —frunció el ceño y apretó los labios—. No sé por qué tienes que estarlo. Nunca te ha simpatizado, ¿verdad?

—Me niego a hablar de eso otra vez —cerró los ojos, cansada del tema—. Como dijiste, discutimos, mas no fue solo por el calor del momento. Y no solo trataba de demostrar algo cuando te regresé el anillo —se puso de pie de repente y se dirigió a la ventana, después dio media vuelta—. Oh, ¿qué objeto tiene? Ya te expliqué todo esto antes. ¿Por qué no te…? ¿No puedes entender que somos de carácter opuesto?

—Tonterías —Marcus se inclinó hacia atrás y entrecerró los ojos —. En algún momento fuiste feliz conmigo. Y te quiero para que seas mi esposa. Desearía qué dejaras de ser tan obstinada. Y, de cualquier manera —siguió—, ¿no quemaste ya todas tus

oportunidades? Vendiste tu parte del negocio, ¿qué te propones hacer?

Ella levantó las manos, y notó con sorpresa que le temblaban un poco.

—No sé. No lo he decidido… Tal vez vaya a Nueva Zelanda. Mi futuro no debe importarte, Marcus. No tiene sentido que me sigas acosando de esta forma. No habrá ninguna diferencia para nosotros.

—Podría —dijo después de un largo suspiro—, si fueras sensata y dejaras esta necedad.

Ella lo miró, se preguntaba cómo alguna vez imaginó que lo amaba.

—Lo siento —murmuró con voz entrecortada—, no tiene objeto, Marcus, Voy a preparar un poco de té —salió de la habitación antes que él pudiera decir algo.

En la cocina, Adam estaba parado cerca de la mesa, tomaba un whisky. Cuando Petra entró le lanzó una mirada de acero, como si verla fuera más de lo que pudiera soportar. Venetia preparaba la bandeja para su té de la mañana. La señora sé volvió para ver a Petra, había una interrogación en su mirada.

—¡Qué emocionante para ti! Te debe parecer como Navidad; un día encantador, como tú lo dijiste, y después a tu regreso encuentras que tu novio te espera —dijo Adam arrastrando las palabras.

—Sí, ¿verdad? —añadió Venetia antes que la joven pudiera responder—. Tu Marcus me ha hecho compañía desde que acosté a los niños.

—Él no es «mi Marcus» —vio a uno y después al otro, deseaba gritar—. Los dos se equivocan —sentía lágrimas de frustración de que el día terminara de esa forma. Parpadeó y llenó la tetera—. Lo siento mucho, Venetia —al fin dijo—. De haber sospechado que Marcus vendría hoy, no hubiera salido con Adam.

—Estoy seguro de que no lo habrías hecho. Cuándo Venetia sugirió que saliéramos, noté que te resistías. Ahora sé por qué.

—Pero… —Petra dio media vuelta, con la verdad en los labios, pero la expresión de Adam la reprimió.

¿Por qué tenía que explicarle a él? ¿Qué lograría? Había estado a punto de pasar por tonta por la tarde. ¡Que pensara lo que quisiera!

—No tenía idea de que Marcus estuviera en Francia —se dirigió a Venetia—. Lamento no haber estado aquí, y espero que…

—Tuvimos una plática interesante —interrumpió la señora—.

Me contó todo acerca de Cranbrook Place. Suena grandioso. Imagino que él no estaba a favor de que tomaras este empleo.

Petra la miró un momento. Enseguida surgió la ira contra Marcus. Su actitud posesiva había convencido a Venetia de que su relación era seria. También a Adam. Había un brillo sombrío en los ojos de él mientras se apoyaba contra la mesa y observaba cómo ella perdía la compostura. Maldita sea, pensó Petra. Después enderezó los hombros. Que pensara lo que quisiera; no habría diferencia. Y, por el momento, sería más fácil seguir con la impresión que había creado Marcus, que explicar la Verdad. Con Adam observándola como un gato listo para el ataque, era probable que ella no pudiera explicar las cosas con claridad.

—… no sé en dónde lo vamos a acomodar —terminaba Venetia, preocupada—. No podemos permitir que regrese a Vals a esta hora de la noche, no lo desearías, Petra. Es difícil que encuentre un hotel y no puedo pedirle que duerma en el sofá…

—No imagines problemas, Venetia —dijo Adam—. Yo dormiré en la camioneta. Se puede quedar en mi habitación.

—Oh, pero… —Petra le lanzó una mirada de piedra—. No puedo pedirte que tú…

—Yo lo ofrezco. Tenemos que hacer que tu novio pase la noche cómodo. Así que deja de complicar las cosas.

Por segunda ocasión casi dice la verdad, mas se quedó callada. Desde el principio Adam parecía tener ideas extrañas acerca de ella, no iba a corregirlo. La posición verdadera o la falsa… ¿qué diferencia habría cuando su relación había regresado a la desconfianza y enemistad de un principio?

—Entonces cambiaré las sábanas —Venetia se puso de pie, pero Petra la detuvo.

—Ya hizo bastante hoy, yo me encargaré de todo.

—Gracias, debo confesar que los niños me agotan —Venetia sonrió—. Toma el té primero, ¿me puedo reunir con ustedes? ¿Adam? ¿Vienes?

Petra miró a Adam. Él le regresó la mirada con un desprecio que cortaba como cuchillo filoso:

—Por supuesto. Vamos, Petra. ¿No te ha esperado bastante hoy? —Tomó la bandeja y esperó a que ella siguiera a Venetia.

La plática fue general, pero la joven tenía la impresión de que había turbulencia en el aire. Adam se mostró cortés. Marcus se jactaba de todo y hablaba mucho de sí. En una o dos ocasiones Petra notó que Marcus observaba a Adam, como si lo midiera. Ella bebió el té rápido y subió al otro piso.

Se dejó caer sobre la cama de Adam. En el dormitorio se percibía el mismo aroma de su cuerpo, como si estuviera allí con ella. Había un libro abierto sobre la mesa de noche. Ella sintió añoranza mezclada con frialdad por la posición en la que Marcus la había colocado. Se sentó abrazando las sábanas que olían a lavanda y se meció con suavidad como si el movimiento la liberara de sus pensamientos atormentados.

La visita de Marcus no era bienvenida por partida doble; le había confirmado algo a lo que ella no quería enfrentarse. Era como si al analizar sus sentimientos anteriores por Marcus, se viera forzada a reconocer lo que ahora sentía por Adam.

Deshecha por la ira contra Marcus, y contra sí misma por haber caído en la trampa de Adam, quitó las sábanas y las arrojó en un rincón. Arregló la cama con precisión, aliviada de escapar de sus pensamientos tortuosos.

Estaba a punto de salir del dormitorio cuando vio los cepillos de Adam sobre el tocador, de marfil con una inicial de plata que no era la suya. De su padre, se dio cuenta sorprendida pues nunca hubiera pensado que Adam tuviera tiempo para sentimentalismos. Tomó el cepillo para ropa y permitió que los dedos acariciaran el marfil liso. Dio media vuelta, cuando Adam entró.

—Necesito unas cuantas cosas. Por ejemplo, el cepillo que tienes en las manos.

—Solo los acomodaba —murmuró Petra, sintiéndose culpable.

Se topó con la mirada de Adam en el espejo, y en forma automática se movieron las manos, tomó la billetera y la agenda de piel. Petra se preguntaba si. en ese momento breve, los ojos habían revelado su terrible secreto. Las manos de Adam se cerraron sobre las de ella.

—Ven acá, Petra —murmuró—. En realidad no terminamos nuestro día. No hay algo mejor que llevar las cosas a un final lógico y satisfactorio, ¿no te parece?

Antes que ella pudiera responder, ya estaba entre los brazos de Adam y no tuvo la fuerza de voluntad para alejarse.

Él la miró a la cara un momento largo, como sí buscara algo, después la besó de un modo que la dejó sin aliento. La boca de Adam era cálida y exigente, mientras se acercaba más a Petra. Esta le rodeó el cuello con las manos y le acarició la piel. El ritmo de la respiración de ambos se acrecentó, mientras ella se dejaba llevar por un sentimiento de satisfacción. Después Adam deslizó los labios por el cuello de Petra, haciéndola estremecer.

El pasado estaba olvidado; la amargura, furia y confusión que la

visita de Marcus creó. Solo existía el presente; ella y Adam en el dormitorio.

Ella quería ser solo lo que él deseaba que fuera, seguirlo donde la condujera, con la certeza de que el viaje sería una extensión de la maravilla que cantaba en su interior. Ella suspiró, le tomó la cara entre las manos y le levantó la cabeza para que pudiera verla.

Lo que vio la heló con más efectividad que una ducha fría. ¿Cómo podía un hombre besar con tal pasión cuando tenía esa expresión?

—Una conclusión adecuada. Siento deseos de aplaudir. ¡Qué gran actriz eres, Petra! Casi me convenciste.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿Qué? Adam, yo… ¿Qué quieres decir…? —murmuró, parecía estar en medio de una pesadilla—. No… puedo imaginar… que…

—¿No puedes? ¿De verdad? —Su sonrisa le enviaba agua helada a través de las venas. Entonces encogió los hombros—. Bueno, ¿en realidad importa? Las explicaciones pueden ser aburridas, ¿por qué molestarse? —la voz de repente se endureció—. ¿No es mejor que bajes? Te espera tu novio.

Ella abrió la boca para protestar, pero Adam prosiguió:

—Después de todo, vino desde Casterleigh solo para verte. Dicen que la ausencia hace que el amor crezca. ¿Era él parte de la razón por la que aceptaste el empleo? Parece que funcionó, ¿no te parece? Ya ha esperado horas. ¡Qué devoción! —El desdén en la voz hacía juego con su sonrisa.

—Petra, querida —se escuchó la voz de Marcus—. Baja, ya tardaste mucho.

En silencio, Petra miró a Adam, la cabeza se movía un poco de lado a lado. Después, dando traspiés, salió del dormitorio, la risa burlona de Adam retumbaba en su cabeza.

Durmió mal, despertó cansada a la mañana siguiente. Al bajar a la cocina a preparar el té, pasó por la puerta abierta del salón y para su sorpresa vio que Marcus ya estaba levantado. Había abierto las ventanas desde las que se podía ver la piscina y estaba sentado viendo al exterior. En la mañana se veía fuera de lugar, con su traje gris y corbata.

El corazón de Petra se hundió mientras se hacía el pelo hacia atrás y se ajustaba el cinturón de la bata.

—Te levantaste temprano. Voy a preparar té. ¿Quieres?

Él se puso de pie. Parecía muy serio, el corazón de Petra se

hundió más aún, adivinaba que él aprovecharía estos momentos para continuar la discusión. ¿Qué se necesitaba para que comprendiera?

—¿Hay algo entre tú y Herrald? —la sorprendió con la pregunta.

—Por supuesto que no —ella respiró y se sonrojó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me cruzó la idea por la mente, eso es todo —frunció el ceño —. ¿Es eso verdad?

—Sí —contestó entre dientes.

—Está bien. No es necesario que te enojes. Lo acepto. Entonces esa no es la razón por la que no quieres regresar conmigo a Vals.

Exasperada, cerró los ojos y resistió la tentación de golpear la taza y retirarse.

—Marcus, me niego a tratar el asunto. Por Dios, ¿no te puedes meter en la cabeza qué…?

—En una época me amabas.

—Pensé que te amaba —lo corrigió con un tono más gentil—. De pronto me di cuenta, no me preguntes cómo, de que no te amaba lo suficiente. Oh, Marcus, nunca podría ser la clase de esposa que quieres. Lo siento —se acercó a él y se arrodilló a un lado del sillón, le tomó las manos entre las suyas y lo miró compasiva—. ¿Qué posibilidad de éxito se puede tener en un matrimonio si la novia se siente así antes de la boda? Estaría condenado desde el principio. Te haría mucho daño si me casara contigo. Sería un castigo para mí misma también. Va contra mi integridad —se detuvo de repente; ¡cómo se hubiera reído Adam con esto! Después se obligó a continuar—. Sé que preferirías pensar que esto es un pleito de enamorados. Pero créeme que es más que eso. Esperó que mis palabras y mis acciones te convenzan —Marcus la miró, angustiado.

—Pensé que regresarías conmigo —insistió—. Podríamos celebrar nuestro compromiso con una cena esta noche. Pero eres necia, Petra. Por Dios, ¿qué más puedo hacer para…?

—Nada. No hay futuro para nosotros. ¿No me digas que piensas que con un poco de tiempo y presión me puedes domar como a uno de tus caballos y llevarme del extremo de una rienda? —La voz se le quebró un poco—. No puedes hacer eso con la gente.

—Por supuesto que no pensé algo semejante.

—Mira —le rogó, presionaba la mano por la intensidad con la que hablaba—. No te amo lo suficiente. Lo lamento pero no puedo cambiar mis sentimientos. Es tan sencillo como eso. ¿Por qué no lo

aceptas? Y ¿sabes? —prosiguió, gentil—, nunca fui tan importante para ti como debe ser la mujer a la que ames. Era obvio en muchos detalles pequeños, pero en esos momentos yo… —encogió los hombros—. Si tomaras tiempo para reflexionar, y dejaras de tratar de aferrarte a algo que…

Escuchó un ruido y miró hacia la ventana. Adam nadaba en la piscina. Sin duda los vio, sentados como dos enamorados, tomados de las manos. Se sonrojó, se apartó de Marcus y se puso de pie. Él se levantó casi enseguida.

—Bueno —dijo tenso—, parece que en realidad sabes lo que no quieres. Puedes lamentarlo, ¿sabes? Pero no aducirás que no traté de solucionar las cosas. Sin embargo… es mejor que me vaya. Tal vez tú puedas agradecer su hospitalidad a la señora Herrald y dile que ansiaba regresar. Es obvio que el viaje fue una pérdida de tiempo para mí.

Petra observó que el auto se alejaba. Desde ahora, estaba cansada. Ocultó la cara entre las manos, se preguntaba si en algún momento volvería a pensar con sensatez. Parecía haber pasado por todas las emociones humanas en las últimas veinticuatro horas: felicidad, desesperación, dolor, enojo, incomprensión, tristeza… ¡Cómo podía cambiar la vida de un momento a otro!

Subió y se duchó, trataba de recuperar la compostura y alejar de su mente todo lo que ocurrió el día anterior desde el momento en que subió a la camioneta de Adam.

Si había algo que la consolara, era la convicción de que Marcus ya no la molestaría.

Se ocupó en sacar la ropa limpia para los niños, y cuando todos bajaron a desayunar, notó que la camioneta no estaba. Adam había decidido salir temprano, le informó Venetia. Petra lo agradecía, al igual que la ausencia de Monique, lo que la mantendría ocupada.

—En realidad Marcus no es mi novio —Petra dijo de repente mientras ella y Venetia preparaban la cena. Por alguna razón le parecía importante que la señora no siguiera engañada—. Estuvimos comprometidos, pero… —encogió los hombros—. No funcionó en cuanto a mí se refiere.

—Ya veo —dijo Venetia con cuidado—. Con razón te noté… alterada —murmuró—. Qué criaturas tan extrañas somos los humanos; nunca más felices que cuando nos enamoramos, y sin embargo esto ocasiona dolor —sonrió, triste—. ¿No crees que deberíamos tener el sentido común de evitarlo, de aprender de nuestros errores?

—Creo que lo hice —Petra se forzó a sonar alegre.

—Oh, dudo que en realidad lo aprendamos —Venetia hizo un gesto—. Después de una experiencia mala, nos decimos que somos más sabios, y después de un modo inconsciente nos damos una razón diferente para hacer lo mismo con alguien más. ¿No es así como funciona?

—Eso supongo. Marcus pronto encontrará novia.

—Pobre Marcus, Bueno, esperemos que lo haga. La esperanza es eterna —Venetia sonrió—. Lo maravilloso es que el final a menudo resulta maravilloso. Supongo que por eso seguimos buscando —le dio una palmada maternal a Petra—. Debe de haber sido penoso para ti, querida… me refiero a que Marcus se presentara aquí como si tuviera derecho a hacerlo. Bueno, olvídalo. Algún día las cosas estarán bien para él y para ti. Como pasó con Adam y Merrill.

¡Merrill! El nombre tronó como una pistola que hubieran disparado en la memoria de Petra. La esposa de Adam. De seguro Venetia estaba equivocada.

Se humedeció los labios que de repente sintió resecos y preguntó:

—¿Entonces, Adam y su esposa eran felices en su matrimonio?

—Muy felices, a pesar de las grandes diferencias en personalidad. Merrill no me simpatizó en un principio. Pero, por supuesto —prosiguió con firmeza—, no la veía mucho. Apenas la conocía. Era algo… reservada. Sin embargo, juntos parecían estar bien.

—Entonces, ¿por qué se divorciaron? Oh, lo siento… —se apresuró a decir—, no es cosa que me incumba.

—¿Divorcio? ¿Quién te dijo eso?

Petra movió la cabeza, indefensa, trataba de recordar.

—Nadie —contestó después de un momento—. Supe que Adam estuvo casado, que ya no lo estaba… y supuse que…

—Merrill murió —por un momento Venetia se concentró en la tarea que hacía, y Petra se sentó en un banco, sentía que había perdido la fuerza—. Adam la llevaba en el auto al aeropuerto —prosiguió Venetia—. Merrill tenía trabajo en… Roma, creo. Se les hacía tarde. Había una mancha de aceite sobre el pavimento… El auto patinó y se estrelló contra un árbol. Adam salió ileso, pero…

—¡Qué terrible! —Petra tomó aire. Miró a Venetia, los ojos parecían llamas brillantes, dejó caer las manos sobre el regazo—. Y qué trágico para él.

El impacto de la historia que le contó Venetia alejó otro pensamiento de su mente. Solo podía adivinar el sufrimiento de Adam; recordó los primeros momentos cuando se conocieron.

Entonces había dolor en el rostro de Adam. Así que esa era la razón.

Petra siguió rebanando los tomates. Tal vez esto le daba una pista que explicara la actitud de Adam los primeros días; el resentimiento hacia ella, sus intentos posteriores de coqueteo. Por supuesto que no explicaba todo, pero él no sería el primer hombre en buscar consuelo donde pudiera encontrarlo.

—Sí —Venetia suspiró—. Por fortuna, Merrill murió de inmediato, pudo haber sido peor. Eso es lo que me dije y lo que traté de hacerle ver a Adam. Pero él nunca hablaba del asunto, pues, como era natural, él se culpaba. Y la culpabilidad, sea real o asumida, es una carga terrible. Debió de haber sido un infierno para él.

Petra asintió, desolada. Todo esto debía ser parte de la amargura del hombre. Y hasta podría ser que el hecho de que ella les agradara a los niños, le recordara el afecto que había sentido por Merrill. Recordó ese beso angustioso en Moulins. ¿Había tratado de castigarla por usurpar un recuerdo sagrado? De repente, frunció el ceño, el cuchillo permaneció quieto. No, había algo raro en esa teoría pues Sarah le había confiado que no quería a la esposa de Adam.

Petra se puso de pie y fue a enjuagarse las manos. Ella había cometido un gran error al asumir que él matrimonio de Adam había terminado porque era imposible vivir con él. ¡No podía estar más equivocada!

Se le había abierto una herida en su interior, mas no pudo resistir la pregunta:

—¿Merrill también se dedicaba a la fotografía?

—No, era modelo. Una chica muy atractiva, aunque había momentos en que no parecía real. De hecho, en ocasiones cuando yo veía… —se detuvo e inclinó la cabeza—. Creo que llegó Adam. Cambiemos el tema. No le gustaría saber que hemos hablado de él.

Un instante después se escuchó el ruido de la puerta de la camioneta al cerrar, seguido del de la puerta de otro auto, voces y risas que se hacían más fuertes. Después se abrió la puerta de la cocina.

Petra se inclinó sobre la albahaca que picaba para la ensalada. No se atrevía a mirar a Adam. Lo odiaba por haberla excitado con sus besos la noche anterior y por haber destruido sus emociones con una crueldad calculada. Y sin embargo, algo en ella trataba de alcanzarlo.

—Una visita se va, llega otra —escuchó que él decía—. La

encontré vagando en Ruoms, nos buscaba.

Venetia se acercó y Petra se vio obligada a levantar la vista. Caroline Benton estaba en la puerta, con una sonrisa encantadora.

—Venetia, es Caroline —la presentó Adam—. Hace tiempo que nos conocemos. Se quedará unos cuantos días, si te parece bien.

—¡Por supuesto, lo sabes! —exclamó Venetia—. Pasa, querida. No conoces a Petra…

—Oh, Petra y yo somos viejas amigas —murmuró Caroline para asombro de Petra.

—Hola, Caroline —murmuró regresando la sonrisa. Aún no podía ver a Adam. Se dirigió a Venetia—: ¿El dormitorio de Adam? —cuando la señora asintió, dijo—: Iré a arreglarlo.

Salió, agradecida de poder escapar.

Capítulo 7

—Para ser justos con Caroline —dijo Venetia tres días después —, es fácil simpatizar con ella. Como Adam se la lleva con él durante el día, apenas se nota que está aquí.

Petra y Venetia se encontraban en la cocina dando los toques finales a la cena. Afuera, los niños jugaban boules.

—Y —Venetia continuó—, casi no come; No me sorprende que esté tan delgada.

—Es modelo, yo creo que esa es la idea —repuso Petra decidida a no especular con la relación entre Caroline y Adam.

Adam parecía feliz con su invitada. Petra se mordió el labio. Contra su voluntad, los recuerdos del día que pasó con Adam la perseguían aunque ella intentaba bloquearlos. Era obvio que a Adam, Caroline le parecía atractiva. Y eso lo mantuvo alejado de Petra. Además, fue testigo de la última escena con Marcus y con seguridad había sacado conclusiones falsas.

Petra suspiró, se dio cuenta de que ahora, al fin, tenía lo que había pretendido de ese empleo: una entrega total al bienestar y felicidad de los niños, sin que Adam la distrajera.

Durante la cena, él habló de su trabajo del día. Su conversación con Venetia, interrumpida en ocasiones por algún comentario de Caroline, flotaba sobre la cabeza de Petra quien estaba concentrada en que Thomas comiera, cuando Adam dijo su nombre no pudo dejar de verlo.

—… algunas tomas excelentes de flores. Te interesarán, Petra — tenía la vista fija en ella, con una sonrisa cortés.

Conversación informal, pensó Petra. Nada más que eso. Y sin embargo intuía algo oculto. Era como si Adam hubiera notado que ella evitaba todo tipo de contacto con él y estuviera decidido a imponer su presencia.

—Verdegambre, solo por mencionar una. Mariposas también y halcones trazando círculos…

—Y una víbora —añadió Caroline estremeciéndose.

—Quisiera ir con ustedes —dijo Sarah—. A mí también me gustan las flores y las mariposas.

—Te aburrirías —era raro que Caroline se dirigiera a los niños, pero en esta ocasión lo hizo.

—Me gusta estar con Adam —insistió Sarah—. Si no estuviera usted aquí —prosiguió ignorando la mirada de advertencia de su abuela—, es probable que él me llevara.

—¿Entonces por qué no vienes conmigo y Caroline mañana? —

sugirió él.

Petra le pasaba un plato con pollo a Caroline y notó que la mano de ésta se detenía un momento.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Caroline—. Pero, yo no iré —vio a Venetia—. Si le parece bien, me quedaré a descansar un poco. Hoy me comieron los insectos.

—Tengo loción para eso —comentó la señora—. Y por supuesto que está bien. Andar en la camioneta de un lado a otro en este clima, no es muy divertido.

De seguro no lo era para Caroline, Petra en silencio estuvo de acuerdo. Tal vez cuando bajaban del vehículo la diversión empezaba para la modelo. Se preguntaba si Adam se sentiría desilusionado por la decisión de su amiga, aunque su rostro nada revelaba.

—Y vamos a una fiesta hoy en la noche —añadió Caroline—, por lo que será un alivio no levantarme temprano por la mañana —suavizó las palabras al volverse a ver a Adam.

En la madrugada, Petra se preguntaba qué la había despertado. Después escuchó unas pisadas sobre la grava, el murmullo de voces. Adam y Caroline que regresaban de la fiesta, se dijo.

Petra supo desde un principio que Caroline era el tipo de mujer que con gusto hundiría sus garras en cualquier hombre que deseara, aunque esas garras estarían cubiertas de terciopelo.

¿Pero Adam? ¿Qué sentía él? Cerró los ojos, deseaba que esas preguntas dejaran de darle vueltas en la mente. ¿Quién estaba capacitado para decir lo que Adam sentía acerca de cualquier cosa? Parecía contento de tener a Caroline en la villa.

La mente de Petra regresó al día que pasó con él y en que todo funcionó bien. Un día para recordar, siempre, y no solo por los paisajes que le mostró. Tuvo una vivacidad que lo colocaba por encima de cualquier otro día agradable. Cerró los ojos, contuvo las lágrimas y golpeó la almohada con impaciencia. ¿Por qué esos pensamientos tenían más fuerza durante la noche?

Inquieta, se volvió y buscó la jarra de agua. Vacía. Suspiró. Les daría un poco de tiempo a Adam y a Caroline para que se retiraran a sus habitaciones respectivas, después bajaría y la volvería a llenar.

En la otra cama, Sarah se movió y ella se quedó quieta hasta que escuchó que dos puertas se cerraron. Después se puso la bata y bajó.

Abría la puerta del refrigerador cuando una voz detrás de ella murmuró:

—¿Festín de media noche?

—Oh, eres tú —dijo sorprendida después del sobresalto.

—¿Desilusionada? ¿A quién esperabas?

—No seas ridículo. Tenía sed, eso es todo…

—E insomnio, también. No admitirás eso, puede afectar tu eficiencia —en su tono se notaba que se divertía.

Verlo solo, sin esperarlo, después de la tensión de los últimos días hizo que su autocontrol se fracturara. La chaqueta blanca le colgaba en forma casual pero elegante de uno de los hombros, como si tuviera la confianza de que sin importar lo que se pusiera, su aspecto sería impecable. Petra sintió como si hubiera entrado en la casa equivocada, un edificio lleno de turbulencias. Ella no lo comprendía y era probable que nunca lo hiciera. Pese a todo, lo amaba y lo único que importaba era salir de allí, regresar a su dormitorio donde se encontraría a salvo.

Sacó el agua del despachador automático de agua fría del refrigerador.

—No te entretengas por mí —dijo con voz suave—. Y no te preocupes por las luces, yo las apagaré. Buenas noches, Adam.

—¿Sabes? —arrastró las palabras—, creo que me quedaré contigo —sacó dos sillas de debajo de la mesa—. Es mejor que nos pongamos cómodos.

—Voy de regreso a la cama.

—Oh, ¿tienes que hacerlo? Hace mucho que no charlamos. ¿No te parece esto romántico? Tú y yo despiertos en una noche de verano, solos, en una casa donde todos duermen. Además, odio beber solo —se levantó y se sirvió un whisky.

Era como un animal depredador, pensó Petra, acechaba a su presa, la obligaba a hacer algo tonto y después él se movería para matar. Su instinto de autoconservación le indicaba que debía irse. Pero él se sentiría muy orgulloso al saber que ella tenía que ocultarse de él, y no tenía intención de ofrecerse como sacrificio para el ego de Adam.

—Está bien —murmuró, separó un poco la silla de la de él y se sentó—. ¿Te divertiste en la fiesta? —dijo, cuando el silencio se tornó incómodo.

—Sí. Conozco a Rob y Mary Michael desde hace tiempo. Les gusta mucho Francia como a mí, pero ellos dejaron el trabajo en Inglaterra y se vinieron para acá.

—¿Y Caroline? —Era masoquismo, pero Petra no pudo

contenerse—. ¿También se divirtió?

—Por supuesto. A ella le gustan mucho las fiestas. ¿No lo habías notado? —miró a Petra de reojo.

Sí, Petra pensó amargada, ya lo había notado. Caroline había ido con un vestido negro sencillo que de seguro le costó una fortuna. Adam debió de ser la envidia de la reunión con ella a su lado. Tomó un trago de agua para calmarse.

—A propósito —decía Adam—, Rob y Mary van a tener una fiesta de disfraces el sábado. Estamos invitados.

—Qué bien —comentó Petra. Se preguntaba cuánto tiempo más podía permanecer allí con esa conversación intrascendente.

—Estás invitada.

—Ni siquiera los conozco.

—Eso no importa —arrastró las palabras—. Yo lo arreglé. Iré contigo y con Caroline. Espero que las dos causen sensación.

¿Por qué lo había arreglado? ¿Para darle celos a Caroline? ¿Era parte de su juego? Se puso de pie de repente y le lanzó una sonrisa distante.

—Gracias por pensar en mí, pero no iré.

—En ocasiones puedo pensar en otros, Petra. En especial si es por una causa que lo merezca.

—Qué filantrópico. ¿Consuelo para los necesitados? ¿Una noche de salida para los trabajadores? ¿Como el día que con tanta amabilidad me dedicaste?

—No seas orgullosa —estaba de pie a su lado.

Había perdido su apariencia tranquila, y la sonrisa desapareció. Le puso las manos sobre los hombros y los asió con firmeza. Hizo que ella se estremeciera.

—¿Qué demonios te pasa, Petra? —Por un momento le brillaron los ojos con un fuego intenso.

—No sé qué insinúas —dijo sin aliento, se movió un poco y se liberó de las manos de Adam—. Ya es tarde y estoy cansada. ¿Orgullosa? ¿Qué tiene que ver eso? Creo que has bebido demasiado y…

—No cuando conduzco —casi gritó—. Entonces, nunca y debería… —controló las palabras mientras ella fingía un bostezo.

—Muy cansada —murmuró y tomó la jarra—. ¿Entonces, tú te encargas de las luces?

Él emitió una exclamación de furia que ella ignoró.

Petra subió despacio. Sentía las piernas débiles, pero el corazón le latía de prisa. La breve conversación la había agotado. No, corrigió, no fue la conversación, sino Adam, la intimidad en que

estuvieron y su propia respuesta instintiva. ¡Con qué facilidad la trastornaba!

Así que, si él esperaba que fuera a esa fiesta de disfraces, tendría que volver a considerarlo.

—Debes ir —Venetia insistía el sábado por la tarde—. Te divertirás y tendrás oportunidad de conocer gente. Sé que quieres a los niños, pero demasiada compañía por parte de ellos puede ser limitante —tocó la mano de Petra—. Podemos conseguir un disfraz para ti. Hay muchas cosas arriba. A Sarah le gustaba disfrazarse cuando era más pequeña, y yo guardo todo. Pensaremos en algo sorprendente. No tienes que preocuparte por eso.

—Mi lugar está aquí —arguyó la joven antes de tomar un sorbo de té—, con los niños. Después de todo me pagan por eso —fijó la mirada en una mariposa—. Eso me recuerda que necesitamos limones para la bebida —cambió el tema—, si quiere yo iré…

—Es justo que salgas una noche —había decisión en la voz de Venetia. Después se volvió a verla, interrogante—. ¿Hay alguna razón especial por: la que no quieras ir? ¿Tiene que ver con Adam?

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de haberla? Además, él irá con Caroline…

—Sí —los ojos grises se ensombrecieron, frunció el ceño.

De repente Petra podía leer la mente de Venetia; a pesar de su tolerancia aparente, Caroline no le agradaba, ¿Podría ser qu6 le preocupara que se convirtiera en la segunda esposa de Adam? ¿Era eso lo que preocupaba a Venetia? ¿La perspectiva de Caroline como futura nuera?

Petra contempló el hermoso jardín lleno de flores y el huerto. Un día Caroline podría ser la dueña de ese lugar encantador; Caroline con su belleza, sofisticación e indiferencia hacia los niños… ¿Era eso lo que veía Venetia? Volvió a mirar a la mujer y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien, ya me convenció. Debo empezar a preparar un disfraz.

¡Maldita sea! Pensó Petra mientras subía. «¿Por qué hago esto? Venetia me venció. Y no es asunto que me atañe. ¿Por qué no pueden los Herrald arreglar las cosas sin involucrarme? Si Adam está enamorado de Caroline, es cosa suya. Ya es un adulto, y nada que Venetia o yo hagamos cambiará los hechos».

Escuchaba el sonido de la máquina de coser en la habitación al final del pasillo. Caroline se había posesionado de ella después de

regresar del pueblo con algunos paquetes.

No encontraron en el baúl algo que despertara la imaginación de Petra, y después de unos minutos bajó a su dormitorio. Durante un largo rato contempló la túnica gris plata que tenía en su guardarropa. Había sido de su abuela, Petra la encontró entre las cosas de su madre. Sencilla, de cuello alto, con cuentas cristalinas a lo largo de las mangas, en los hombros y el frente.

La había guardado cuando hizo su equipaje para ese empleo, no sabía entonces qué esperar en la villa. Con una falda negra era un atuendo adecuado para una cena formal. Pero con un pantalón ajustado, Di había comentado que sería sensacional.

Los pensamientos de Petra se desataron. El pelo lo sujetaría formando púas, y algunas de las cuentas en forma de diamante que había en el baúl las pegaría al dorso de las manos, y una o dos en las mejillas. Bajó a la cocina por las tijeras.

—¿Qué se supone que eres? —preguntó Adam más tarde. Los ojos la recorrían con un brillo del que ella ya había aprendido a desconfiar. Hablaba de diversión. ¿O era desdén? De cualquier manera, le daba latigazos en los nervios tensos mientras esperaban en el vestíbulo a que bajara Caroline.

Petra inclinó la cabeza, le regresó la mirada a Adam con una frialdad que ocultaba su desdicha. Las pequeñas cuentas brillantes en las mejillas atraparon la luz.

—Un carámbano.

La imagen de la velada desdichada parecía pasar por su mente. Lamentaba haber permitido que Venetia la convenciera.

—Por supuesto. Qué tonto de mi parte.

—Sí, ¿verdad? ¿Y qué es lo que se supone que eres tú?

La capa que flotaba le añadía drama a su atractivo. La chaqueta corta y ceñida revelaba la larga línea de la cadera y el muslo. El sombrero negro de ala ancha que le colgaba del hombro- en forma teatral le quedaba tan bien que hacía que su imagen quedara impresa en la mente de Petra.

—Un noble español. No me culpes, Venetia diseñó este disfraz.

Él giró al escuchar el crujido de seda cuando Caroline apareció en la parte superior de la escalera, donde se detuvo un momento para después continuar con movimientos sinuosos. Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. Sobre lo oscuro del pelo brillaba una flor de satén rojo. La falda con muchos olanes tenía una abertura en el centro que dejaba ver las piernas cuando ella se movía, y la blusa sencilla de mangas largas, enfatizaba la cintura pequeña.

Al acercarse a ellos levantó una mano con gracia y abrió un abanico de encaje rojo, miraba a Adam sobre la orilla de éste. Un perfume ligero de almizcle flotó hacia Petra.

—Esto va ser divertido —murmuró Caroline—. Adam, estás sensacional. ¿Estamos listos? —Se volvió a Petra con una sonrisa —-. Te veo muy diferente —levantó las cejas—. ¿Qué eres?

—No es obvio —Adam dijo con voz suave—, Petra es un carámbano.

—Oh, qué original en este clima. Sí, supongo que ahora lo entiendo —bajó las pestañas—. ¿Pretendes derretirte? —preguntó con falsa dulzura.

—Oh, en definitiva —respondió Petra—. Los carámbanos por lo general lo hacen, si se les da tiempo.

Ella no tenía intenciones de estorbarles, solo rogaba que Rob y Mary Michael fueran hospitalarios para que la velada fuera fácil para ella. Empezaba a lamentar la idea que tuvo para el disfraz. Caroline se había asegurado de que su atuendo fuera femenino y la favoreciera. Petra se tocó las puntas del pelo y pensó que era probable que hubiera exagerado un poco. Ya era demasiado tarde para hacer algún cambio. Quería pasar la velada en la mejor forma que pudiera y esperaba que pronto estuviera absorta con otra compañía.

Sin embargo, para su sorpresa, descubrió más tarde que había variedad en los disfraces. Era como si, entre los jeques, los Pierrots y los gatos negros, hubiera abandonado su personalidad diaria. Esa noche no era Petra Macey, sino solo un carámbano anónimo. Y después de tres copas d€ champaña, se sentía alegre y libre de inhibiciones. ¿Era por eso que algunas personas usaban lentes oscuros, como un medio de ocultar sus propias vulnerabilidades del resto de la gente? Levantó la mirada y notó que Adam la veía interrogante.

—¿No crees que has bebido suficiente? —murmuró cuando ella se disponía a tomar otra copa de la bandeja que llevaba un camarero.

—Claro que no —le brindó una amplia sonrisa—. Me divierto. No seas un aguafiestas, Adam. Deberías de estar contento. ¿No fue eso en lo que pensaste cuando decidiste incluirme en la invitación?

Ella dio media vuelta cuando una mano le tocó el brazo y se alejó con un rajá de turbante amarillo. En forma automática Adam se acercó y le quitó la copa.

—No necesitarás esto.

—¿Por qué no bailas? —le preguntó Petra sobre el hombro—.

Te ayudará a relajarte.

—¿Y tú, qué eres? —le preguntó el rajá una vez que llegaron cerca de una de las ventanas, la voz tenía un acento fuerte.

—Un carámbano —sonrió.

—¿Un qué? ¿Qué es eso?

—Oh, Dios —murmuró—. Debí tomar un curso rápido de francés.

—Un carámbano. *C'est… c'est* —la abrazó y empezaron a bailar. Ella frunció el ceño, trataba de concentrarse, después vio el brillo en los ojos del rajá—. Creo, que sabes muy bien lo que es.

—Por supuesto, querida. ¿Pero quién eres? ¿O debo llamarte querida nada más?

—Me llamo Petra Macey. Llámame como quieras mientras sea agradable.

—Supongo que «querida» va bien contigo. ¿Qué haces aquí? Conozco a casi todas las amistades de Rob y Mary y nunca te había visto —se movieron las manos y las colocó sobre los omóplatos—. Lo recordaría.

Ella rio. Así debería ser la vida, pensó entre nubes. Sonrisas, halagos y nada de miradas sombrías, acusaciones o besos de castigo.

—¿Cómo podrías decir que me conoces? Por lo general no me visto así.

—Ah —dijo con voz suave—. Pero algunas cosas, como los ojos color de pasto quemado en el monte bajo la luz del sol, no se olvidan con facilidad. Y no importa lo que hagas con el resto de ti, no puedes cambiar los ojos. Así que repito, ¿qué haces aquí?

—Vine con Adam Herrald. Trabajo en forma temporal para la familia, ¿y tú?

—Yo estoy en un crucero. El barco se detuvo en Marsella. Rentamos un auto y hacemos un recorrido de unos cuantos días. Es lógico que uno busque a viejos amigos —la abrazó con más fuerza —. ¿Te volveré a ver? Quiero decir, después de esta noche —dejó caer los párpados en forma sugestiva—. Di que sí. ¿Qué te parece mañana, por ejemplo?

—¿No apresuras las cosas?

—Esa es mi falla. La grabarán en mi lápida.

Él apresuraba a las damas.

—¿Pero, por qué no? El tiempo es corto, ¿para qué perderlo?

—Hay algo que se llama delicadeza —señaló, sonriente.

—Oh, eso —lo ignoró con un giro que hizo que la cabeza le diera vueltas a Petra—. Eso era en años anteriores.

La conversación se hacía más y más tonta, pensó Petra despreocupada, parecía que hacía años que no se sentía así.

—¿Quién eres cuando no te disfrazas de rajá?

—Llámame Sam. Sam Sheridan —Petra sintió la barba contra la frente cuando él la acercó más—. Nunca pensé que un carámbano pudiera ser tan cálido y sensual.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró, escéptica.

—¿Es, por casualidad, Sam diminutivo de Samson?

—Por supuesto —sonrió—. ¿No reconoces las tácticas de un hombre fuerte?

—Solo preguntaba —murmuró. Cerró los ojos y la sensación agradable se acrecentó. Podía bailar para siempre así. Baile y risas y nunca otro comentario serio, sensible. No pensar más en Adam, ni permitirle que demoliera sus emociones…

Entonces sintió que los brazos de Sam se aflojaban y caían. Por un momento se sostuvo de él. Después lo miró interrogante y siguió la mirada de Sam.

—Es mi turno —dijo Adam—. Cuando estés lista, Petra…

—Así es mi suerte —murmuró Sam—, y estoy loco por los carámbanos. Regresaré, querida —Petra lo vio alejarse, temerosa.

—Me alegra que te diviertas —dijo Adam y le pasó un brazo por la cintura—. Te advertí que lo harías.

Se movía con suavidad, la sostenía con brazo firme, parecía que bailaban como si fueran uno. Desesperada trató de sentir la despreocupación que había logrado con la plática insulsa de Sam. Por desgracia, había desaparecido, y rogaba que la música terminara rápido.

—Eso dijiste —comentó al fin—. Y, como de costumbre, tenías razón. —añadió sarcástica, deseaba resistir el efecto de la suave música y el roce de los muslos de Adam contra su cuerpo. Movió la cabeza hacia atrás, buscaba a Sam, quería darle una señal para que regresara.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Adam. Como ella no contestó, añadió—: ¿Por qué tuviste que formar esas púas con tu pelo?

—Parte de la imagen —repuso.

—Y, por alguna razón —continuó, pensativo—, tú pareces dar de piquetazos como tu pelo —la acercó a él, contra su voluntad, y la cabeza de Petra se apoyó sobre el pecho de Adam.

Podía sentir los latidos del corazón bajo su mejilla: fuertes y rítmicos. El magnetismo de su cercanía la invadió con una fuerza que la asustaba. Tenía demasiada influencia sobre ella, y era probable que por instinto él lo supiera, hacía gala de su poder.

—¿En dónde está Caroline? —preguntó con tono casual—. Pensé que venía contigo.

—Las dos vienen conmigo.

—¿Sí? —Lo miró, sintió que la mirada intensa de él atrapaba la propia como si él quisiera ver su mente, su alma. El estremecimiento interior aumentó y ella desvió la vista, pues el pánico la atacaba como un espasmo.

—Sí, pero no en la misma forma, creó.

—No, admito que hay diferencia.

Vio que Sam se acercaba y se separó de Adam con alivio.

—Allí está Sam, diminutivo de Samson, creo. Tal vez venga al rescate —a ella misma las palabras le parecían absurdas.

—Si tienes que saberlo —dijo—, se llama Newsam, no Samson. Y no tengas muchas esperanzas, a mí no me parece muy fuerte.

—¿Se supone que es un comentario ingenioso? Pues en ese caso…

—Y, además —prosiguió Adam, insistente—, ahora te voy a llevar a cenar. Si vas a seguir bebiendo tienes que comer algo…

—¿Cenar? —Respiró con una sumisión burlona—. ¿De veras? —Levantó las cejas y las piedrecillas brillantes en las sienes reflejaron la luz—. Así que eres decidido, poderoso —parpadeó cuando él le apretó el brazo con más fuerza y Sam Sheridan se detuvo frente a ella al notar su indecisión—. Lo siento, voy a cenar con Adam. Té veré después, Sam —levantó la barbilla—. Por desgracia, tengo que hacer más o menos lo que él dice. Es mi jefe, en cierta forma, y supongo que no estoy en posición de negarme —se vio recompensada por la forma en que Adam tomó aire.

—Está bien, entonces —Sam encogió los hombros y abrió las manos—. No olvides que no hemos arreglado la cita todavía —dio media vuelta y se mezcló con la multitud.

—¿Era necesario? —preguntó Adam mientras caminaban—. ¿La parte de que soy tu jefe?

—Me gusta mantener las cosas como son —repuso Petra con frialdad. Luego añadió—: Cielo santo, Caroline parece furiosa.

La modelo hablaba con un hombre alto, vestido de negro. Tenía la vista fija en Petra, la mirada destilaba veneno.

—No sé por qué —dijo Adam, cortante—. Habla con Scott Farrand. Él le puede ayudar mucho en su carrera.

—Tal vez Caroline no está interesada en su carrera en este momento.

Adam solo levantó una ceja y pasó la mano bajo el codo de Petra para conducirla a un invernadero que corría a lo ancho de la

casa. Había mesas y sillas entre las plantas y las flores.

Petra miró la mesa con un repertorio excelente, después alejó la mirada.

—No tengo apetito —empezó.

En realidad se sentía un poco mal. Podía ser por el champaña, mas sabía qué esa no era la causa. Sentía mariposas en el estómago. Con excepción de dos personas sentadas en un extremo y los camareros listos a atenderlos, ella y Adam estaban solos, y se sentía nerviosa.

—De cualquier forma, creo que es temprano —añadió, indecisa.

Adam no contestó. El silencio parecía estar cargado con una electricidad peligrosa. Aumentaba su necesidad de escapar, pero la mano que le sostenía el brazo parecía mantenerla en ese sitio. Se sacudió en forma mental, respiró y liberó su brazo.

—Quédate a comer.

—Necesito aire, así que…

—Entonces voy contigo.

—Me puedo cuidar sola. No eres mi guardián gracias por tu ofrecimiento, pero… —la voz subió un poco de tono por la desesperación mientras él la sacaba de allí, hacía que bajara unos escalones y la conducía al jardín.

¿Por qué no se quedó con Caroline? ¿Por qué tenía que entremeterse? Ella podía enfrentarse a los Sams de este mundo; nada significaba. Adam Herrald era diferente.

—Pero, querida —dijo arrastrando las palabras—, no pensaría en dejarte sola. Tu amigo, Samson, puede elegir el momento para raptarte.

Y después del champaña puede ser que estés vulnerable. ¿Es eso lo que deseas?

De súbito, ella estaba entre sus brazos, oprimida contra él. Él tenía la cara desfigurada por el enojo. La luz de la luna daba brillo a los pómulos, a la nariz y a los ojos oscuros. Después, con una rapidez como la de Mercurio, los labios de Adam cayeron sobre la boca de Petra.

Al instante sintió una emoción contradictoria. Esto, gritaba algo en su mente, esto, era todo lo que ella quería. El resto, la irritación, la tristeza, carecían de importancia. La fuerza de las manos de Adam mientras se deslizaban por la espalda, le daba latigazos a sus sentidos. Había miles de razones por las que no debía permitir esto, pero la única que lo justificaba, resultaba más poderosa. Sintió que la sensualidad de Adam abanicaba la llama de sus propios deseos, y los labios se abrieron con un suspiro de rendición, daban la

bienvenida a la lengua que la invadía.

El cuerpo de Petra se invadió de una calidez que parecía unirlos conforme él la abrazaba con más fuerza, y las manos de Petra volaron a la cara de Adam, las puntas de los dedos trazaban los contornos de la candente piel.

No había lugar para palabras. Los cuerpos tejían su propio encanto en un crescendo silencioso. Solo los dos estaban vivos en la noche cálida, en el jardín perfumado. Muslo contra muslo, boca contra boca y el aliento mezclado en una celebración.

Las manos de Petra se movieron hacia el pelo de Adam, quien le acarició los senos pequeños. Ese tormento la hacía contorsionarse.

Con un semisollozo, ella se separó. De repente, tuvo miedo de él y los sentimientos que había desatado en ella. Adam retrocedió y permaneció quieto, la miraba con misterio.

Los deseos despiertos de Petra parecían pulsar en la noche. Los sentidos le daban vueltas al darse cuenta de la habilidad que tenía él para comprender sus necesidades. La había manejado como si fuera un instrumento que él dominara a la perfección. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

Adam sonrió.

—De verdad… eres algo, Petra —al fin llegaron las palabras roncas, que nada revelaban de sus sentimientos.

Ella buscó alguna pista en él rostro. No había respuesta en las facciones, ni en la sonrisa que permanecía allí.

Sintió que le subía un sollozo a la garganta, pero lo contuvo. La habilidad de Adam para gobernar sus sentimientos era opuesta a la vulnerabilidad de Petra. ¿Podría ser que sus sentidos se excitaran en un momento y murieran con la misma rapidez? ¿Era su pasión solo el ardor del momento? Una mujer, la luna, unas cuantas copas… ¿era eso todo lo que se necesitaba?

Volvió la cabeza. ¿Por qué hacerse esas preguntas cuando ya sabía las respuestas?

—Qué bien lo resumes —dijo cortante—. Un juicio trivial de una situación común. De verdad tienes una forma de decir las cosas, y…

—Oh, allí estás, Adam. Te he buscado en todas partes.

—Vaya, Caroline —dijo Adam, después de un momento. Caroline pasó la mirada interrogante a Petra.

—¿Tomando aire? Te veo mal, Petra —tomó el brazo de Adam —. Muchacha tonta, bebiste mucho. Tanto champaña y Adam te advirtió… Si no estás acostumbrada…

—Me siento bien, gracias —Petra resistió el deseo de gritar

mientras se alejaba.

Caminó adelante de ellos. Los invitados en el invernadero rodeaban la mesa. Sam estaría adentro… esa conversación tonta, la cita que planeaban, los tonos sensuales de su plática; no lo soportaría. No en ese momento.

La pesadumbre la invadía como una oleada lodosa. ¿Nunca aprendería? Durante el día Adam no tenía tiempo para ella. Se lo había dejado ver con toda claridad en varias ocasiones. El paseo que hicieron fue por insistencia de Venetia. La besó en su dormitorio; aquella noche ataba cabos sueltos, eso dijo, después la acusó de que fingía. Pero entre sus brazos lo había olvidado todo. ¿También había que culpar al champaña por esto? Deseaba que así fuera.

Al pie de la escalera dudó, no deseaba volver a entrar y sintió alivio cuando Adam sugirió que se retiraran antes que la fiesta se volviera demasiado agitada. Cuando él hablaba se escuchó en el interior un gran aplauso y vítores.

—Sí, vámonos —apoyó Caroline—. No soporto las fiestas cuando se salen de control.

—¿Cómo te sientes, Petra? —preguntó Adam, cortés.

En la oscuridad lo miró colérica; era probable que él supiera con exactitud cómo se sentía.

—Me parece que bien —forzó un tono casual.

—Entonces, las dos vayan al auto. Buscaré a nuestra anfitriona y me despediré por los tres.

Capítulo 8

En la parte posterior del auto Petra se sentó en silencio mientras esperaba a que Adam se reuniera con ellas. La cara le ardía y la cabeza empezó a dolerle. El dormitorio que compartía con Sarah parecía un refugio, y todo lo que ella deseaba era quietud y descanso. Sin embargo, Caroline tenía otras ideas.

—¿Te divertiste? —preguntó con tono meloso—. Por lo que vi, sacas el mayor provecho de tus oportunidades.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, vamos. Sabes de lo que hablo. ¿No dijiste que tenías necesidad de un poco de aire? —Al no responder Petra, Caroline rio —. ¡Lo hiciste! ¡Qué transparente!

—En realidad no sé de qué hablas. Y de cualquier forma…

—Hablo del beso que te dio Adam, por supuesto. Te besó, ¿verdad? Estaba escrito en tu actitud. Permíteme una advertencia; no asumas que tuvo algún significado. Cualquier hombre con una gota de sangre en las venas lo hubiera hecho, en especial cuando se le ofrecía en una bandeja.

—Mira, Caroline —Petra se inclinó hacia ella, furiosa—, yo…

—¡No! Adam y yo somos… Bueno, qué importa. No tengo que explicarle a nadie y menos a ti…

—No tienes que hacerlo —Petra la interrumpió—. No quiero saber. Y no veo por qué tienes que sacar el tema de ti y Adam. A menos que —prosiguió con tono pensativo—, tengas miedo de mí. ¿Eso es lo que pasa?

—Por todos los…

—Oh, Caroline, qué tontería de tu parte —lo que Caroline insinuaba le hacía daño, pero logró reír—, Adam me besó, si te interesa saberlo. Y fue muy agradable —se forzó a continuar—. ¿Y qué? Era una fiesta, ¿no? Así que no te preocupe que sea tan ingenua para darle importancia a eso. Relájate. No tienes de qué preocuparte —en la oscuridad notó que Caroline estaba furiosa.

—Oh, no estaba preocupada. Sé cómo son las cosas. No olvides que hace mucho que conozco a Adam. Y a Merrill —añadió con énfasis.

—No sé qué tenga que ver eso —repuso Petra.

—¿No? Yo diría que es muy oportuno. ¿O no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Vamos, que te pareces a Merrill, por supuesto. De seguro Venetia lo mencionó. Adam, como es natural, no lo haría. Él nunca habla de Merrill. Sin embargo, el parecido debió de haber sido

obvio para él.

—¿Quieres decir…? —Petra perdió el aliento, se sentía débil—. Bueno, yo pensé… —se detuvo, trataba de recordar lo que Sarah había dicho—. Sabía que Merrill tenía el pelo largo, castaño y que…

—Oh, sí —Caroline rio—, en ocasiones. Tenía muchas pelucas y la cuenta de su estilista debió haber sido astronómica. A menudo cambiaba de estilo. Era muy convincente. Podía ser ultrasofisticada una semana, y la ingenua total la siguiente.

—De cualquier modo, no entiendo por qué la mencionas ahora.

—Oh, Petra —Caroline contestó con lástima— de seguro no eres tan tonta. Todo es muy claro. Adam vio a Merrill en ti, por el parecido. Y es probable que hoy lo notara más pues con éxito cambiaste tu imagen; como ella lo hubiera hecho. Por eso te besó, no pudo evitarlo.

—Bueno, de todas las tonterías que he escuchado —Petra empezó, mas no logró continuar. Miró los pantalones plateados ceñidos y el brillo de la túnica—, la invadió un sentimiento de desolación. ¿Tendría razón Caroline?

Caroline aún hablaba, pero Petra estaba ensordecida por sus pensamientos. Veía a través de la ventana del auto. Tal vez tenía sentido. En realidad explicaba la forma en que Adam la miró cuando se conocieron.

Y después la conversación por teléfono con Jack Stansfield que Petra escuchó. Todo lo que ella comprendió entonces fue que Adam estaba molesto porque Jack la había elegido a ella para el empleo.

Pero, qué raro que Venetia no hubiera comentado algo. Solo habló de Merril en una ocasión, y la llegada de Adam y Caroline la interrumpió así que era natural que dejara el tema. La explicación de la modelo aclaraba la mirada que Venetia le lanzó a su llegada a la villa.

Oh, sí, todo tenía sentido. Respondía a algunas de las preguntas que le daban vueltas en la mente y explicaba el comportamiento de Adam y los besos. Cómo debió de odiarla por el tormento de su presencia. Y cómo debió de odiarse a sí mismo por haber sucumbido a un simple parecido físico con la esposa a quien tanto amó.

Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Esa conversación había puesto el sello final a una velada odiosa. ¿Por qué se había dejado convencer para que asistiera a la fiesta? Siempre supo que sería un desastre, de una forma u otra. Pero la explicación de Caroline iba más allá de su imaginación.

Durante el viaje de regreso permaneció en silencio, anhelaba el momento de estar sola otra vez. Cuando subió a su dormitorio, vio que Sarah, sentada en la cama, escribía en su diario.

Petra protestó, señaló la hora. Con lógica, Sarah repuso:

—No podía dormir y no había escrito en mi diario. ¿La pasaste de maravilla, Petra? —Dejó el cuaderno y se abrazó las rodillas—. Cuéntame todo.

—¿No puedes esperar a mañana? —El dolor de cabeza era como martillazos. Entonces, por la desilusión de Sarah, suspiró y accedió. Mientras se desvestía empezó a hablar, describió algunos de los disfraces y Sarah la escuchaba con ojos brillantes—. Eso es todo, más o menos —concluyó—. Ahora a dormir.

—Lo haré en un momento. Abuelita nos contó cuentos —Sarah comentó, extasiada—. ¿Conoces esas dos rocas enormes en el desfiladero? Te apuesto a que no sabes que hace mucho tiempo un trovador se enamoró de la hija de un mago. Se reunían en secreto en el río. El mago lo supo y los convirtió en esas dos piedras. ¿Qué te parece?

—Me sorprende —murmuró Petra, deseaba silencio y oscuridad —. Ahora, Sarah ya es muy tarde…

—La mejor parte es que cuando hay luna llena, vuelven a la vida y cantan juntos —suspiró—. Me gustaría mucho estar allí. Creo…

—Y yo creo —Petra insistió tranquila, aunque deseaba gritar—, que es hora de que apaguemos la luz.

—Por supuesto que la abuela no lo ha visto, pero…

—Oh, por favor, Sarah, no más. Ni una palabra. Buenas noches —Petra apagó la luz.

La información de Caroline parecía flotar en el aire como motas de polvo. Petra pensó en todas las ocasiones en que el comportamiento de Adam la había intrigado y enfurecido; recordaba todas las razones que ella misma se había dado para tratar de explicar esas complejidades. Qué equivocada estaba. La explicación real era tan simple que nunca se le ocurrió. Bueno, gracias a Caroline, todo era ahora tan nítido como el cristal.

Al fin quedó dormida, y no despertó hasta que Thomas la tocó en el hombro. Sostenía con cuidado un vaso de jugo de naranja y ella vio que él ya estaba vestido.

—Tenemos horas de habernos levantado —dijo con importancia —. Abuelita ordenó que te dejáramos descansar. Va a salir pues ya viene mi mami —tos ojos le brillaban.

—Eso es maravilloso —dejó escapar una exclamación cuando

vio la hora—. Dile a tu abuelita que bajaré en diez minutos.

El jugo de naranja y la ducha la revivieron un poco, aunque no aminoraron su frustración. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sonreír al saludar a Venetia cuando bajó a la cocina.

—Petra, ¿ya sabes la noticia? —Los ojos de la señora brillaban —. Unity vuela para acá el jueves. Se ha recuperado de maravilla. Los niños están emocionados. Patrick salió con Marcel y Sarah molestó tanto a Adam, que se la llevó, Caroline aún no se levanta. Te veo un poco cansada, querida, pero puedes pasar una mañana tranquila con Thomas. ¿Disfrutaste de la fiesta?

—Mucho —mintió—. Qué buenas noticias de Unity.

—Acompáñame al auto —tomó el bolso que hacía juego con su elegante vestido de seda—. Sí, es maravilloso, pero por supuesto —prosiguió pensativa—, tendrá que tomar las cosas con calma un tiempo —miró a Petra, interrogante—. Me pregunto si puedes quedarte con nosotros un poco más de tiempo.

—No puedo —tragó saliva—. Lo lamento, Venetia, pero es imposible —las palabras parecían salir por voluntad propia. Petra se recuperó, después continuó con más amabilidad—. Di, mi exsocia en la tienda, quiere salir de vacaciones y yo le prometí que me quedaría en su lugar, así que… —no era una mentira.

La llegada de Unity y las vacaciones de Di le brindaban una oportunidad inesperada para irse. Se preguntaba cómo podría volver a ver a Adam, sabiendo que la había usado como sustituto de su esposa muerta, mientras sostenía un idilio con Caroline.

Alejó la vista de la mirada de desilusión de Venetia. «Por favor, no intente tratar de convencerme», Petra imploraba en silencio. «Tengo que aprovechar esta oportunidad». Después de todo, ella se había comprometido a cuidar de los niños hasta la llegada de Unity. Solo eso, nada más. Así que tenía todo el derecho de no acceder a la petición de Venetia.

—Lo siento —dijo con voz suave—, pero le prometí a Di…

—Por supuesto —Venetia encogió los hombros, desolada—. Tienes que mantener tu palabra. Soy egoísta. No te preocupes, querida, nos las arreglaremos. Lo entiendo.

No, pensó Petra. ¿Cómo podría entenderlo?

Miró el jardín. De alguna forma, en ese lugar encantador y contra su mejor juicio, Adam la había cautivado. La llevó a una montaña rusa de emociones. Muchas veces trató de sacarlo de su mente. Ahora sabía que era imposible. A pesar de todo, su corazón dominaba a la razón.

Miraba el sendero de grava, parpadeaba, apretaba los labios y

esperaba que Venetia no notara su tristeza. Una salida digna, al fin, se presentaba en el panorama. Además, la recuperación de Unity era la mejor noticia.

—Te extrañaremos mucho, querida —terminó Venetia.

—Yo también —levantó la cabeza. Le temblaba un poco la voz —. Y extrañaré este lugar encantador… Todo ha sido tan…

Si Venetia notó las lágrimas, con tacto las ignoró.

—Tendremos que hacer los preparativos para tu viaje de regreso. Por supuesto que será en avión —miró el reloj—. ¡Debo darme prisa! —exclamó y subió al auto. Petra agradecía el tono casual que evitó una excusa.

—Ah —dijo Venetia—, allí viene Thomas. Sin duda te busca. Él también va a extrañarte.

Petra regresó a la casa. El trabajo ligero y las preguntas continuas del niño ayudaron a amortiguar su dolor. Pero cuando Adam regresó con Sarah, se agitaron sentimientos contradictorios en ella.

Fue durante la cena cuando Adam le dirigió la palabra.

—Así que nos dejas.

—Oh, bueno —intervino Caroline—, cuando las obligaciones nos llaman, solo se puede obedecer. ¿Te gusta trabajar en una tienda, Petra?

—He estado pensando —interrumpió Venetia—. En vez de volar, podrías irte en auto con unos amigos míos —se dirigió a Adam—. Tim y Brenda Stoddard, los conoces, Adam, van a ir seis semanas a Inglaterra —después miró a Petra—. Son personas muy agradables, estoy segura de que disfrutarías de su compañía y podrías conocer un poco más de Francia. Les encantaría que te fueras con ellos, Brenda en especial. Tim es un conductor silencioso y le agradaría tener una compañera. Piénsalo, Petra.

—No tengo que hacerlo —Petra murmuró rápido—. Gracias, Venetia. ¿Cuándo se van?

—El miércoles. Unity llega el jueves.

Petra alzó la mirada y notó que Adam la observaba en forma especulativa, como si se hubiera percatado de su ansiedad por irse. Le sostuvo la mirada, después la desvió.

—¿Cuánto tiempo te quedarás, Caroline? —preguntó Petra.

—No sé —miró á Adam—. Eso depende.

—Bueno —dijo Venetia—. Si ya terminamos, Petra, ¿por qué no tocas el piano?

—Oh, yo… —se detuvo, no quería ser grosera. Además de supervisar la práctica de Sarah, no había tocado el instrumento

desde la llegada de Caroline—. Está bien —accedió al fin.

—Entonces iré por el café —Venetia se puso de pie.

—Ayudaré —ofreció Caroline.

—Vaya, vaya —murmuró Adam mientras él y Petra seguían a los niños al salón—, algo me dice que ansias irte.

—¿Sí? —repuso la joven, indiferente, no se atrevía a verlo—. ¿Por qué lo piensas? Me voy solo porque prometí a Di…

—Y por supuesto, está el novio, ¿no? Tal vez esa sea la razón de tu partida repentina. Eres una sensación a tu manera, ¿no es cierto? Con los hombres, a eso me refiero —entrecerró los ojos con un brillo sombrío.

—¿De qué hablas? —Petra murmuró furiosa.

Lanzó una mirada cautelosa a los niños y se tranquilizó al ver que jugaban en la otra habitación con un gran rompecabezas de madera.

—¿Tengo que recordarte a Marcus? —susurró Adam—. Qué voluble eres. ¿Te tengo que recordar al hombre que viajó kilómetros solo para verte… y, por supuesto, Sam Sheridan, anoche? Nunca hiciste una cita con él, ¿o sí? Ahora parece que nunca la harás.

—Entonces pasaré el resto de mi vida entre lamentaciones.

—Oh, lo dudo —la voz de Adam era tan suave como el terciopelo. Petra se quería alejar, pero no podía moverse.

—Bueno, al menos él no trató de besarme y fingir…

—¿Tratar? —subió una ceja—. Yo Hubiera usado la palabra lograr —siguió con una insolencia que la hizo estremecer—. ¿Es posible que lo hayas olvidado? ¿Así son las cosas contigo? ¿Besar y olvidar? —La atención de Adam parecía estar tan concentrada en ella que por un momento Petra perdió el habla.

—Preferiría que no me recordaras lo sucedido anoche, si no te importa —logró decir al fin—. Como señalaste, estaba un poco…

—¿Ebria? ¿Entonces solo fue el champaña?

Su tono hizo que hirviera el conflicto de sus sentimientos hacia él. Quería gritar que ella no era sustituto de la mujer que él todavía amaba.

—Por supuesto que solo fue el champaña. No te halagues —Petra tomó aire cuando la mano de Adam sostuvo la de ella con fuerza.

—Cállate —dijo entre dientes—. Por Dios, ¿no podemos…? —Se detuvo y la soltó. Casi al mismo tiempo abrió la caja de puros que yacía sobre la mesa mientras Venetia abría la puerta seguida de Caroline con el café.

Sin decir palabra, Petra se dirigió al piano. Frotaba y flexionaba los dedos. El enojo era una presencia viva en la habitación, parecía un arco de energía alimentado por el odio.

Adam había logrado ocultar sus sentimientos, pero ella sentía que la observaba. Gracias al cielo solo quedaban tres días. Y Caroline pretendía mantener ocupado a Adam.

Petra se sentó al piano y sin decir palabra empezó a interpretar una pieza de Litoff con más pasión de la que exigía la composición. Pasó a un tema de Tchaikowsky y no fue hasta que extinguió su batalla interior que pudo interpretar las melodías de Grieg que le gustaban a Venetia.

Caroline, sentada con las piernas cruzadas en forma elegante, hojeaba una revista de modas. Adam, con las largas piernas extendidas fumaba su puro en silencio. Venetia tarareaba bajo y movía una mano al ritmo de la música.

Petra se sentía agotada. Su intercambio con Adam había afilado sus emociones como una hoja de tortura que se burlaba de la música agradable y de la atmósfera relajada de la habitación. Todo parecía irreal, un sueño. Lo único real para ella era el remolino interno.

Después de un rato, se puso de pie y cerró la tapa del piano.

—Estoy cansada —murmuró—. Me faltó dormir anoche. Así que si no les importa, me retiro. Vamos —llamó a los niños—, pueden terminar el rompecabezas mañana.

—¿Te sientes bien, querida? —preguntó Venetia, con interés.

—Solo fatigada —Petra sonrió. Las atenciones de Venetia eran una amenaza para su autocontrol. Se sentía contenta de escapar de la habitación.

Horas más tarde despertó, permaneció acostada contemplando cómo la luz de la luna se filtraba por las cortinas. Las semanas anteriores pasaron como una película en su mente, turbulentas y pacíficas, y siempre con el rostro de Adam, su personalidad, su sonrisa, sus besos… Bueno, se dijo, la función estaba a punto de terminar.

Era extraño recordar que cuando vio el anuncio del empleo le pareció una buena idea. Un escape temporal, un espacio para ordenar sus ideas y planear el futuro. Por desgracia, sus esperanzas fueron vanas.

Suspiró, sabía que no podría conciliar el sueño. Encendió la luz de la mesita y tomó su libro. Cualquier cosa era preferible a pensar

y añorar.

Fue entonces cuando notó que la cama de Sarah estaba vacía. Se puso la bata y en silencio se dirigió al cuarto de baño. También estaba desierto. Se asomó al dormitorio que compartían Patrick y Thomas, los dos niños dormían plácidamente.

Era obvio que Sarah estaba abajo, decidió, pero desde la escalera vio que todo se encontraba a oscuras.

Abrió la puerta del dormitorio de Venetia, después, la cerró rápido, el corazón le latía a ritmo acelerado Sarah se había ido. ¿Pero a dónde?

Capítulo 9

De regreso en su dormitorio, se quitó el camisón y se puso un conjunto deportivo. Solo había un lugar donde Sarah podría estar con Adam. Cuando Petra abrió la puerta de atrás sintió alivio al ver que había luz en la camioneta.

Llamó con suavidad y un momento después Adam deslizó la puerta.

—Pasa. Qué sorpresa, por no decir placer. Rara vez tengo visitas nocturnas…

—Oh, por Dios —dijo Petra, se notaba el desagrado en la voz—. Basta. ¿En dónde está ella? ¿Sarah?

Adam frunció el ceño.

—¿Cómo quieres que sepa? En la cama, supongo.

—Por supuesto que no —casi gritó—. ¿Estaría aquí si ella siguiera en la cama? Se ha ido. No está en la casa y…

—Espera. Traeré una linterna. No es sonámbula, ¿verdad? —Abrió un mueble.

—No, hasta donde yo sé, pero supongo que es una posibilidad… No. Espera… un momento. Hay luna llena.

—¿Y?

—Es que —se pasó los dedos temblorosos por el pelo—, Venetia le contó una historia de las dos rocas grandes del desfiladero —repitió con rapidez el relato.

—Vamos. ¡De prisa! Ojalá no haya caído y… La luz de la, luna es engañosa sobre las rocas.

Tomó a Petra de la mano, corrió con ella a través del jardín. Casi tenía que volar para mantener el paso de Adam. Cuando llegaron al conjunto rocoso, ella jadeaba.

—¿Estás bien? —preguntó él y como ella asintió, agregó—: Sígueme. Con cuidado. De nada servirá que te luxes un tobillo.

Aunque cada latido era un golpe de temor, Petra sentía un gran consuelo con la presencia de Adam. Él parecía capaz de solucionar las cosas.

Con cuidado siguieron el camino de piedras hacia los dos grandes pilares que la luna pintaba con figuras grotescas de luz y sombras.

—Oh, apresúrate —lo urgió Petra—. Si no está aquí deberíamos… ¿Por dónde empezamos a buscar? Oh, cielos, ¿qué va a pensar Unity? ¿Y Venetia? No podría soportar que…

—Calla —ordenó Adam. Entonces, un momento después con voz tranquila añadió—: Allí está.

—¿Sí? No la veo… ¿Estás seguro? Oh, gracias al cielo —Petra se sentó y hundió la cara entre las manos. Sobrecogida por el alivio de haberla encontrado.

No se dio cuenta de que Adam regresaba a su lado.

—La niña se ha quedado dormida.

Las lágrimas fluyeron por las mejillas de Petra. Se limpió el rostro con la mano, pues no quería que Adam la viera así. Pero brotaban más, un arroyo interminable que la cegaba y no le permitía contemplar la belleza de la noche, ni la presencia de Adam a su lado, hasta que ella sintió que él le pasaba un brazo sobre el hombro. Él le apoyó la cabeza sobre el pecho. Los latidos se dejaban escuchar ocasionados por la agitación de los últimos minutos. Ella seguía invadida por el alivio de haber encontrado bien a Sarah y por la desdicha que la acompañaba desde la noche anterior. El llanto no cesaba.

—Basta —dijo él con voz amable—. Ya pasó, trata de olvidarlo. Es una niña tonta, pero supongo que es parte del encanto de este lugar y Sarah siempre ha sido romántica e imaginativa —le pasó un pañuelo—. Ten y deja de llorar, de lo contrario tendremos una inundación.

—Sí —pasó saliva—. Es solo que…

—Lo sé —en ese momento los brazos masculinos le brindaban a Petra un mundo de consuelo y tranquilidad—. No entiendo por qué no me pidió Sarah que la trajera aquí, o a ti.

—Tal vez quería estar sola como parte de la magia. Debí darme cuenta de que hoy había luna llena.

—Sí —murmuró Adam—. La responsable es la luna.

Petra permaneció en silencio. La noche anterior también había habido luna. ¿Se refería a eso? ¿Era su forma de explicar la escena en el jardín de Michael? Parecía que habían pasado muchos años, desde entonces.

—Supongo que es mejor que regresemos —dijo Petra al fin—. Pero… no… Espera aquí —en silencio bajó a la playa, después se inclinó entre el refugio de una roca y empezó a cantar unas cuantas notas de una melodía de Schubert.

La voz estaba amortiguada por la tristeza. Sarah había ido a buscar encanto, magia… Bueno, la tendría, pensó Petra, la voz cobró un poco de fuerza. Que despertara por el sonido de la música, que mantuviera sus fantasías infantiles y las disfrutara. Tenía la edad apropiada para los sueños románticos. .

La voz de Petra murió y después de un momento puso la mano sobre el brazo de la niña.

—Vamos —murmuró—. De regreso a la cama.

—¿Me quedé…? —Sarah se sentó, miraba a Petra con los ojos muy abiertos—. Debo haberme quedado dormida, creo —dijo, molesta—. Esperé muchas horas para escuchar la canción. Oh, desearía haberlos visto… Pero creo que la escuché; a la hija del mago… solo un minuto —miró a Adam qué se acercaba—. ¿No me crees? —Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, sí te creo. Yo también escuché la música —le lanzó a Petra una mirada que ella no pudo interpretar, después se inclinó y levantó a su sobrina—. Es mejor que mantengas esta escapatoria en secreto. Tu abuela sufriría un ataque si se enterara de que viniste aquí sola. Imagina si hubieras caído y te hubieras lastimado. Es fácil. E imagina que Petra no hubiera despertado y descubierto que tu cama estaba vacía. Te habrías quedado aquí hasta la mañana.

—Lo siento —musitó Sarah—, no lo pensé.

—Bueno, ya no tiene importancia —añadió Petra—. Si me lo hubieras pedido yo te hubiera traído… —se desvaneció la voz y murió. Sacó una mano para tranquilizarse y de repente se sentó—. Lo siento —vio a Adam—, pero parece que… —tragó saliva—. Es una reacción, supongo. Yo…

—Quédate sentada —ordenó Adam—, yo llevaré a Sarah a la casa.

—Iré en unos minutos, cuando me sienta mejor.

Observó que se alejaban, sus propias palabras hacían eco en su mente. Pasaría mucho, mucho tiempo para que se recuperara. ¿Cuánto necesitaría para aplacar las emociones de las últimas semanas? Una cosa era segura, llevaría las marcas de su encuentro con Adam el resto de su vida, pues él había despertado en ella facetas de su naturaleza que nunca sospechó que pudieran ser tan vividas y potentes.

Durante un rato permaneció sentada, quieta, la cabeza le tocaba las piernas dobladas. Debía regresar a la villa; Sarah se estaría preguntando qué le había pasado. Pero sus miembros carecían de fuerza, como si una droga la hubiera paralizado.

Entonces escuchó pisadas. Recuperó la energía y se volvió, alarmada.

—¿Ya mejor? —preguntó Adam y se sentó a su lado.

—Sí. Estaba a punto de regresar —trató de sonreír aunque sentía la cara tiesa—. Gracias por venir conmigo. Me ayudó mucho tener alguien con quien compartir… Oh, Dios, estaba tan… —para su desolación empezó a llorar otra vez, lágrimas continuas que amenazaban con hundirla en la tristeza. ¿Qué pensaría de ella?

Parpadeando furiosa, se volvió, pero Adam le pasó el brazo y la hizo apoyar la cabeza sobre su hombro—. No era necesario que regresaras.

—Tenía que hacerlo. Me preocupabas. Todo está bien ahora. Sarah, feliz, se fue a la cama. Tuviste una gran idea, darle la música que vino a escuchar aquí. Olvídalo —él la estrechó en actitud tranquilizadora, y ella sintió el movimiento de la cabeza de Adam. Los labios se movían sobre las sienes con gentileza.

Sarah estaba a salvo. Con un último sollozo, Petra volvió la cara hacia el pecho de Adam y se apoyó allí.

Él la sostenía y ella escuchaba su respiración. Con un dedo le levantó la barbilla y la miró a la cara.

—Eres hermosa —murmuró—. Muy, muy hermosa. Aun con las huellas de las lágrimas —los labios le acariciaban las mejillas en forma lenta y sensual—. Sabes a sal…

La parte de ella que por lo general luchaba contra él y su magnetismo, se suavizó y al fin claudicó. Ella sabía que este era el momento de ponerse de pie y regresar a la casa, antes que fuera demasiado tarde. Solo tenía que agradecerle el interés que había mostrado por ella, y cerrarle la puerta. En tres días se habría ido. Después de todo, ella ya sabía lo que había detrás de sus besos, y no era tan tonta como para permitir que la volviera a usar como un paliativo contra su dolor por Merrill.

Pero el movimiento parecía imposible. Era prisionera de sus propias añoranzas. ¿Cómo desaprovechar este instante inolvidable? Todo lo que ella quería era a ese hombre, a pesar de los problemas y las complejidades que los reunieron y después los separaron. Una última oportunidad de amar. Y aunque le había ocasionado sufrimiento, él también había experimentado dolor, pues la presencia de Petra le recordaba a su esposa y la felicidad que experimentó y perdió.

Después del miércoles no volvería a verlo. La pasión de sus besos, el deleite de su contacto, el consuelo que en ese momento le brindaba, todo formaría parte del pasado.

Con un pequeño gemido de rendición se acercó, después detuvo el lamento de él con los labios.

Los brazos de Adam respondieron de inmediato. La llevó consigo y dejó caer el cuerpo hasta que los dos estuvieron acostados sobre las piedras alumbradas por la luna.

—Dios —respiraba con fuerza—. Querida… querida…

La necesidad de Adam inflamó los deseos de Petra, alimentó el fuego mientras la punta de la lengua exploraba la oreja de la joven.

Su respiración era una especie de huracán. Los dedos masculinos encontraron el cierre de la blusa. Entonces ella sintió el aire de la noche sobre la piel desnuda seguido por los labios ardientes… Viajaron con lentitud por el cuello, y luego descendieron…

Se le escapó un grito ligero. Cada nervio de su cuerpo gritaba y disfrutaba con el contacto. Y nada más importaba excepto la pasión que los alimentaba.

Las manos fuertes se movían sobre el cuerpo de Petra, quien respondió con las propias, hizo a un lado el suéter de Adam para explorar la espalda musculosa, mientras con los labios le acariciaba el pecho.

—Ah, dulce… dulce —murmuró Adam con voz ronca.

Un ardor que se iniciaba en algún sitio del bajo vientre se difundió, estremeciendo a Petra. Y entonces, cuando los labios tocaron un seno, ella gritó.

Abrió los ojos para observar los movimientos de la cabeza oscura. Ella sentía un ligero rocío sobre la piel de Adam.

—Te deseo —susurró contra el pecho de Petra—. Te deseo en todas las formas que pueda tenerte. Esto es maravilloso… maravilloso. Estoy loco por ti, Petra. Lo sabes, ¿no es cierto? —Los labios aumentaron la fiebre de la chica—. Ámame, tócame. Esto es lo que hay para… nosotros…

Una piedra pequeña, floja por el descenso de Adam o por algún animal nocturno rodó pasando a un centímetro de la cabeza de Petra. Fue solo un ruido fugaz, pero fue el presagio del fin.

Petra exhaló un grito de dolor y se alejó de él.

—No… por Dios, no… —sacudió la cabeza y se pasó los dedos temblorosos por el pelo. ¡Esto estaba mal! Los dedos nerviosos batallaban con el cierre—. Vete —murmuró—. Oh, por favor, por favor vete… —enterró el rostro entre las manos.

Adam no se movió. No habló por un buen rato, después cuando al fin lo hizo sus palabras la hirieron.

—¿Escapas otra vez?

Ella se sentía tan agotada como si de verdad hubieran hecho el amor. Todavía lo deseaba y ardía por su contacto… siempre se sentiría así. Pero él no la deseaba a ella, no le hacía el amor a ella, sino a la mujer a quien tanto amó. A pesar de su propia tortura, sintió lástima por él y por la necesidad que nunca podría mitigar. Para un hombre como Adam, la lástima era un insulto. No. no podía permitirle que le hiciera el amor solo porque ella le recordaba a alguien más. Habría sido una parodia…

—Por favor, vete —murmuró más tranquila—. Esto no debió

ocurrir nunca —empezó a respirar profundo, buscando el autocontrol mientras él la miraba con el ceño fruncido y la boca tensa—. Culpa a la magia… Esa magia que Sarah vino a buscar. O a la luna. Tú mismo dijiste que era responsable de muchas cosas.

Se puso de pie con lentitud y caminando como en un sueño, regresó a la vida sin mirar atrás.

Durante los días siguientes, Petra trató de decirse que no había hecho daño esa noche, pero una voz interna le musitaba que el daño verdadero surgió mucho tiempo antes.

Mientras hacía el equipaje trataba de, alejarlo de su mente, se decía que lo que sentía por Adam no era más que atracción y una vez que llegara a casa, a la tienda, a Casterleigh, tendría 1a oportunidad de poner las cosas en la perspectiva correcta, y vería todo con claridad. Algo efímero, temporal y nada más.

Logró mantenerse alejada de Adam durante los tres últimos días en la villa. Los niños ayudaron, pues sabían que Petra pronto iba a irse, y estaban siempre con ella, Sarah en especial.

En algunas ocasiones, Petra al ver el rostro de Adam a la mesa y al no poder interpretar nada por su expresión, se preguntaba qué pensaría él. Sus modales y la prontitud con la que evitaba su compañía en cada oportunidad, la convencieron de que él también había recuperado el sentido común. Al fin se había dado cuenta de que ella no era y nunca podría ser la esposa que él perdió.

Y el miércoles, mientras Tim Stoddard se dirigía al norte, y Brenda platicaba alegre Petra sintió que se liberaba de las tensiones que la embargaron en la Villa des Roches.

Cuando al fin les dio las gracias y se despidió de ellos en Southampton, notó que ansiaba llegar a su apartamento.

Logró mantener la compostura los días siguientes. Di le dio la bienvenida con entusiasmo y por fortuna estaba muy ocupada con los preparativos para su viaje a Venecia para hacer muchas preguntas. Thea empezaba a demostrar aptitudes en el negocio.

—Espero que Marcus se presente pronto —dijo Di, la noche previa a su partida. Ella y Petra cenaban juntas en el apartamento de esta última, ubicado en el piso de arriba de la tienda. La miraba con obvia curiosidad—. No creo que él piense que una chica puede ser tan tonta para no aceptar la oportunidad de casarse con un Overton. No dejes que te convenza, Pet. Tienes… un lado flaco.

—No te preocupes. Marcus sabe cómo están las cosas.

Tomó los platos, no quería mencionar la visita de Marcus a la

villa. ¿Flaco? Tal vez lo tuvo antes, más no ahora. La experiencia de las semanas anteriores la dejó vulnerable. Y en defensa, se concentraba en formar una coraza para protegerse. Pasaría mucho tiempo antes que un hombre pudiera atravesarla.

—Bueno, si viene a la tienda, volverá a caer —dijo mientras Petra colocaba una ensalada de fruta fresca sobre la mesa—. Ese bronceado… Bajaste de peso, pareces aristocrática y con mucha clase —rio—. No me has contado mucho de tu trabajo con el famoso Adam.

—No trabajé con él. El cielo sabe que no necesita una institutriz —Petra miraba la cuchara, esperaba que su brillo repentino no se notara en el rostro—. En realidad, no lo vi mucho. El salía a tomar sus fotografías… Su madre es encantadora —siguió hablando de Venetia y la villa, trataba de inyectar un entusiasmo casual a su voz, aun cuando los recuerdos le producían añoranzas que ella trataba de apaciguar.

—Parece un lugar maravilloso —murmuró, cuando se disponía a retirarse—. Te agradezco que hayas regresado cuando pudiste prolongar tu estancia. Thea lo hace bien, pero no tiene tu experiencia.

Las semanas de julio se volvieron calurosas y dos días antes del regreso de Di, el cielo se nubló. El césped en el jardín de Petra estaba de un verde intenso. Ella salió a cortar las flores para sus cuadros antes que llegara la lluvia amenazadora. Caían las primeras gotas cuando Thea la llamó.

—Tienes visita —desapareció por la puerta de atrás.

Era Unity, cuyo aspecto era estupendo.

—Hola, Petra —saludó, alegre—. Creo que te sorprende mi visita.

—Bueno, yo… sí, un poco. Vamos arriba —le resultaba difícil hablar. La visita inesperada de Unity confundió sus pensamientos.

—Espero que ya estés mejor.

—¿No se nota?

—Sí, por supuesto. Estaba a punto de preparar café…

—Me encantaría —Unity miró alrededor—. Que habitación tan encantadora —volvió a ver a Petra—. No te culpo de que te haya sorprendido el verme. Imagino que pensaste que habías visto lo último de los Herrald cuando saliste de la villa.

Petra se dio cuenta de que Unity le daba tiempo para que se recuperara.

—Iré por las tazas —murmuró y escapó a la cocina.

Por intuición sabía que la visita de Unity no era solo por

cordialidad. Su unión con la familia terminó con las últimas tarjetas postales que envió a los niños desde Ruoms antes de dirigirse a Le Havre a tomar el transbordador. No esperaba volver a verlos ni saber de ellos, excepto tal vez por un intercambio de tarjetas de Navidad con Venetia.

Durante un rato ella y Unity hablaron de los niños y la villa. Esperaba el momento en que mencionara el nombre de Adam y lo retardaba.

Pero tenía que llegar, Unity hablaría de su hermano y Caroline. Empezó a hablar de la tienda y de sus planes para visitar a su padre a Nueva Zelanda. Cuando llegó el momento temido, al principio Petra no lo reconoció.

—La verdadera razón de mi visita —dijo Unity, dejó la taza con un gesto de decisión—, es para disculparme. Oh no —prosiguió rápido—, escúchame, Petra. Tuve que armarme de todo mi valor para venir. Y el cielo sabe que no me siento orgullosa de mí misma —hizo un gesto y con cuidado se arregló la falda sobre su regazo—. Es mejor que vaya directo al punto —los ojos, muy parecidos a los de Venetia estaban fijos en Petra—. No tiene objeto andar con rodeos…

—No creo…

—Por favor, escucha, antes que pierda el valor. Te debo una disculpa. También Jack Stansfield. Pero pensó que hacía lo mejor… para Adam.

—Ya veo —se puso de pie. Su mente trabajaba—. Creo que te puedo ahorrar la explicación, Unity. Sé por qué me dieron el empleo. Fue por mi parecido con Merrill, ¿no es cierto?

—¿Lo sabías? —Ahora Unity era la sorprendida.

—No, en un principio. Después Caroline me lo hizo saber —Petra vio desdén en los labios de Unity y siguió—. Me alegro de que lo haya hecho. El que me pareciera a Merrill explicaba muchas cosas; la actitud de Adam hacia mí, para empezar —la voz le falló al pronunciar su nombre y prosiguió—. Sintió desagrado desde el instante que me conoció. Dijo que no tenía apariencia de institutriz y creí que era demasiado crítico. De cualquier manera, comprendí todo cuando Caroline me habló del parecido con Merrill.

—Ya veo.

—Él me hizo las cosas difíciles —resumió Petra—. Adam pensaba que yo tenía que ver con las razones que Jack Stansfield tuvo para contratarme. Y debo decir esto, Unity. ¿No fue una crueldad? ¿Recordarle en forma deliberada a su esposa muerta? ¿Usarme a mí para eso?

—No lo consideramos así —Unity se contemplaba las manos, tenía una expresión desolada—. Cuando Jack te vio, pensó que… —encogió los hombros, indefensa—. Oh, es difícil explicarlo en forma adecuada. ¿Sabes? —hizo una pausa, después continuó—, cuando Merrill murió, Adam se encerró en sí mismo. Se saturó de trabajo y siempre estaba lejos. Parecía evitar el contacto con la gente, excepto por cuestiones laborales. No imaginas el cambio que sufrió. Han pasado casi dos años desde la muerte de Merrill, y él parecía haber perdido todo interés en la vida. Entonces, cuando tú fuiste a la entrevista, el hecho fue providencial. Te vería, sentiría algo… Tendría alguna reacción. Y aceptar que la vida continúa, que hay chicas en el mundo que podrían hacerlo feliz. Merrill está muerta, pero hay mucho por qué vivir. Oh, sé que parece rebuscado, pero era una oportunidad.

—Me sorprendió la decisión tan rápida en la entrevista —comentó Petra con voz dura.

—Jack está tan interesado en Adam como yo. Me llamó y me comentó la idea. Lo acepté. Haríamos cualquier cosa que pudiera ayudar a Adam.

—Bueno, no era necesario que se tomaran la molestia. Encontró a Caroline.

—Yo diría que ella lo encontró a él.

—Bueno, como sea —dijo apesadumbrada—. Parece disfrutarlo. No te preocupes por mí, Unity. Agradezco que hayas venido, pero no era necesario. Podrías haber dejado que las cosas concluyeran de muerte natural.

—Tal vez lo habría hecho si no hubiese sido por el diario de Sarah.

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Las notas de mi hija revelaban mucho —Unity se puso de pie y se paró junto a Petra, buscó su mano y la sostuvo—. Sarah vio que tú y Adam se besaban en Moulins. Se había levantado a tomar un poco de agua y se asomó por la ventana —después de un momento de silencio, Unity continuó—. También escribió que una noche lloraste en la cama…

La cara de Petra ardía de vergüenza. Liberó la mano y se paró cerca de la ventana para acomodar la cortina.

—También había otros detalles pequeños. Al principio creí que era la imaginación de Sarah, pero después empecé a preguntarme… Fue entonces que me di cuenta del truco tan sucio que Jack te había jugado. Tienes que creerlo, Petra. Solo pensamos en darle una sacudida a Adam. Por eso te ofrezco una disculpa. Las cosas

salieron mal. Nunca se me ocurrió que pudieras enamorarte de Adam, y…

—No fue así —la risa de Petra no sonaba natural. Entonces vio que Unity no se dejaba engañar. Se hundió en una silla—. Pensé que esos diarios serían una buena idea —murmuró—. ¿Pero… Adam? ¿No le has mencionado esto?

—Por supuesto que no. Todo es entre nosotros dos. Le dije a Sarah que los adultos en ocasiones nos besamos. Y que podría haber otras razones por las que lloraste… nostalgia, por ejemplo. Eso lo pudo entender.

—¿Entonces Adam no sabe que has venido a verme? ¿Aún está en Francia con Caroline?

—Regresó a Londres la semana pasada —movió la cabeza—. Caroline trabaja en Roma. Los niños siguen con Venetia. Yo vine a una revisión médica, y mi marido regresa mañana, estaremos unos días aquí y luego iremos a Francia a pasar el resto del verano.

—Saluda a Venetia —dijo Petra en forma automática.

—Habla muy bien de ti. Le caíste muy bien, y es difícil… —calló. No había más que decir, después de un momento se puso de pie—. Bueno, creo que ya dije suficiente. Petra, no puedo expresar cuánto lo lamento… Quiero a Adam, lo sabes. No soportaba verlo así. Jack y yo hicimos lo que creímos era lo mejor…

—Pero no funcionó, ¿verdad? En Francia, se concentraba en su trabajo. Es verdad que salía con Caroline, pues no le quedaba otra. Yo notaba su tormento, su desdicha debajo de sus modales indiferentes… Bueno —Petra dijo de repente—, lo único que resta es olvidarlo. No podían saber cómo resultarían las cosas para mí. Y sí yo hubiera sabido todo lo que implicaba tomar un empleo sencillo, nunca hubiera… Tuve la idea de qué Adam sospechaba que yo estaba al tanto del plan. Siempre dudó de que yo no conociera a Jack antes de la entrevista. Cuando supe de mi parecido con Merrill quise aclarar las cosas, sin embargo —suspiró—, nadie la mencionaba cuando él estaba cerca, así que yo también me quedé callada —se pasó los dedos por el pelo—. Es hora de olvidar todo. Pronto me iré a Nueva Zelanda, tal vez para siempre. Dicen que el tiempo sana las heridas, ¿no? Tal vez lo haga. Para mí… y para Adam.

Unity se inclinó y la besó, los ojos le brillaban por las lágrimas que no había derramado.

—Gracias por no sacarme de aquí —murmuró—. Ahora sé por qué le agradas tanto a Venetia —tomó su bolso y se retiró.

Capítulo 10

Petra despertó esa noche cuando el reloj de la iglesia indicó que eran las doce, aún tenía la visita de Unity en la mente. El tiempo podría, de verdad, sanar las heridas, mas no borraría sus sentimientos por Adam. Lo más que podría esperar era el aceptar So que había pasado.

Se levantó a preparar té, pensaba que la medianoche era la hora de analizar las cosas. En una ocasión había descubierto que no amaba a Marcus. En otra se dio cuenta de que Sarah no estaba en su cama. Tal vez, reflexionó, ciertas horas tenían un significado especial para cierta gente.

Se sentó desolada en la cocina a beber su té. Deseaba con todo su corazón que Unity no hubiera ido a Casterleigh a abrir viejas heridas. ¿Y de qué había servido la visita? Solo para tranquilizar la conciencia de Unity. Pero a Petra no le había dejado nada…

«Tengo que olvidarlo», decidió. «Mirar al futuro, no hacia atrás». Nueva Zelanda. Su padre se pondría feliz al verla y también Moira, su esposa. Todavía joven, Moira era muy diferente a la madre de Petra. Cuando su papá volvió a casarse, Petra nunca sintió que traicionara el recuerdo de su esposa. Y él no trató de encontrar un alivio temporal a su dolor en una figura parecida, pensó Petra con amargura. A diferencia de Adam.

Oh, otra vez lo hacía. Se puso una mano sobre los ojos y una voz silenciosa insistió; ¿en realidad podía culpar a Adam? El hecho de que, en ciertos momentos de debilidad, él no había podido resistir a una mujer que se parecía tanto a Merrill, era una prueba de su devoción.

Y hasta el hecho de que el odio parecía jugar un papel importante en esos momentos emocionantes, era en cierta forma, comprensible, pensó Petra. Si un hombre es orgulloso, debe odiar su propia debilidad.

La joven dejó la taza a un lado y ocultó el rostro entre las manos. Qué afortunada debió haber sido Merrill al conocer ese amor, un amor que continuaba aún después de su muerte.

Encontró un pañuelo, se limpió la nariz y se paró con un estruendo repentino. La mesa se movió, y la taza se rompió en el suelo. Resignada tomó el recogedor y recogió los pedazos, los envolvió en un papel y los arrojó a la basura. Parecía un gesto simbólico; ella, sola, a medianoche levantando los fragmentos de sus emociones y arrojándolos como si nunca hubieran existido.

En la mañana, decidió, preguntaría acerca de los vuelos a Nueva

Zelanda. Tenía dinero para el viaje gracias a. la venía de su parte de la tienda. Tal vez podría rentar el apartamento. Si optaba por quedarse en Nueva Zelanda, Thea podría comprarlo. Las cosas saldrían muy bien.

Se duchó y, el agua la revivió. Se sentía mejor por haber elaborado un plan, un poco flexible. Era algo en qué ocupar la mente. Experiencias nuevas, lugares nuevos, escenarios llenos de flores… Otra vez recordaba ese rincón encantador de Francia.

—Y mientras tanto —dijo con voz alta, como si hiciera una promesa solemne—. Me mantendré ocupada todo el tiempo —dejaría una buena cantidad de trabajos con flores secas. Se vendían bien. Sufrió al pensar lo que pasaría con su jardín una vez que se fuera.

—Está bien si salgo a arreglarme el pelo? —preguntó Thea el día siguiente—. Voy a una fiesta en la noche. ¿Por qué no vienes?

—Lo pensaré. Vete, hoy, jueves, es un día tranquilo, arreglaré el escaparate.

Poco después, se retiró un poco para admirar el efecto, cuando escuchó el tono conocido de un motor. Desolada, dio media vuelta y vio la camioneta que se estacionaba en la plaza. Se quedó helada, los ojos se abrieron incrédulos mientras la figura inconfundible de Adam bajaba del vehículo.

El mundo pareció detenerse. Tenía el ceño fruncido, impaciente mientras recorría la plaza con la mirada, y entonces…

De repente, Petra recobró la agilidad. Bajó del escaparate y se puso los zapatos. Había llegado a la puerta y le daba la vuelta al letrero de *Abierto* cuando Adam se paró a unos pasos.

Ella lo miró a través del cristal de la puerta. No había puesto el seguro. Una mano bronceada tomó el picaporte de bronce y le dio vuelta.

Con un sentimiento de desastre, Petra se hizo hacia atrás mientras él entraba. Lo miró un momento, con la boca seca y un nudo en la garganta.

—Estamos cerrando —logró murmurar al fin.

—Bien. Es obvio que no pude haber llegado en mejor momento.

Ella se volvió, no soportaba el verlo entre todo lo que para ella era muy familiar. La invadió un estremecimiento repentino. Se tomó las manos en un intento por tranquilizarse.

—¿Por qué has venido? —preguntó al fin.

—¿Por qué crees? —La voz aún tenía el poder de hacer que el

corazón le diera un vuelco. La visita de Unity la había trastornado, y ahora… esto.

—En realidad no lo imagino.

—Bueno, no como un cliente, te lo aseguro.

—¿Entonces, por qué? No puedo pensar en otra razón —respiró profundo, trataba de calmar sus turbulentas emociones.

La voz de Petra no sonaba más fuerte que el roce de hojas muertas. Y, en su interior, la añoranza le producía un dolor destructor. Todavía no lo miraba. ¿Se liberaría en algún momento de los Herrald, con su capacidad para crear el caos en una vida de la que ella ahora no pedía más que paz?

—En realidad, hay dos razones. ¡Petra! Por Dios, mírame. Vine a verte. ¿No es obvio? Quiero hablar contigo. Ahora, aseguraré esa puerta y vamos atrás… a donde sea…

—Es mejor que subamos a mi apartamento.

Mientras lo hacían, ella deseaba que los escalones no acabaran nunca. Había interpretado mal las cosas. No había más de qué hablar.

Llegaron a la sala y Petra se sentó, pasó la punta de la lengua sobre los labios resecos. El silencio entre ellos era denso e impenetrable. Se sentía débil, como si estuviera rellena de plumas.

Él se colocó a su lado. Las sombras bajo los ojos parecían más profundas y más sombrías de lo que ella recordaba. Sentía el deseo de decirle que lamentaba haber sido ella la que acentuó su sufrimiento. Pero era muy probable que él no le creyera.

—¿De qué quieres hablar? —dijo al fin con voz débil.

—De mí. De ti. De nosotros había una interrogación en la profundidad de los ojos, pero la boca parecía estar fija con fuerza invulnerable, lo que enfatizaba su sensualidad.

Con dolor Petra recordó el contacto de esa boca, con su violencia, pasión y ternura; se estremeció. Él lo notó, entrecerró los ojos y apretó los labios.

—No creo… Nada hay que decir, de verdad —murmuró—. De cualquier forma, ¿cómo me encontraste?

—Eso no fue problema —se movió, impaciente—. Mencionaste Casterleigh y la tienda. Además Unity dijo…

—¿Unity te contó que vino aquí?

—Lo hizo —Adam le confirmó, triste—. Cenamos juntos anoche con Jack Stansfield. Y todo el asunto, tonto y ridículo se discutió.

Petra bajó la vista, las largas pestañas ocultaban la tristeza de sus ojos.

—Supe anoche que mis sospechas eran correctas —rio—. Al

principio, en cuanto te vi, supe que tu parecido con Merrill era más que una coincidencia.

—¿Y pensaste que yo estaba en complot con ellos?

—Lo hice. Dios, cómo me molesta que interfieran conmigo —se dio un puñetazo en la palma de la mano—. ¡Cómo resentí tu presencia! No tiene objeto negarlo. El verte me lastimaba. Traté de odiarte y estaba tan furioso que no resultó difícil.

—¡Como si no lo supiera! —El color le tiñó la cara—. Fuiste muy injusto.

Se retiró, y se paró a contemplar un calendario cómo si quisiera grabar el diseño en su mente.

—La primera noche en Francia —dijo Petra—, me preguntaste cuánto tiempo tenía de conocer a Jack Stansfield. Te asombraste cuando respondí que nunca lo había visto antes de la entrevista.

—Sí, y no te creí. Desconfié de ti. Lo siento, estaba equivocado.

Petra lo miró, recordaba otra vez las semanas en que su presencia debió recordarle a la mujer a la que había perdido.

—Lo siento, también —murmuró—. Puedo comprenderte.

—¿Puedes? —Los ojos eran sombríos, pero la boca parecía burlarse—. No lo creo. ¿Así que aceptaste las disculpas de Unity?

—Todo forma parte del pasado —lamentaba que Unity le hubiera contado toda su conversación—. Así que como vez, todo quedó explicado, no es necesario que digas más.

—Yo creo que es muy necesario. Además, no se ha explicado todo. Unity no sabe toda la historia —permaneció en silencio un minuto como si eligiera las palabras. Después dijo con voz baja—. Yo estaba con Merrill cuando murió.

—Lo sé. Por favor… sé que esto es muy difícil para ti. No me debes ninguna explicación.

—Quiero hacerlo —dijo con intensidad—, por la única razón de que nadie, excepto yo, sabe toda la historia —se aproximó, le tomó una de las manos y la apretó con gentileza—. Estás muy fría —murmuró y llevó la mano a los labios.

Petra sentía que el corazón estaba a punto de rompérsele. Decidida, retiró la mano y se tocó el pelo.

Adam suspiró y se alejó, dándole la espalda.

—He venido a decirte cómo son las cosas. No cambiarán tus sentimientos hacía mí, pero al menos te volverá a dar seguridad en ciertos aspectos. Sin duda sufriste un gran golpe en tu confianza cuando Caroline destacó tu parecido con Merrill. Supongo que pensaste era la única razón por la que te deseaba —dio media vuelta de repente—. Lamento la impresión que te di.

—¿Tenemos que continuar con esto? No merece la pena —cerró los ojos.

—Sí; tenemos que hacerlo pues es muy importante. Cómo sabes, yo llevaba a Merrill al aeropuerto. No estaba en condiciones de hacerlo, pues había bebido —las palabras le salían sin expresión—. Tuve una discusión con su enamorado del momento y…

—¡No! —Petra gritó en forma involuntaria—. No digas más. Yo…

—Tengo que hacerlo. Maldita sea. ¿No entiendes? ¿No tienes idea de lo que quiero decirte? Es la verdad, Petra. Después de estas semanas de engaños y falsas impresiones, trato de aclarar todo. Cuando la gente no conoce los hechos, llega a conclusiones equivocadas… No soy tan insensible como para no aceptar que sufriste también por los que interfirieron pensando que hacían lo correcto.

Hizo una pausa, después prosiguió.

—Merrill y yo estábamos de acuerdo en algo: ocultar nuestra desdicha y fingir. No siempre era fácil, había ocasiones en que nuestra decisión se ponía a prueba. Nos movíamos en los mismos círculos, a menudo trabajábamos juntos. Y en esos momentos nos parecía sensato ocultar la realidad hasta que arregláramos las cosas.

Permaneció en silencio un momento. En esta ocasión Petra guardó silencio, sabía que él necesitaba hablar a su propio ritmo. Sus palabras la habían sorprendido. Así que Caroline no sabía la verdad; tampoco Venetia ni Unity.

—Merrill se daba cuenta de que mi carrera duraría más que la de ella. Supongo que yo era un seguro para cuando tuviera que dejar el modelaje.

—Oh, no —Petra no pudo contenerse—. ¡Estoy segura de que no era así! —¿Cómo, podía una mujer considerar a Adam solo como un seguro? ¡Era increíble!

—Gracias, Petra —le dijo con una sonrisa cálida y una mirada de ternura—, por ese comentario. Pero lo siento, estás equivocada. Así era. La confirmación llegó después, junto con su hábito de beber y…

—Lo lamento —murmuró Petra—. ¿Y el accidente?

Líneas duras aparecieron en el rostro de Adam envejeciéndolo de repente.

—Sí, eso. Bueno, discutíamos, algo común entre nosotros. Yo quería que Merrill se fuera con Venetia un tiempo. Pensaba que eso la ayudaría: tranquilidad, relajamiento, comidas adecuadas y después, cuando estuviera en mejor estado podríamos arreglar las

cosas. Pero a Merrill no le agradaba mi madre. No le gustaba Ruoms. Le atraía mucho más la Costa Azul. No entraré en detalles, pero… —murmuraba entre dientes, los labios apenas se movían y Petra tuvo que inclinarse para escucharlo—. Ella tomó el volante. Fue muy rápido. «Te demostraré que no puedes controlar mi vida» me dijo. «Te mostraré…» —Adam se detuvo, cerró los ojos un momento y respiró profundo—. Eso fue todo.

Petra no hizo comentarios. Además, no podía hablar. La escena que Adam acababa de describir era demasiado trágica.

—Así que ya lo sabes —dijo Adam al fin—. Es diferente a lo que imaginabas, a lo que te hicieron creer.

—Adam… ¿qué puedo decir? —Petra cerró los ojos para contener las lágrimas—. Tal vez si Unity y Jack hubieran sabido la verdad…

—¿Qué objeto tenía? Merrill había muerto —dijo con aspereza —. ¿Para qué ensuciar su nombre entonces? Preferí que la recordaran como ¡a esposa amante que aparentaba ser. Pero tú, al menos, sabes la verdad.

—Desearía que no me lo hubieras dicho —murmuró Petra con los ojos ensombrecidos por el dolor. Él era tan orgulloso, pensó. Aún ahora…

—Tenía que hacerlo, para que puedas creerme cuando te exponga la segunda razón de mi visita.

Las sombras habían desaparecido de su rostro, pero la observaba a la defensiva. Después se acercó y se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Petra. Al instante renació la magia, ella era consciente de su presencia, recordaba los momentos que habían compartido.

—Te amo. No me preguntes cuándo lo descubrí —le tocó el pelo, disfrutaba de su suavidad—. Eso me dificultó las cosas —le tocó la piel bajo los ojos, limpió las lágrimas—. Te amaba, pero me odiaba por haber caído en lo que consideraba una trampa. Lo extraño es que cuanto más te veía, menos parecido encontraba con Merrill, hasta… —se detuvo de repente.

—¿Hasta cuándo? —murmuró Petra. No podía asimilar el impacto de sus palabras.

—Todo iba bien… hasta cierto momento en el restaurante de Jeanne. Te iba a decir entonces, pero… te alejaste. Me cerraste la puerta en la cara.

—Solo trataba de sobrevivir pues eras imprevisible.

—Cuando regresamos, te esperaba tu novio.

—Marcus y yo habíamos terminado antes que fuera a Francia.

—Sí, eso me dijo Venetia después que te fuiste. Pero en ese momento me puse celoso. Marcus te había ido a buscar. Y a la mañana siguiente te vi con él, parecían muy unidos. Después, en la fiesta de disfraces, ¿recuerdas? ¿Sam Sheridan? Dios, pensé, Merrill otra vez. Luché contra ti, no podía permitir que la historia se repitiera. Al mismo tiempo me parecías… irresistible. ¿Qué se supone que debe hacer un hombre en esa situación?

—Oh, Adam —murmuró—, ¿qué se supone que debe hacer una mujer en esa situación?

—Fueron muchos errores, muchas líneas cruzadas, razones por las que no debí haber seguido mis instintos.

—Podrías empezar ahora —murmuró, los ojos le brillaban por el amor que ya no temía revelar—. Creo…

Se perdieron el resto de sus palabras, silenciadas por la turbulencia de su corazón mientras él se ponía de pie. Con ternura la acercó a sí, en tanto que los labios buscaban los de Petra. Toda la pasión que él despertaba, surgió con renovado brío. Después de un momento él se alejó para mirarla a los ojos. Entonces, con un dedo, le tocó las pestañas.

—Todavía húmedas —se inclinó a besarlas—, como esa noche en el río —murmuró—. ¿Recuerdas, querida? —Ella asintió—. No quiero que vuelvas a llorar nunca.

—Bueno, ha sido mucho que asimilar.

—Lo sé. Ese asunto de… Merrill. Tenía que decirte la verdad para que me creyeras ahora. Te amo a ti, no a la sombra de otra mujer. Solo a ti.

—Te creo ahora que me has contado todo. No te hubiera creído antes, había muchas preguntas, enigmas… Caroline, por ejemplo. Pasabas bastante tiempo con ella.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Era mi invitada, aunque se invitó ella misma. A Venetia no le agradaba, tampoco a los niños, ni a ti. Por eso la mantenía alejada tanto como era posible.

—¿Y eso es todo? Estoy segura de que Caroline pensó…

—Interpretó a su modo mis motivos —él rio, era un sonido que deleitaba los oídos de Petra—. No es mala. Aceptó todo con resignación cuando se dio cuenta de que era a ti a quien yo amaba, y se fue feliz a Roma con el tipo con el que hablaba en la fiesta —hizo una pausa, después continuó con voz suave—. Petra, querida, creo que estabas celosa.

—Y que lo digas.

—No tenías razón. Traté de decirte que te amaba esa noche cerca del río. Pero…

—Dijiste que me deseabas, eso es diferente.

La abrazó con fuerza. Ella podía sentir el ritmo acelerado del corazón de Adam, aspirar su fragancia inolvidable.

—No para mí. Te amo. Te deseo.

Cuando pronunció la última palabra, la confianza en ella misma, en él, en un futuro nuevo pareció alumbrar la habitación.

Él volvió a inclinar la cabeza de Petra y tomó posesión de la boca de ella como si quisiera saciar su sed. Los labios y las manos la volvieron a llevar a esas emociones que él había provocado.

—Oh, querida —susurró con voz entrecortada—. No hagamos más preguntas, nada importa más que nosotros —la besó otra vez —. Solo una cosa. ¿Recuerdas a Sarah y su deseo de ser dama en una boda?

—Sí —murmuró Petra—. Y tú le dijiste que no tenías planes inmediatos…

—Eso fue entonces —dijo con firmeza—. Esto es ahora —poco antes de volverla a besar, añadió—: Petra, mi único amor, esto es para siempre.

Fin